

PÁGINAS
VENEZOLANAS
CONTEMPORÁNEAS

AGUSTÍN DÍAZ PÉNDOLA

Compulsiones y rituales



Fundación Editorial

elperroylarana

MISIÓN



cultura • Venezuela

(Corazón adentro)



Compulsiones y rituales

Fundación Editorial


elperroylarana

MISIÓN



cultura • venezuela
¡Corazón adentro!

© Agustín Díaz Péndola
© Fundación Editorial El perro y la rana, 2018 (digital)

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

Correos electrónicos

atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web

www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Redes sociales

Twitter: @perroyranalibro
Facebook: Fundación Editorial Escuela El perro y la rana

Diseño de colección

Mónica Piscitelli

Imagen de portada e ilustraciones

Agustín Díaz Péndola

Edición

Alejandro Moreno

Corrección

Vanessa Chapman

Diagramación

Aarón Lares

Esta licencia *Creative Commons* permite la redistribución comercial y no comercial de la obra, siempre y cuando se haga sin modificaciones y en su totalidad, con crédito al creador.



Hecho el Depósito de Ley
Depósito legal: DC2018001961
ISBN: 978-980-14-4344-5

COLECCIÓN PÁGINAS VENEZOLANAS

Esta colección celebra a través de sus series y formatos las páginas que concentran tinta viva como savia de nuestra tierra, es feria de luces que define el camino de un pueblo a través de la palabra narrativa en cuentos y novelas.

La constituyen tres series:

CLÁSICOS abarca obras que por su fuerza y significación se han convertido en referentes esenciales de la narrativa venezolana.

CONTEMPORÁNEOS reúne títulos de autoras y autores que desde las últimas décadas han girado la pluma para hacer fluir nuevas perspectivas y maneras de exponer la realidad.

ANTOLOGÍAS es un espacio destinado al encuentro de voces que unidas abren portales al goce y la crítica.

AGUSTÍN DÍAZ PÉNDOLA

Compulsiones y rituales

COLECCIÓN
PÁGINAS
VENEZOLANAS
CONTEMPORÁNEAS

NOTA EDITORIAL

Tiene el lector ante sí reunidos algunos de los cuentos que ha escrito Agustín a lo largo de unos quince años. Los primeros originalmente fueron redactados entre los años 1990 y 1999. La mayoría nació como bocetos en un viaje que el autor hiciera por Sudamérica, pero que terminó de darle cuerpo “final” en Ramo Verde, su barrio de crianza, en Los Teques. De allí que aquellos relatos reunidos llevaran por título *Cuentos escritos en Ramo Verde* y el libro fuera ganador del Certamen Mayor de Las Letras y las Artes en 2004, organizado por nuestra editorial, y vio la luz dentro de la colección “Cada día un libro”, en el género de cuentos. Sin embargo, sucedió que extrañamente el nombre cambió de *Cuentos escritos en Ramo Verde*, tal como se entregó para el concurso, a *Cuentos de Ramo Verde*, según fue publicado en el 2006. En palabras del propio Agustín: “Parece que fue decisión de la Editorial, cosa que me sorprendió como algo gracioso, pues me enteré cuando la por entonces presidenta, Giordana, me entregó los ejemplares que me tocaban de obsequio como parte del premio. Así que mi libro se editó pero cambió de nombre”. A veces los duendes hacen de las suyas.

Sucedió entonces que el libro y sus cuentos fueron modificándose desde el 2006. Agustín en su afán de hacerlo mejor cada vez comenzó a revisar cada uno y a enmendar lo necesario. Tanta corrección hizo que decidiera cambiar el nombre del libro. El autor eliminó algunos cuentos que no le satisfacían e incluyó otros. Las historias nuevas las sumó como parte de un adelanto de otra colección cuentística que está terminando.

Cabe destacar que aunque hay relatos de la obra originaria de 2004, cada uno de ellos fue reescrito, tratando de mejorar, quizás con ilusión, su forma expresiva. El nuevo libro decidió Agustín llamarlo *El asesino y otros relatos*, por un afecto especial que le tiene a este cuento. Sin embargo, y como a veces los editores son un poco caprichosos también, hubo de volver a cambiar de nombre para quedar finalmente con el, un poco angustioso, título de *Compulsiones y rituales*. Queda de este modo servida la mesa para los lectores.

PRÓLOGO EN TRÁNSITO

En el principio fue el whisky. La malta haciéndose verborrea y calentando nuestro solaz de pobres diablos letraheridos entre una humareda que amenazaba con tragárselo todo: la mesa en la que estábamos sentados, las sillas, las paredes, velando y desvelando a su antojo nuestro ánimo de borrachines y tu *Amadís de Gaula*, ¿te acuerdas?, y la retahíla de autores venezolanos que ibas enumerando y que a mí no me sonaban ni remotamente, y luego Borges y algunos versos de Girondo y los narradores omniscientes y los diálogos y los personajes y las escenas y las tramas y el estilo... y mi posmoderno (¡cómo no!), mi sempiterno discurso rizomático, y Manganelli y Foster Wallace y Quim Monzó, hasta alguna que otra frase lapidaria del tipo: “Las novelas de Vargas Llosa serán la hostia, pero cómo abstraerlas de la basura neoliberal que suele escribir en *El País*”... Regreso a todas esas cosas, Agustín, mientras hago el *flâneur* por las calles de Malasaña con una mano metida en el bolsillo de la chaqueta y la otra encerrando (como si fuese el famoso anillo de las novelas de Tolkien) una probeta llena de pisco casero que acaba de regalarme una amiga peruana, y de pronto me ocupan la cabeza chorradas como que alguna clase de vínculo no precisamente casual debe existir entre el necesario concepto de verosimilitud a la hora de armar una narración y la querencia por el vino y su *veritas* que suelen demostrar casi todos los escritores a los que conozco, y pienso también en que mañana me hallaré dentro de la barriga de un Airbus 340 camino a México, y que cuando el avión esté a punto de alcanzar su techo de vuelo y yo tratando de escribir todo esto que ahora pienso, si

me acuerdo, pediré un vaso (de plástico) de vino para brindar por la salud de las obras de los hombres y por la franca pereza, así en la tierra como en el cielo, que cada vez más me suscitan el mundillo literario y sus alrededores, motivo por el cual, supongo, y sinécdoque mediante, no habré debido mencionar hasta el momento las páginas a las que este texto tendría que servir de antesala, pero es que en realidad, bro, mi verdadero interés, y lo que echo de menos cuando siento cierta nostalgia venezolana, no son, claro, estos cuentos tuyos que siguen a continuación, sino con quién he fatigado tantas madrugadas charlando de lo humano habido y de lo divino por haber y de quien me separan vuelos transoceánicos cuyos precios no se pueden tomar a la ligera, amén de un ADSL de mierda que solo es capaz de ofrecernos la frustrante imagen del otro en una suerte de mapa de bits desfigurado. De modo que para ti, Agustín Díaz Péndola, *mon frère, mon semblable*, era obligado que fuesen estas brevísimas y descabezadas cuatro líneas cuya única intención era cantarle a nuestra amistad, y que quisiera concluir apelándole directamente –ahora ya sí– a usted, querido lector, a usted que insiste una vez más en salvaguardar eso a lo que Vila-Matas se refiere como la verdadera actividad natural y saludable, y con quien quisiera compartir una última intimidad que intuyo más valiosa que cualquier otra cosa que yo pudiese haber dicho sobre los cuentos que está punto de leer. Ojalá no le parezca poca traca para tanta promesa de fuegos artificiales ni que mezclo churras con merinas ni que soy demasiado naïf o simplista cuando le diga que además de pensar la literatura como la pintura (igual que le pasaba a Juan Ramón con la poesía), y de manejar siempre una prosa honesta y que cae sobre la conciencia lectora con el vaivén otoñal de las hojas, y de ser un humanista y un melómano empedernido y un hedonista y un insatisfecho crónico, compulsivo y exigente para quien la existencia es un cúmulo de retos, páginas, ciclos y pantallas de videojuego, Agustín Díaz Péndola es, por encima de todo, un hombre capaz de amar al ser humano

y cada una de sus muchísimas imperfecciones. Tal y como está el patio de la vida, no me parece este un detalle menor a la hora de valorar la posibilidad de acercarse a los renglones, más o menos torcidos, que hayan podido salir de la cabeza y del corazón de un tipo semejante. Que los disfrute.

JAVIER BERMÚDEZ LÓPEZ

Barcelona, Madrid, Ciudad de México, noviembre de 2017

—Pero yo no quiero andar entre locos —observó Alicia.

—¡Ah!, no podrás evitarlo —dijo el Gato—:
Aquí todos estamos locos. Yo estoy loco, tú estás loca.

LEWIS CARROLL

Alicia en el país de las maravillas

*Considerando en frío, imparcialmente,
que el hombre es triste, tose y, sin embargo,
se complace en su pecho colorado;
que lo único que hace es componerse de días;
que es lóbrego mamífero y se peina...*
(...)

*Comprendiendo sin esfuerzo
que el hombre se queda, a veces, pensando,
como queriendo llorar,
y, sujeto a tenderse como objeto,
se hace buen carpintero, suda, mata
y luego canta, almuerza, se abotona...*

*Considerando también
que el hombre es en verdad un animal
y, no obstante, al voltear, me da con su tristeza en la cabeza...*
(...)

*Considerando sus documentos generales
y mirando con lentes aquel certificado
que prueba que nació muy pequeñito...*

*le hago una seña,
viene,
y le doy un abrazo, emocionado.*

CÉSAR VALLEJO

Poemas humanos

*A Perrozorro
este prelude a su novela
que todavía nos sigue escribiendo.*



Final de colores

Julio, a tu salud, maestro.

Prefiero dibujar que hablar.

*El dibujo es más rápido,
y deja menos espacio para la mentira.*

LE CORBUSIER

Yo tuve una novia de colores. La última temporada solo la tuve yo, porque por más que me esforcé, ella no consiguió tenerme. Y separo adrede las dos oraciones en singular porque quiero recalcar que al comienzo la conjugación de nuestros verbos era de un plural dulce, inédito y prometedor. Por ningún ángulo, por más que se nos mirara, se podría haber augurado las circunstancias de nuestro final. “Nos teníamos”, pues, con el “nosotros” inmaculado y esa existencia blanda que el cuerpo experimenta cuando el universo se ordena a partir de los placeres saciados sin esfuerzo. Por ello no había frontera entre el “tener” de ella y el mío. En consecuencia, nos “teníamos” sobre un carrusel que se prestaba para que diéramos vueltas e intercambiáramos de posición y de vértigo. La complicidad la conjurábamos con miradas infalibles, roces certeros que superaban cualquier obstáculo, sin importar que las zancadillas obraran subrepticamente o que los envidiosos refinaran sus métodos y se disfrazaran con ternuras amistosas, abrazos fraternales o mandaran sus bombas encartadas en el periódico para menoscabarnos la cotidianeidad. Nuestra pareja repelía con destreza la

insidia cíclica de aquellos que suelen mostrar más diligencia al comienzo del noviazgo o cuando entrevén los síntomas de un cisma, pero que repiten sus trampas con la terrible insistencia de la gota cavernaria que gasta la roca. Por más explícita o subliminal que fuera la semilla del infortunio, nosotros estábamos seguros de que ambos podíamos contra las adversidades de este mundo. Cómo podríamos haber advertido que caminábamos derecho hacia una encrucijada, hacia un ocaso de “otro mundo”. Y ocurrió que mi novia cambió de color y de mirada después de una estación terriblemente lluviosa, cuando el cielo cerró sus claridades y se hinchó de marengo; los mastrantos y las albahacas de la casa apagaron sus espigas y uno que dibujaba cartas astrales en el periódico local se ahogó dramáticamente con la crecida del río, perdiéndose con sus fórmulas y sus constelaciones favorables en un remolino que también se llevó a los gatos del pueblo. Y fue con una voz extraña, que se había gestado a mis espaldas, después de aquella lentitud de brumas y diluvios, con la que ella me detuvo en mitad de una tostada con mantequilla, justo antes de la mermelada de guayaba, y me dijo: “¿Acaso no me ves?”. Y sí, claro que la veía, pero en ese momento no pude contestarle nada porque estaba atónito con lo que le ocurría en el cuerpo y me resultaba muy difícil explicarle que la piel del escote y de sus hombros le cambiaba de rosado a lavanda, como si se difuminara la humedad de su pecho sobre un raro papel tornasol. Inicialmente pensé que eran alucinaciones, que quizás estaba experimentando una recaída de mi alma en vela, una vuelta a mis manías infantiles, cuando pensaba el día en verde, rojo, y con solo cruzar la calle cambiaba a voluntad el color de la cuadra entera y a mi paso teñía lo que deseara. Pero al poco andar comprobé que la realidad era tal cual la veían mis ojos. Adversamente, las interpelaciones de ella fueron en aumento y los reclamos que me hacía me afligían, no tanto por lo infundado o lo acertado

de sus argumentos, sino porque sus brazos, sus labios y su pelo cambiaban de tono dramáticamente. Probé callar, no contradecirla, pero la mudez también le modificaba los matices, y entre aquellos abismos de causas probables no hubo manera de encontrar un remedio efectivo para que regresara a nuestros colores. Si de verdad no la escuchaba, se volvía amarilla y luego de un anaranjado que destacaba el terciopelo de durazno de sus mejillas. No podía creer que aquella tristeza fuera tan hermosa, tomando en cuenta que el negro de sus ojos contra el amarillo de su piel era un espectáculo. Otras veces se iba poniendo azul porque decía que yo no la consentía. Esto me causaba un pesar adicional, porque el azul para nosotros siempre fue una señal de paradigmas placenteros. “¿Pero qué quieres, qué quieres que haga? ¡Dime!”, le rogaba, sospechando el padecer cerúleo que se nos venía encima. Al ocaso, el silencio se convertía en una rosa violeta que sus labios apretaban y su cuerpo se eclipsaba entre degradaciones y sombras malvas, hasta que se la tragaba el crepúsculo. Para recuperarla de aquel trance tenía que bajar por el patio, ir a la quebrada y congelarme frente al remanso de arena teñida donde ella se arrodillaba para sufrir. Un martirio de tardes se repitió la misma escena, a orillas del mismo río que en el pasado nos había mojado el amor, pero que entonces, negado por oscuras turbulencias, nos cobró con creces las fortunas consentidas. Ante la insistencia de mis mejores ojos y el temblor de mi impotencia, hincada en la ribera, ella me esperaba su epílogo como un eco de ira: “¡Me dañas! ¿No ves cómo me pones? ¡Me dañas!”. Yo no tenía corazón para detallar aquel cian *in crescendo* de su rostro, que luego ella pretendía lavar en la corriente con una lentitud funeraria. La escena empeoraba y su desconsuelo se volvía incontenible en aquellas aguas donde ella se daba cuenta del color de sus lágrimas al ver cómo las perlas de tinta se difundían al caer. Su llanto ensombrecía el limo del río y penetraba hasta el fondo, como agujas de humo índigo

que desaparecían entre los pedernales. En aquellos momentos infaustos solo el cansancio la regresaba a mis brazos y marchábamos a casa. Después de acostarla, ya en la cocina, encendía la luz, miraba mis manos por envejecer y no podía creer que el resabio de su llanto me había teñido los dedos con el mismo añil de mi vida pasada, cuando recuperaba desechos en el traspatio de los galpones textiles. No tenía corazón para verla despertar en aquellos días y ahora no tengo ojos para volver a ver la fuente que dejó manando en el sitio donde arrodilló su pena, como si alguien hubiera pisado en esa orilla una cesta con arándanos. Las últimas tardes, las de acuarela inevitable, pensé que si la dejaba sola ella podría recuperar algo del castaño de su pelo o un tanto del carmesí que se le anudaba al mohín de su boca triste. Pero nada de ese gajo de toronja que otrora iluminaba su risa regresó a darle color a su desencanto. Volvía del jardín con el cuerpo hecho nudos de espuma y de un celeste desleído que yo no podía mirar sin humedecerme entero, como si viviera con una nube. Si trastabillaba hacia el poniente, se le borraban los bordes contra el horizonte y yo tenía que correr a sujetarla, porque conforme se adelgazaron sus colores, de la misma manera lo hizo su cuerpo. Así comenzó a marcharse, lívida y ligera como un globo transparente, y no hubo devoción o frase que postergara lo inexorable: un final de levedad indescriptible. Cualquier idea que imaginara para sanarnos, antes de proponerla, ella la advertía con una expresión desencajada e inconveniente y yo no necesitaba nada más para entender que sobraban las palabras. Los eventos me sobrepasaron y no pude sosegar ni anticipar nunca más los deseos de su silencio. Un día, mientras hacíamos del cansancio la antesala del final esperado, tomando un café en el patio de la casa, ella suspiró largamente, abrió los brazos y volviéndose de una transparencia de garúa a contraluz, se desdibujó frente a mis ojos. Esa fue la última vez que le ofrecí en vano mis brazos, estirándolos *in extremis* con tal desnudo

que casi sentí que la atravesaba. No recuerdo lo que tartamudeé luego de decirle con claridad: “¿Amor, ahora qué voy a hacer?”, porque sin más, elevada sobre los dioramas de mi desconcierto, dejé de verla, contra un cielo despejado, sin saber si ella estaba al frente, detrás, o encima de mi dolor.



El asesino

A Jonathan Quintero

Indudablemente habría que recapitular infinidad de tramas para entender por qué aquella mujer llora, ese otro fuma con ojos de funeral, frunciendo un ceño de tubérculo irremediable, o particularmente para entender por qué yo estoy aún esperando en la antesala de este teatro, después de haber escuchado un par de maravillas corales y de conmoverme, como hace tiempo no lo hacía, ante una versión estremecedora del *Danzón n.º 2* de Arturo Márquez.

Hay quienes piensan que asesinar es cosa de locos, asunto de brutos, de bestias, y meten a todos los asesinos en el mismo saco; creen, por no saber distinguir entre la creación artística y la repetición artesanal, que todos los asesinos son unos criminales. Pero qué vamos a hacerle, es cosa bien sabida que el mundo está lleno de ignorantes y es natural que el “sinsentido común” sea incapaz de digerir lo delicado y riguroso que uno debe ser en el oficio de asesinar. Vale mencionar el cometido altruista que caracteriza a los asesinos de mi especie, cuestión que me llena de orgullo, porque soy parte de una casta de verdugos especiales. Además, sin querer ser pedante, estoy convencido de que yo he sido uno de sus exponentes más virtuosos. A las pruebas me remito: más de treinta años liberando almas con un ingenio exquisito.

Así como los grandes músicos, los buenos asesinos conformamos una pequeña cofradía y en aras de nuestra misión anónima,

nunca nos hemos reunido. Por decirlo de alguna manera, solo “nos sospechamos”. Tengo una vaga idea del censo familiar, desprendido de las noticias de los decesos que sigo a diario, ya que cada buen asesino firma con sutilezas características su trabajo; sutilezas que solo los integrantes de nuestra hermandad tienen los recursos para descifrar. Somos parte de una tradición de voluntades preclaras, tímidos en favor de la humildad de nuestra labor, necesariamente aislados. Por esta razón aplaudo en soledad nuestra contribución social cuando los detalles de la muerte de algún desdichado me iluminan el rostro. Si reviso el periódico o veo el noticiero y capto la maravillosa rúbrica de un colega, esa noche destapo el mejor vino, por fuerza tinto, y brindo por la calidad de las gestiones realizadas. No hay que ser muy despierto para entender que nuestras víctimas nunca aparecen en las páginas de sucesos, donde se reseñan los hechos dramáticos y las descripciones grotescas de los homicidios. Todo lo contrario, la luz pública nunca inscribe a nuestros excandidatos en las estadísticas de las muertes violentas. Nuestros “clientes” descansan en paz y en las páginas del obituario, donde se anuncian sus nombres con solemnidad luctuosa y caligrafía mesurada, como si realmente alguna voluntad divina hubiera tenido a bien convocarlos a la eternidad. Sin embargo, sin importar la fe y el dogma en cuestión, nosotros sabemos que los dioses se engalanan por la gracia de nuestras obras, cuyo único objetivo es sosegar al desdichado y favorecer el brillo de las vidas que merecen ser.

Como le ha ocurrido a todo curioso intelectual, desde que salí del cascarón juvenil he devorado con avidez el trabajo de los más importantes autores, tanto científicos como humanísticos. He estado, pues, signado por una manera autodidacta de cultivarme y disto mucho de aquellos que asumen la madurez sobre un horizonte estrecho y embrutecedor, dedicados al estudio exclusivo de ciertas “especializaciones”. Por la naturaleza de nuestro oficio, tenemos que ser afectos a todas las publicaciones

de ciencia y es seguro que, al igual que yo, mis colegas también manejan la tecnología de punta como expertos. Por ello, mi hogar está rodeado por una biblioteca de colecciones indetenibles y por doquier se ordenan libros de medicina, farmacia, química, botánica, cosmética, cocina, literatura, física, en fin, tomos invaluable que han sido mis mejores aliados. En mi caso, el *pensum* de estudio que constituyó mi arte fue de una ambición persistente, ya que he sido un abnegado en eso de manejar las partes y el todo de cuanta idea ganara mi atención. Y lo sé, lo sé, cómo negar que esta conducta fue producto de haber padecido una dolencia típica de las almas insatisfechas, es decir, siento que la sombra que proyecté fue insuficiente porque nunca alcancé la altura adecuada. El diagnóstico es claro: soy hijo de compulsiones rituales y adolezco de exigencias infinitas, de ahí mi obsesión de que siempre estaba un paso atrás de la posición ideal y que para avanzar necesitaba instruirme un tanto más. Aunque también es cierto que modelé mi estilo a través de los años con paciencia y amor, y algunos resultados me enorgullecen. Prueba de esto es que atormentaba sin exabruptos y tenía una imaginación portentosa para desarrollar las amenazas. Con suavidad, con una seducción inevitable gané a cada una de mis víctimas. Mi eficacia y tino, cuando las diligencias preliminares ya estaban hechas, hacían que esa última invitación para abrazar la muerte fluyera en el ánimo de los elegidos con naturalidad, de forma tal que nadie evitó entregarse a mis favores.

En el esplendor de mi arte supe mostrar con virtuosismo el camino hacia el sueño eterno. Y yo, al igual que mis colegas, guardo secretos impublicables que me hicieron un verdugo impar. El mero hecho de regalar una asfixia serena o de conocer la técnica del torque adecuado para desmembrar un cuerpo y luego ordenar los pedazos con las lógicas accidentales de una caída, en fin, la sabiduría que implica preparar el cadáver para que el forense no

sospeche de la contribución de este servidor, no cabe duda, son méritos propios de la más exigente profesión. Y es que los retos son la médula de la vida misma, por eso cada “cliente” era un desafío constante que me ponía a prueba. Usando el más fino de los ingenios, todo lo podía, desde inventar un infarto hasta diseccionar con precisión de neurocirujano y desaparecer a una víctima en su propia casa, como por arte de magia, sin que el incómodo *luminol* pudiera revelar luego las formas usadas.

Trabajar por un flamante crédito de asesino es producto de una pueril megalomanía que con el tiempo, debido a la tecnología actual, acarrea sus inconvenientes; porque si los asesinos no entienden su oficio como una labor social y se ven envueltos en las seducciones de la fama, reseñados en las insoportables crónicas policiales y embarcados en pruebas de audacia, generalmente son atrapados en plena repetición de su *modus operandi*. Es por ello que se debe elegir la clandestinidad y la discreción para llevar a cabo esta misión tan necesaria. La variedad en la forma de ajustar la muerte a la medida de cada “cliente” confundirá los dictados de la naturaleza con la contribución de un buen asesino. El culto a lo natural nos hincha el pecho y nos guía a la hora de desaparecer evidencias. Por supuesto, al final de la jornada, cuando el trabajo ha sido hecho, como tributo a la humildad, cosa que hay que recalcar, nadie de nuestra familia de asesinos puede enaltecer su ego con las sensacionales referencias de la prensa. Definitivamente nosotros no existimos para engordar la farándula porque somos ajenos a cualquier forma que enmascare las miserias humanas y la mentira nos asquea. Somos filántropos y servidores públicos por encima de todo. Solo exigimos que la vida se viva plenamente o que se muera. Es cierto que el mundo deberá refundar sus estructuras para que los buenos asesinos podamos colgar los guantes, pero también sabemos que esa labor nos sobrepasa y no nos corresponde.

Llegado a este punto en la remembranza de nuestra “labor”, en esta espera inevitable, no puedo dejar en el tintero aquello de los estilos. Por ejemplo, me gustaba comer frutas mientras marcaba el número telefónico de la víctima. Sin truculencias banales (como respirar a lo perro sin decir palabra), me limitaba a saludar con educación y a hablar con rapidez: *“No se retire, estamos en el aire, escuche ahora un fragmento de ‘La canción de la tierra’ de Gustav Mahler...”*. Después, cuando “el cliente” pedía la interlocución con el desconcierto acostumbrado y los repetidos: *“Aló. ¿Aló? ¡Aló! Ya escuché. ¡ALÓ!”*, yo detenía sus ganas de colgar y continuaba con mucha seriedad y excelente dicción: *“Para ganarse un viaje a las riberas del Aqueronte tiene cinco segundos para responder: ¿Le gustaría disfrutar de una buena y discreta muerte mientras escucha la música de Mahler?”*. Las reacciones después de esta primera aproximación eran dispares, pero ante el estupefacto silencio o el desenfado grosero del receptor, yo colgaba con lentitud, mientras esparcía una pizca de azúcar nevada sobre las uvas que disfrutaba pelar en el entretanto.

Las víctimas generalmente no toman en serio las primeras llamadas, no me refiero a suicidas o toxicómanos que tienen sus días contados, sino a seres que nunca podrían dar por sí solos el paso final. Aunque la soledad, el alcohol o los dulces opaquen sus horas, después del primer contacto todavía no son conscientes de la ventana que se abre y les cuesta entender el valor de una oferta de muerte.

Los candidatos a víctimas andan penando en las calles y en las calles yo sé distinguirlos del montón. Es un don natural, mágico dirían algunos. Las víctimas tienen una manera de hacer las cosas que yo huelo a leguas. Cuando reconocía a un candidato, lo seguía y lo estudiaba de lejos; lo atisbaba comprando el periódico en la mañana o el par de latas de conserva al caer la tarde y notaba ese cansancio de olla o de vajilla mal lavada en la tristeza de sus párpados: ese innegable rictus que se aprieta por

abordar sin ilusiones el ciclo enmarcado entre los buenos días y las buenas noches. Saber apreciar la manera en que arrastran sus sombras me lo decía todo. Los “clientes” están hartos de no tener el valor para desprenderse de una rutina que los descascara y apaga. Cocinan y recalientan el mismo guiso por años y lo comen mecánicamente, después de tomar una sopa que, muy de vez en cuando, no es el preparado de un sobre instantáneo. Sin importar el nivel económico, una existencia incómoda nunca se alimenta con regocijo, menos con calidad.

Pocas veces los candidatos se levantan con ánimos de vivir, y cuando lo hacen, esos extraños días en que emergen de un sueño que los ha reconfortado, solo basta que se miren al espejo para que de nuevo todo se derrumbe y vuelvan a su normalidad y a necesitar nuestros servicios. Si las víctimas miran un espejo, los ánimos se esfuman y experimentan un desencanto similar al que uno siente con las conchitas y las piedritas de la playa, que se recogen mojadas en el mar y que luego se ven secas al volver a la casa. Quién puede relacionar esa prenda opaca, ese fragmento mineral desencantado, que no sirve ni para adorno, con aquella valva o ese pedernal que resplandecía en la orilla, rodando entre la espuma y los reflejos del sol. Pues bien, si una mañana las víctimas sienten algún brillo en el ánimo y se reconocen como mojadas por una ola, solo les basta tropezar con un espejo para volver a su desencanto, a mirar en sus ojos esa verdad penosa de conchita de ciudad, de guijarro por morir.

No voy a negarlo, a pesar de la solemnidad que caracteriza este oficio, algunas veces fui travieso y en tales ocasiones solía dejar en el umbral de sus casas una lata de las mejores marcas de aceitunas aliñadas. Luego, cuando los sabía en ellas, los llamaba por teléfono, e imitando el estilo de un promotor imposible de evitar, los adulaba con socarronerías que solo alguien que los hubiera conocido muy bien podría haber ingeniado; picardías que verdaderamente les daban en el alma. Así, los convencía

para que buscaran papel y lápiz y luego les dictaba con rapidez una receta de pollo estofado con cebollas en escabeche. Me estremecía de placer cuando sentía cómo, del otro lado del teléfono, todo se detenía después de hablar con lentitud y aconsejarles acompañar el plato en cuestión con las aceitunas que su buen asesino les había dejado en la puerta. Por eso pienso que un buen asesino debe ser un ilustre conocedor de todas las manifestaciones del espíritu humano, ya que una ejecución movida por el altruismo exige un hermoso grado de comunicación con el futuro difunto.

La aproximación se hace despacio, con infinitud de recursos, y hay que usar la poesía y la ternura, porque detrás de la oreja de la víctima uno tiene que armar un réquiem terapéutico que debe sonar mientras se prepara el día fatídico. De esta manera cada “cliente” aceptará caminar hacia las manos de su asesino, resignado, con la mortaja en los hombros, agradecido.

En mis buenos tiempos, cuando mi presencia era familiar y misteriosa, después de los contactos remotos, realizaba la conexión clave. Puedo decir que este proceder era lo más exquisito de mi firma: ante el desconcierto o la pena del interlocutor, que una vez más reconocía mi voz en el teléfono, recomendaba el mejor concierto entre las muchas ofertas de la cartelera musical de la semana. Y es que soy un melómano incurable.

Pobres, nunca dejaron de asistir.

Es que las víctimas están solas; tiemblan entre las sombras de la tarde, pensando en los amantes que dejaron ir o en la oscura juventud que desperdiciaron a golpe de rencores y envidias. Añoran absurdamente retroceder el tiempo para obsequiar la ternura que nunca dieron a esos que un día no soportaron más y cerraron la puerta. Les pesan sus culpas insoportablemente. Por eso, la extraña asistencia que yo les ofrecía con mi arte inexorable y mis aproximaciones certeras, a pesar de revolverles sus amarguras, la recibían progresivamente como una opción

“caída del cielo”. Mi poder de convencimiento influía hasta tal punto que, cuando los contactaba, las víctimas no dejaban de evocar con lujo de detalles todos sus desaciertos pasados. Eso los agotaba y se volvían un saco de recuerdos insoportables que yo sabía echar a la basura con calidad.

Pero antes de la asistencia final, como buen científico, yo siempre recapitulaba. Y mi ritual estaba calculado para que yo pudiera auditar con objetividad cada paso dado. Por eso la invitación al concierto era clave.

Extrañamente el día del concierto que les recomendaba, muchos de ellos hacían galletas horneadas, roscas fritas o compraban algo dulce para llevar. Esto siempre fue una curiosidad que me enterneció. Aunque hay que recalcar que en esta fase el vacío de todos los “clientes” se parecía mucho y exhibían un comportamiento similar. Si redactara un manual-diario de esta etapa lo haría con el siguiente estilo: “Cuando se aproxima la hora del concierto, las víctimas siempre se asoman por la ventana porque la casa les incomoda más que de costumbre. Penan inquietos, van de aquí para allá o se clavan en la cocina y remojan una y otra vez su ausencia entre la repostería y el café frío. Muchas veces ojean el periódico sin leer nada y luego, con los dedos manchados de tinta, cortan un pedazo de queso y mastican espantosamente. A veces juegan a no ver la televisión, prendiéndola y apagándola sin cesar, o leen las páginas del obituario, buscando morbosamente una coincidencia que les permita encontrar su propio nombre en el listado de los finados. Sin embargo, al final de la tarde se arreglan y salen. Todos asisten al concierto recomendado movidos por un impulso contradictorio: aunque tienen la remota esperanza de que la promesa de muerte pueda ser parte de una sentencia susceptible de ser revocada, cualquier espejo les basta para volver a ser conscientes de la necesidad de irse”.

Superada esta escena, la resignación es tan grave que ninguno de mis “clientes” pensó con seriedad utilizar alguna forma de delación, a pesar de que las cartas ya estaban echadas. Y es que a los buenos asesinos nos distingue esa capacidad de manipular el miedo de las víctimas con pulso de cirujano.

Los “candidatos” siempre llegaban puntuales al concierto. Una vez ubicados en sus asientos yo los veía otear nerviosos, buscando el asidero de un rostro familiar, pero cuando el *concertino* respondía a la queja del oboe y afinaba su violín, el *la natural* no solo era el presagio que oscurecía la sala, también era un velo luctuoso que apagaba los ojos de las víctimas.

Después del concierto disfrutaba pararme lejos, dominando todo el panorama, y observaba a los “candidatos” despeñando su desolación a cada paso, arrugando ansiosos el programa de mano, buscando mi voz entre la muchedumbre. Entonces iba a su encuentro y los tropezaba adrede, mirándolos con ambigüedad, para que no pudieran atinar si yo fijaba la atención en su ansiedad o en la disculpa muda por mi intromisión. Disfrutaba aquel instante, cuando descartaban la posibilidad de que yo pudiera ser su verdugo y, seguro de mi dominio, me echaba sobre sus miserias y les adelantaba lacónicamente con voz fingida un “¿Qué tal?”.

En este contacto nunca fui reconocido por mis víctimas porque, a pesar de todo, soy un hijo inequívoco de la ternura, un ángel de rostro encantador que nadie pudo emparentar con el juego siniestro de la muerte.

Este encuentro después del concierto me permitía dictaminar si debía o no seguir con el procedimiento. Cuando los tropezaba en el teatro podía ver el débil fulgor de sus miradas, la resignación de haber sido atrapados en la transparencia de sus desgracias o, por el contrario, podía darme cuenta de que había elegido erróneamente a un ser digno de seguir vivo. Al final todo lo averiguaba con solo mirar el fondo de sus silencios.

Aunque mi eficiencia para diagnosticar a un “cliente” antes de llegar a este último nivel fue casi absoluta. Solamente me equivoqué una vez respecto a la potencialidad de las víctimas que invitaba a morir. Y aquella vez no solo juzgué mal. Fue dramático, perdí mi eficiencia, mi compostura, mi claridad y finalmente extravié esta vida. Es duro aceptarlo, pero me enamoré irremediablemente, y lo hice de la mujer que planificaba asesinar. Y aunque no es de interés relatar el encadenamiento y los detalles de las desdichas que me produjo conocerla, importa saber que, a partir de entonces, yo también fui uno más de los penitentes lúgubres a quienes nuestra cofradía les da fin.

Es por eso que hoy estoy aún en la antesala del teatro, después de un magnífico concierto. Pero hoy no asistí para dominar a nadie ni para corroborar el destino aciago de algún infeliz. Como paradoja insólita, esta vez yo fui el invitado. Contrario a lo que esperaba, nadie me tropezó con una sutil mirada evaluadora. En fin, ya era extraordinaria la coincidencia con el método en general.

Nunca pensé que algún día yo también iba a descolgar el auricular para escuchar con sorpresa: “*¿Le gusta Mahler...?*”.



Lugar común: fo-to-co-pia

La primera imagen que el Señor B sacó de sí mismo fue sin intención, cuando sujetaba un documento inadecuadamente contra la pantalla de vidrio de la fotocopidora. Nada de qué preocuparse, pensaría un incauto que desconoce los sutiles azares que destapan las cajas de Pandora. A fin de cuentas, el cuidado principal de los oficinistas es que la defensa de su dignidad no les cueste el empleo o que la luz verde de la fotocopidora no les encandile la mirada. Y en esto último el Señor B era sumamente cuidadoso, sin embargo, aquel día sufrió un deslumbramiento posterior. Y; ocurrió que al revisar la fotocopia, todavía con el papel caliente entre sus manos, se embelesó al ver el blanco y negro de las yemas de sus dedos al margen del documento, la nitidez del alto contraste de las arrugas de su carne. No era consciente, pero una ventana a otro mundo había sido abierta, como si la luz verde de la fotocopidora se hubiese confabulado con su existencia reprimida para iluminar un portal en la hoja que él detallaba inexplicablemente. El tiempo go-teaba detenido, un silencio incomprensible espesaba el aire, mientras el Señor B miraba alborozado la forma de sus dedos en cada flanco de la reproducción, alucinado, como si desde el fondo de ese portal abierto unas cabecitas de tortuga se asomaran pidiéndole alimento. En honor a la verdad, tratando de aproximarse a lo que el Señor B sintió al observar sus huellas dactilares -infructuosa labor para las palabras-, se debe puntualizar al menos que él estaba encantado ante lo cambiante de la visión. Imaginaba que unas espirales cósmicas le susurraban

seductoramente, enrollándose en la punta de sus dedos fotocopiados. Si volvía a repasar el giro de sus improntas, aparecía ante sus ojos el rastro de un animal del inframundo, de una culebra negra que se había ovillado, dejando una sombra congelada contra el blanco immaculado, profundo, del papel “Bond 20 especial para máquinas fotocopadoras”. Recogido en el rellano de entrada del cuarto de reproducciones, barajando papel reciclado, haciendo como quien compagina un expediente con diligencia, el Señor B aguardó pacientemente y cuando la oficina estuvo menos concurrida, atendió al llamado y obró resuelto. Apoyó el codo contra el vidrio y apretó el botón de la fotocopadora con la tapa totalmente abierta. Fue hermosa la sorpresa y enorme el regocijo por el parto de un fondo negro alrededor de su codo: una cúspide emergiendo desde la sima de algún océano, o la nariz de un dinosaurio revelado contra su realidad, que le hablaba con las palabras que él siempre había querido escuchar. Ante semejantes claves, la creatividad no demoró en recorrerle el cuerpo, realmente ensamblado para otras lides, construido para flotar en otras aguas. El Señor B estaba iluminado y seguro, entregado a su “anunciación” con la piel erizada, al margen de la alfombra celeste del pasillo que, gracias a su deslumbramiento, percibía como un estero tejido: un fluido de lana que se repartía en canales hacia cada cubículo, como una lengua incomprensible que intentara refrescar la desdicha de los oficinistas. El Señor B sabía que aquel río alfombrado le prometía aguas abiertas que él debería surcar para responder a exigencias de mayor calado. Definitivamente él había nacido para otros menesteres que nada tenían que ver con esos oficios que lo envejecían en el tedio de aquella oficina. La claridad le cimbraba el alma y sabía que ese era el día para que el rompecabezas se armara. Con el peso en los hombros de quien recibe una revelación, en aquel corredor corporativo colmado de sonrisas de valla publicitaria y rencores soterrados, se observó a sí mismo,

como si su ojo estuviera detrás de una cámara que lo enfocara desde el techo. El plano cenital enfatizaba el tiempo marchito de aquella labor inútil de registrar y archivar papeles que nadie nunca más volvería a leer. Harto, pero consciente de su docilidad, se convencía de que debía torcer los designios adversos. Y como es de esperarse cuando se procede con temeridad después de acumular un peso insostenible, los acontecimientos no tardaron en precipitarse. El Señor B resolvió romper el dique antes que se rebosara, y ya se veía haciéndolo, copia por copia, al amparo de aquella luz verde, sintiendo el crujir de los rodillos de la máquina duplicadora, como si el ronroneo de un gato le ofreciera sus ternuras. Aunque la hora de salida se había cumplido, parte del personal había preferido sufrir las incomodidades del sobretiempo no remunerado. El supervisor había ladrado más que de costumbre y, entre otras cosas, sus ladridos habían tratado sobre ahorrar tinta y papel, pero sobre todo, acerca de la tierra prometida y del sempiterno compromiso de la empresa para con los “empleados proactivos”, que sí sentían La Compañía como su familia. Contra ese velo de contraste absurdo, el Señor B suspiró agradecido por su determinación y se entregó a su obra. Desperezado y abierto a los ingenios, disfrutó cada paso de su ritual, mirando el fluir de las hojas, avanzando en profundidad. Así se sucedieron fotocopias de su torso sin camisa, de la planta de sus pies, de sus piernas, e irreflexivamente el llamado de sus visiones lo ganó entero. La doméstica fotocopidora estaba convertida en un equipo médico, rodeada de sillas y apoyos para facilitar las posturas, ingeniosas torres hechas con papeleras y resmas en equilibrio. Sobre ella, en cueros, el Señor B coronó su tarea extasiado, desdeñando toda discreción, pariendo un testimonio de papeles tibios. Ajena a semejante acto creativo, la secretaria del supervisor fue a la cocina del fondo, se sirvió café y decidió que debía reproducir un oficio. Rebatió la puerta y el trance revelador que se

desarrollaba sobre la fotocopiadora se interrumpió. La secretaria dejó caer la taza de café, la cual, al romperse contra el piso al unísono con su alarido de incredulidad, desató la avalancha en la oficina. El Señor B sabía que las cartas estaban echadas y que una vida nueva estaba comenzando. Contrario a lo que pensaban sus colegas, un sentimiento de orgullo, incluso, una especie de felicidad hacía que B -ahora “B” a secas- no tuviera vergüenza y, sin ninguna prisa, se cubrió descuidadamente sus partes pudorosas. En resumidas cuentas, nadie nace vestido. Minutos más tarde, con la camisa aún abierta y apretando bajo el brazo un legajo con el registro de su cuerpo fotocopiado, defendido a capa y espada, B cruzó orondo el *hall* de la planta baja, escoltado a ambos lados por los guardias de seguridad que lo condujeron hacia la salida del edificio. Cuando pisó la acera de la calle, volvió a evocar las aguas abiertas que lo esperaban, respiró hondo abrazando las hojas, ligero como nunca, y empezó a caminar.



El plebiscito

*A mi hermano Udo Gonçalves
y a los amigos de mis primeros sueños.*

Aquí lo que hace falta es una dictadura...

PENSAMIENTO DE MUCHOS DESMEMORIADOS

—Entonces, está claro —resumía la voz fanática del oficial que dirigía la reunión—, hay que desaparecer al susodicho. Además, en vísperas del plebiscito, nadie se dará cuenta, salvo sus... bueno, ya se sabe, el mismo cuento de siempre. Así que cuando algún familiar venga a preguntar por él, se hacen los ofendidos y lo mandan pa'l carajo. La gente por estos días anda emocionada con la campaña, buscando votos y con ánimos de reconciliación, como si hubieran ganado ya su democracia de mierda. Nadie notará uno más o uno menos de estos subversivos. Hay que aprovechar que los electores no quieren nada con estos extremistas. Señores, no podemos perder el tiempo porque después los políticos nos van a pedir que nos pongamos blandos. ¡Se van a acordar de mí! Los políticos que antes nos dejaban hacer nos van a pedir mano floja y al final nos van a dar la espalda. Con su discurso de la unidad nos van a obligar a ser “constitucionales”, como si eso sirviera para enderezar un país. ¿Y entonces? Cuando nadie quiera a hijos de puta como este jodiendo en las calles, ¿cómo carajo le vamos a hacer!? Bueno, señores, creo que no hay ninguna objeción. Está decidido, ¿no? Pa'l otro mundo y chao. Además... de verdad que estoy preocupado. ¿Qué pasó hoy?, ¿ah? Estas güevadas nunca nos habían quitado tanto tiempo... ¡No será que aquí alguno se está volteando! Hace años quedó clarito lo que hacemos con los cagados,

¿no? Bueno, señores, ¿no hay más que hablar! –carraspeó y bajó la vista para revisar unos papeles–. Pasemos ahora a ver a quién de los incomunnicados vamos a perdonar...

—No intentarán nada, mi amor, te digo que los ánimos se están calmando –decía Amílcar con voz segura, tomando el rostro de Olga entre sus manos-. Ya están encima las elecciones y se andan haciendo los desentendidos, como si lo de desaparecer gente no fuera con ellos... Mira, tranquilízate, está bien, hoy no me voy a quedar en el Centro, te prometo que regreso después de la reunión.

Olga asintió silenciosamente y le entregó una mirada descomunal y temerosa, él le besó las manos y sonriendo entornó la puerta mientras salía, dejando asomada la cabeza para hacer una morisqueta. Olga lo empujó por la frente con cariño y lo echó para afuera, cogió el pomo con resignación, aseguró con llave y recostando la mejilla en la puerta pensó: “Vuelve pronto, Ojos de Perro”.

La reunión clandestina se extendía más allá de lo pautado.

“Ojalá pudiera llevarle flores a Olguita...”, pensaba Edmundo (Amílcar), sin ganas ya de escuchar más argumentos, después de horas de discusión, pero mirando fijamente al compañero que hablaba, como si lo siguiera palabra a palabra.

—Bueno, creo que eso era lo último que teníamos para hoy. Fue fácil ponernos de acuerdo, ¿no? –dijo finalmente el moderador con ironía y todos sonrieron-. Ahora, que alguien caliente café o té mientras comenzamos a salir. ¿Quiénes son los primeros dos? Creo que los más apurados eran el Nono y Martín.

Cuando las reuniones terminaban, el cansancio se apoyaba finalmente en el cuello y en los hombros de todos. Un recuento de horas de infinitas discusiones les pesaba en los párpados. Salvo las sirenas de costumbre de ambulancias y patrullas a lo lejos, el silencio de la madrugada subía el telón donde la

angustia colmaba la escena; porque todos sospechaban la posibilidad de ser sitiados sorpresivamente. Estaba claro que en aquellas reuniones clandestinas se jugaban la vida, por eso, después de la lectura de la minuta sentían que habían conjurado una vez más las razones para que una sombra inagotable les pisara los tobillos. Y esa certeza tácita en la mirada de todos se adueñaba del ambiente, porque nadie era ajeno al miedo de que en cualquier momento la emboscada pudiera presentarse con un ruido de frenos en la calle y un trotar de botas. Además, todos sabían que el escaso armamento que tenían era solo suficiente para inmolarsse.

El final de las reuniones marcaba el inicio de un interludio donde arreglaban el lugar. Unos hacían cola para botar la montaña de ansiedades que colmaban los ceniceros improvisados, otros preparaban algo caliente e intercambiaban, siempre en voz baja, comentarios superfluos, noticias deportivas. Cada uno buscaba descansar, en el suelo, en los sillones, y se preparaban para desocupar el local de turno. De dos en dos, de uno en uno; la forma dependía de la hora y de los ánimos represivos que cruzaran la ciudad. Salían a intervalos de tiempo prudentes para que las patrullas nocturnas no sospecharan el movimiento de sus conspiraciones.

Esa noche Martín y Nono, cuyos nombres verdaderos no eran Martín ni Nono, salieron primero.

Todos conocían los rasgos, la disposición y los méritos de cada cual; lo que se trataba de ignorar era la identidad “legal” de cada uno por aquello que reza: *“Mientras menos sepas, si te atrapan, menos podrás decir”*. Y como la captura nadie la podía advertir, después de cada reunión, se abrazaban haciendo un énfasis inconsciente en la despedida y salían a la noche los caminantes que atendían a nombres falsos, nombres que cada uno usaba como medida de seguridad básica por militar en la clandestinidad.

—Y a esas mujeres, de piel clara, limpia de cicatrices o sombras, las he tenido que sembrar, y no ha hecho falta la mandrágora o el olivo: solo ha bastado colocar un simple lunar; porque es imprescindible definir un puerto de partida donde anclar las referencias –poetizaba teatralmente el Flaco, en voz baja, como susurrando, mientras soltaba una bocanada de humo-. El nacimiento del lunar permite un mundo de buenas coordenadas y temblores: desde el lunar para abajo, del lunar hacia el agua, dos cuartas del lunar hacia los pechos, ocho besos del lunar hacia el beso, dos miradas del lunar hacia dentro.

—Por ese verso, mi querido Flaco, es que siempre tienes una mujer distinta en la cabeza, lo malo es que con todo lo materialista-dialéctico que eres, no materializas nada con nadie... –dijo Diego, interrumpiéndolo, y luego continuó con un fanatismo fingido, imitando la voz del Flaco-: “Hermano, para mí el amor es militancia, por eso luego de ser alcanzado por los conjuros del beso de Silvia, salto al trazado en las paredes, al logotipo de las revistas, a llenar de panfletos las calles –entonces abrazó a Silvia y concluyó como un actor de teatro-. Después del nudo febril en la grupa de Silvia, crece mi afán por internacionalizar su piel y reproducirla para todos”.

—Ajá, ya está que todos te lo creyeron, y además me usas con descaro panfletario... Si todos sabemos que estás orgulloso como nuevo encargado de propaganda –replicó Silvia, apretándole la nariz a Diego con cariño.

Entre sonrisas moderadas y cuentos de amor y juventud, narrados como a la luz de una vela, se restaban nombres al diálogo y se sumaban a las sombras de la capital.

—Años atrás, cuando teníamos tiempo para el amor, mientras los estudiantes reventaban la esquina de la municipalidad a pedradas o quemaban basureros, más allá se jugaba a la pelota y a dos cuadras el infaltable grupo de compadres compartía una botella, mi compañera y yo nos descubríamos en hoteles de

medio pelo, de sábanas hechas gasa de tanto uso, en camas que parecían jergones –relataba Edmundo como un viejo prematuro-. En aquel tiempo el dinero solo nos alcanzaba para cuartitos de cielorraso roto o inflado hasta la pena por la humedad. Pero cada vez que podíamos nos escapábamos a esa calle de hoteles de puerto, y nada de lo que ocurriera a la redonda nos importaba. Ustedes saben, esa es la primera etapa del amor, cuando a las mujeres no les importa la calidad de las habitaciones. Luego con el tiempo es cuando se ponen exigentes y necesitan ver más estrellas en el *lobby* del hotel de turno... –sonrisas de los hombres y reclamos mudos de las mujeres-. Ya, ya, es una broma, está claro que ustedes son “otro tipo de mujeres”. Tampoco es para polemizar. Déjenme seguir con el cuento. Recuerden que yo tengo el derecho de palabra –sonrió Edmundo entre los gestos mudos de varios que se mostraban divertidos-. Bueno, en aquel entonces, cuando por fin estábamos completamente repartidos en la cama, aparecían en mis manos, brillantes y dóciles, las frutas. Guardaba dentro de mi novia nísperos japoneses, tamarindos chinos, pomarrosas, pedacitos de duraznos –sonrisas contenidas de todos-; aunque con ninguna fruta lograba lo que con las papitas colombianas. Por eso, cuando salía al mercado con mi mamá me quedaba alelado frente al alto de papitas, con una sonrisa de profeta, porque sabía que eran sus preferidas. Recuerdo que jugábamos tardes enteras, luego, justo antes de precipitarnos en el tobogán final, me preguntaba si había olvidado algo dentro de ella, pero después de hacer repetidas veces el inventario, comprendía que lo único que no podía sacar de su vientre era mi amor...

—Disculpa, Edmundo –lo interrumpió el encargado de la seguridad-, pero tienen que irse dos más. Ya pasó el tiempo. Todavía quedan muchos y luego se nos va a hacer muy tarde.

Después de los abrazos, los consejos en voz baja y la reiterada manía de recordar las rutas que no se debían tomar, dos nombres se restaron al susurro de la conversación.

La madrugada se estiraba en la capital. Un sentido colectivo enhebraba tácitamente la atención de los que aún permanecían en el apartamento. Un ruido en la calle era motivo suficiente como para congelar la respiración en la habitación donde conversaban. Si un carro pasaba frente al edificio, con una lentitud inusual, crecía una tensión que la delataba el cambio en la mirada de todos; si algún vecino rebatía la puerta de la planta baja con ebriedad, nadie abría la boca hasta que no se extinguieran los ecos obvios que pudieran encubrir otros más mortales. Nadie dejaba de escuchar el mundo hasta que no se restablecía el silencio de fondo y, con él, la certeza de saber que la vida permitía, una vez más, que otro ciclo de quietud se prestara para reanudar la conversación. Por eso el susurro de cada uno tenía la fuerza precisa para atravesar el espacio de la sala sin mayores arrestos. Protegidos por la luz mortecina del apartamento, cada uno sospechaba que la situación los hacía recuperar algo del instinto primitivo del hombre antiguo, de ese hombre que se agazapaba en un árbol, vulnerable a las garras de algún predador, y que sabía oler y escuchar con la agudeza necesaria para poder sobrevivir.

—Nunca hemos perdido la magia. Desnudarnos es como la continuación de la primera vez, el uno desviste al otro y por sobre las prendas se deshoja el pulso, la respiración, los olores, somos como alimento recién hallado y los ojos...

—Sí, hermano, dale, sigue que me vas a enamorar -bromeó Osvaldo (Ernesto)-. Cuenta, ¿qué pasa con los ojos?

—Tendrías que verla. Me llama “Ojos de Perro”. Si vieras las que se sabe... -decía Edmundo después de sonreír, aspirando el cigarrillo-. Ella me enseñó a abrir los huequitos de la nariz y a moverla. Las noches de invierno, en el baño, mientras fumo

y se empañan los espejos y nos reanimamos con el tabaco y el vapor, le ayudo a soltar los gases con un juego: ella se sienta en la poceta y yo le sobo la espalda con una mano y con la otra presiono su barriga, como dándole ritmo a los pujos. Permanecemos en un vaivén concentrado, determinado por la presión de mi mano y el cabeceo de ella, de pronto sonrío y suelta apretando el rostro, uno, dos, tres... Yo me tapo la nariz y tirándome a la cama me hago el muerto, y cuando ella me rescata de esa “muerte de juego”, nada puede desviarnos del camino hacia sus adentros...

—Ummm... -suspirió Osvaldo, palmeándole el hombro a Edmundo-. El conocimiento orgánico del amor... Lástima que a mí no me quede tiempo ni cabeza para leudar placeres. Y ahora este plebiscito fraudulento que no nos da descanso. Lamentablemente la gente cree en el “NO”. Piensa que votar “NO” significa el final de esta dictadura. Pero la verdad es que el “NO” es una treta para legitimar la impunidad.

—No solo eso, hermano, es un poco más de olvido, es colocar a los asesinos y a sus cómplices como los justos, después de todo lo que hicieron, después de todo el terror. Ya ves, se reedita otra vez la frase: “Cambiar algo para que no cambie nada”. Y mejor dejemos el tema. La idea de esta “sobremesa” terapéutica era la de relajarse y hablar del amor y el sexo...

—Bueno, bueno. ¿Ya pasó el tiempo, “mi general”? -preguntó Osvaldo al compañero encargado de las salidas.

—Solo faltan cinco, mi payasito -respondió cansado el encargado de la seguridad, que no se despegaba de la ventana.

— ¡Qué más da un minuto más, uno menos! Si nosotros somos los últimos, ¿nos podemos ir?

—Bue...

Cuando salieron del edificio se separaron. Conservando una distancia prudencial, anduvieron con cautela el camino hasta la avenida 18 de Julio. Una vez ahí se volvieron a juntar y esperaron

ocultos en las escaleras de una transversal. Mucho frío y tiempo les costó ver llegar el autobús destartado que hacía el recorrido de turno. Se arrellanaron en la parte trasera y compartieron lo que les quedaba de un cigarrillo. Primero se bajaba Ernesto en las afueras de la ciudad, Amílcar lo haría casi al final del recorrido, en el cruce con la avenida Circunvalación. A esa hora no tendría más opción que hacer a pie el recorrido final para llegar a la casa de Olga.

—Cuídate, Edmundo, esa zona no está muy buena. Además, pudiendo quedarte en el Centro, no te entiendo. ¡Qué empeño en regresar hoy!, ¿ah, Ojos de Perro? -bromeó Ernesto-, pero, bueno, tú sabrás...

—Tranquilo, Osvaldiño, no pasa nada, y tú también cuídate, recuerda el dicho: “Líbrame de la mansa que de la brava...” -rió Amílcar.

—Dale besos al amor.

Con un rápido apretón de manos, Ernesto se despidió y saltó por la puerta de atrás del autobús, que nunca frenó completamente. Amílcar volvió a pensar en las flores que quería llevarle a Olga y recordó el rosal de un jardín vecino.

Al bajar del autobús, Amílcar oteó nervioso hacia todo lo largo de la avenida y la cruzó al trote para alcanzar las transversales que eran más discretas para caminar. Enrollándose la bufanda al cuello y clavando los puños en los bolsillos de la chaqueta, Amílcar repasaba sus sueños, pero le molestaba la buena iluminación de la transversal y le intranquilizaba saber que tenía que andar varias cuadras antes de poder dejarla. “De cualquier lado me pueden ver”, sospechó y apuró el paso. Mientras caminaba la última cuadra que le quedaba antes de dejar la transversal, un carro cruzó en el semáforo hacia él y pasó sospechosamente lento por su lado. Sin ser obvio, Amílcar lo siguió con la vista y vio de soslayo como el carro giraba en “U” en la esquina de más abajo. “Mejor es prevenir...”, pensó, y

rápidamente tomó un callejón lateral muy angosto y corrió con desesperación. No pudo saber si el frenazo que sintió ahogarse en la calle había sido del carro que había girado en “U”, pero antes de dar oportunidad para que lo siguieran decidió cruzar a toda prisa por los traspatios de las casas y alejarse. Nunca le habían molestado tanto los perros, porque su carrera era seguida por una avalancha de ladridos que se despertaban a su paso. Corrió y corrió sin parar. Finalmente en el patio abierto de una casa, frente a un parque, se agazapó exhausto y decidió esperar, bajo la sombra de un cerco de cipreses. Lo tranquilizaba que el alumbrado público de ese tramo no sirviera. Pasó un tiempo medido por dos cigarrillos aspirados con calma y volvió a pensar en las flores que quería llevarle a Olga, “por lo visto hoy no será”. Con trancos largos reanudó la marcha y atravesó el parque por la zona más sombría, pero en la esquina final no le quedó más remedio que tomar la calle iluminada que lo devolvía otra vez a la ruta perdida por la fuga preventiva. Y ocurrió que al cruzar una esquina todo se precipitó, cuando escuchó que un automóvil estacionado al final de una transversal, con las luces apagadas, encendía el motor. Amílcar apuró el paso y en la intersección siguiente prefirió desviarse y nuevamente arrancó a correr. El automóvil encendió los faros al virar y Amílcar pudo ver cómo el reflejo de las luces le alcanzaba los tobillos. “Si aceleran cuando no me vean cerca, estoy jodido, vienen por mí”. Cuando sintió el acelerar del vehículo apretó los dientes e inmediatamente trató de ganar el borde del muro al final de la calle. No le quedaba duda alguna.

Escaló la muralla del prefabricado con habilidad de atleta, y se dejó caer por la pendiente del barranco; rodó por el desfiladero de basura mientras resplandecían los destellos de las linternas en el tope de la muralla y unas voces maldecían a lo lejos. Demasiado inclinado era el barranco como para no golpearse y para que se atrevieran a seguirlo. Era casi una caída libre. “La

gente pregunta por qué nos oponemos al plebiscito...”. Amílcar caía y a pesar de los golpes de la caída, la distancia que lo separaba de los perseguidores lo tranquilizaba. “Si cambiara algo el plebiscito...”. Giró y giró hasta llegar al fondo del barranco.

“Falta poco, a pesar de todo, se acaba agosto, pero ya di con tus ojos, junté las noches, corté los cielos, doblé los árboles... Ojos de Perro”. Olga escribía sobre el mesón de la cocina, congestionada, tratando de tranquilizarse por la demora de Amílcar, queriendo contener las lágrimas que ya le esfumaban las letras en el papel. De pronto, escuchó el llanto de un niño vecino.

Golpeado por la caída, Amílcar llegó por el basurero hasta la costanera y aprovechó el laberinto de tugurios para esconderse. Parapetado en unos matorrales aún podía escuchar el ruido indescifrable del movimiento en lo alto del muro, las maldiciones ambiguas y el resplandor lejano de los faroles que escudriñaban las laderas del barranco. A salvo de los esbirros, resopló todavía temeroso: “Y si el amor es un bastión, pues a amar se ha dicho...”, canturreó para tranquilizarse, asustado hasta los huesos, “... aunque hoy no será”.

Cuando cesó el trajín en las veredas de más arriba y las unidades se marcharon, avanzó con desconfianza varias cuerdas, escabulléndose de nuevo por callejones residenciales, eludiendo las aceras iluminadas, y tomó la vereda más larga, pero la más segura, para poder llegar a una de las casas de seguridad que su grupo usaba como escondite eventual. Confiado de que no era seguido, caminó tranquilamente el trecho final, rozando con los dedos la cerca de cayenas de la parcela vecina. Fue entonces cuando sintió una presencia tras de sí y la presión inmediata del cañón en la espalda.

— ¡No voltees, mierda, sácate la chaqueta! -resonó la voz-, ¡dame la billetera!

— ¿Es un asalto? -preguntó Amílcar, casi con alegría.

— ¡Ja! -respondió la noche.

Amílcar inteligentemente siguió al pie de la letra las demandas del agresor, que después de revisar todos sus bolsillos y catearlo con celo, le hincó más el revolver en la espalda y le preguntó divertidamente:

— ¿Y?, ¿qué vas a hacer, qué vas a votar: SÍ o NO?

El toque de queda tensaba la noche. Salvo los ladridos perdidos de los perros, nada se oía en las calles, pues el miedo silenciaba la ciudad entera. Sin embargo, siempre ocurría: más de una bala de la realidad se alineaba impertinente con alguna pesadilla. Así los vivos sufrían su desvelo.

— ¿Qué pasó, campeón? -le dijo con ternura el padre al niño lloroso mientras entraba a la habitación y lo tomaba en brazos.

— Hay bombas, papi, disparos... -tartamudeó el niño.

— Ya, ya, ven con papá, mi campeón, todo está bien, no pasa nada, la alegría ya viene.

Santiago 1992 / Los Teques 1999



El cómplice

*Si diviso una nube, debo emprender el vuelo.
Si una mujer se acuesta, yo me acuesto con ella.*

OLIVERIO GIRONDO

Me tenía sin cuidado el veredicto del tribunal, porque cuando una cierta lógica rige los acontecimientos, de nada sirve levantarse el ánimo para creer que el destino es susceptible a la esperanza. La línea de la vida no se modifica con rezos, eso las personas lo saben, pero prefieren hacer caso omiso al conocimiento y entonces se arrodillan, tratando de ignorar que nada de lo que pidan tendrá una respuesta del más allá, porque si algo sucede es más bien por obra y gracia de las variables del más acá. Por eso para mí estaba todo claro: solo había que sentarse a esperar que las consecuencias fueran igual de absurdas que la antesala que viví antes que me llevaran a prisión.

Carlos era de esas personas que detestan usar el teléfono, por eso me causó extrañeza que llamara esa madrugada... Sin saludar, me preguntó apurado si podía llevar mi camioneta al aeropuerto a las cuatro de la tarde, y que si podíamos encontrarnos en el pasillo donde llegan los pasajeros... Al principio me quedé mudo porque no reconocí su voz; como estaba medio dormido no me daba cuenta de lo que pasaba. Empecé a masticar: “¿Quién es, qué pasa?”, entonces él me gritó, perturbado por mi lentitud: “¡Despiértate, coño! ¡Soy yo, Carlos! ¿Me escuchaste? ¡¿Puedes?!”. Cuando lo reconocí estiré un: “Aahhh, Carlos...”, y con mejor dicción le contesté con desinterés que sí iría, que bueno, y no pude decir nada más porque colgó el auricular ahogando un

“graciasteladebo...”. Nunca terminé de despertarme del todo, pero recuerdo que mi mujer no dejó de quejarse hasta que se hizo de día, porque creyó que lo de la llamada de Carlos era mentira.

Encerrado ya, una vez más al margen de la fe, recuerdo que la suspicacia que me caracteriza fue la culpable de mi intranquilidad. La luz se hizo una mañana en mi celda, un par de días antes que cerraran el expediente y me comunicaran el fallo del tribunal. Entonces me envolvió un extraño temor, porque me di cuenta de que calzar dentro del miedo era ridículo. Y la palabra “ridículo” saltó como un pedernal lanzado al aire. Visualicé al tiempo que mi calma era una ventana transpuesta en su trayectoria. Una cavilación más, otro recuento de los hechos, y el pedernal se hundió en la ventana y mi calma estalló en un montón de astillas. Repasé los hechos como una forma lamentable de confirmar las sospechas. Pensé: “Es ridículo sentir miedo”, y bastó y sobró para que comenzaran a temblarme las rodillas. Ahora me lo puedo explicar sin tartamudear, sin temblores, víctima ya de las consecuencias. Sentir miedo era consistente con todo el cuento en el que estaba envuelto. Considerar un desenlace lógico que siguiera la secuencia de lo ocurrido tenía que ser algo ridículo, sin lugar a dudas. Así comprendí que todo tendría que acabar como comenzó, absurdamente, con un fallo en mi contra. Y ahora, después de hacer el resumen ené veces y desde distintos ángulos, veo que cualquier camino me hubiera llevado al mismo resultado. Está claro que los sucesos, desde aquella mañana hasta hoy, han sido rigurosamente absurdos. Si alguien controlara la consistencia de las historias, esta soportaría toda interpelación, ya que nada pudo ser más absurdo que la primera escena de aquel día, cuando Adela se puso la toalla sanitaria y, como se había desvelado por la llamada de Carlos, se la colocó con el lado engomado hacia ella.

Carlos me comentó muchas veces que él quería hacer el amor a toda prisa y pausadamente. Sin embargo, hace tiempo que me había

resignado a escucharlo sin entender sus acertijos y generalmente le miraba con cara de complicidad, como si le comprendiera, o le contes-
taba con una suspicacia intuitiva, que complementaba su comentario,
pero muchas veces no tenía ni idea de lo que me hablaba. Le reitero
que éramos amigos, además no entiendo por qué usted está empeñado
en probar que yo tenía razones para verlo muerto. Supongo que es la
primera etapa de su trabajo, ¿no?, la etapa del investigador que no deja
de ver un crimen y que sospecha de todos... Y mire, tampoco creo que
no haberlo entendido mucho pueda considerarse una traición; muchas
personas se comunican a medias y hasta se casan...

¿Cómo? ¿No me ha entendido? Solo pude enterarme del asunto en
cuestión esa tarde, cuando encontré a Carlos en el aeropuerto. Él estaba
como siempre, silbando ese bolero que no recuerdo bien, tranquilo...
¿Qué? Mire, usted no entiende o no quiere entender... Éramos amigos y
ya le dije que no sabía para qué me había llamado. Le explico de nuevo:
apenas nos topamos en el pasillo del aeropuerto, él me tomó del hombro
e hizo que me volteara para observar a los pasajeros que comenzaban
a salir. Entonces vi que se aproximaba la mujer hacia nosotros, muy
risueña... ¿Cómo? ¿Pero para qué quiere que se la describa de nuevo?...
Está bien: ella era morena, ojos verdes, como un metro setenta de altura,
la verdad es que era un monumento, y se lo vuelvo a decir, antes que me
lo pregunte otra vez: no había visto nunca a esa mujer, NO-LA-HA-
BÍ-A-VIS-TO-NUN-CA, ¿está claro? Además, solo la detallé por
encimita, porque todo sucedió muy rápido. Camino a la camioneta me
enteré de que ella estaba haciendo una escala de poco tiempo y que luego
volvería de regreso al aeropuerto... Sí, sí, tenía varias referencias de ella
por boca de Carlos, pero le aseguro que nunca me imaginé que la mujer
fuera tan hermosa... ¿Celoso? Mire, SEÑOR, mejor borre eso de la
declaración, no vaya a ser que lo tomen a mal...

El favor era que yo manejara, sí, sí, no tenían tiempo para ir a
un hotel y debían hacerlo mientras yo conducía... ¿Cómo que qué?
El amor, qué más, pues, ya le dije que por eso estaban desnudos en la
parte de atrás de la camioneta. ¿Qué por qué iba tan rápido? Quizás

no me crea, pero podemos bajar al carro para que vea el caucho. Cuando llegamos al estacionamiento me di cuenta de que se me había desinflado un caucho. Por eso perdimos tiempo poniendo el repuesto y entonces tuve que recorrer a toda prisa la circunvalación que rodea el aeropuerto; de lo contrario, la mujer perdería su vuelo. En fin, el caucho primero, el tráfico para salir del estacionamiento, usted comprende, iba rápido porque el tiempo...

Recuerdo que cuando me puse a cambiar el caucho con tranquilidad, Carlos se desesperó y me quitó el gato de las manos mientras me decía: “¡Coño, solo tenemos veinte minutos para echar un polvo mientras das vuelta por la autopista!”. Yo pensé que era una broma, pero como me lo dijo tan serio y se puso a cambiar el caucho él mismo, le creí... ¿La mujer? Bueno, ella lo único que hizo fue reírse todo el tiempo. Así son las extranjeras...

Cuando subimos al carro, ellos ni siquiera esperaron a que pagara el estacionamiento y tomara la autopista; sin perder tiempo estaban tambaleando el carro y devorándose en la parte trasera de la camioneta; habían reclinado los asientos... Ni les importó que los viera el empleado de la caseta de cobro del estacionamiento...

Sí, aquel día fue tan absurdo como despertar y tener que correr al baño y ayudar a Adela a desprenderse de su toalla sanitaria. Ahora entiendo el temor dos días antes del fallo del tribunal: si las secuencias se habían desarrollado absurdamente, lo más seguro era que terminara aquí, encerrado. A decir verdad, el homicidio culposo fue un broche apropiado para lo que comenzó con la toalla sanitaria, un fin tan parecido al desenfreno de esa ceguera fantástica que envolvió a Carlos con la viajera, igual a ese fatídico deseo que los arrastró a la lucha de una unión desesperada. Estar aquí me convence una vez más de la naturaleza absurda y sublime de la vida, porque aunque esté encerrado, el encierro no me impide asomarme a ese abismo que se abrió para Carlos y la viajera, donde no existió noción del espacio ni hubo referencias que alertaran la proximidad de la

puerta trasera de la camioneta y donde tampoco existió cordura para entender que no debieron apoyarse en ella, para convocar un orgasmo que hasta hoy no sé si pudieron alcanzar. Miro por esa puerta del destino absurdo y sublime y creo que si hubo un momento de lucidez, seguro lo tuvo Carlos en el último parpadeo, mientras volaba hacia el asfalto, cuando entendió que caer a la autopista desde una camioneta a toda velocidad y complaciendo con otro ritmo y otra fuerza a una mujer era la mejor respuesta que el tiempo le podía ofrecer al acertijo que enunciaba cuando conversaba conmigo.



Intentos

*Pero el movimiento de la materia no es únicamente
tosco movimiento mecánico, mero cambio de lugar; es calor
y luz, tensión eléctrica y magnética, combinación química
y disociación, vida y, finalmente, conciencia.*

F. ENGELS

Introducción a la Dialéctica de la naturaleza

Amor, creo desatinado discutir ahora sobre la ansiedad que te produce mi manía de girar alrededor del tan famoso “meollo del asunto”. Sólo diré en mi defensa que esta mirada en espiral que uso, inútil para sobrevivir en la violencia urbana, es la que me ha ayudado a soportar las penitencias que me afligen. No obstante, acepto que mi manera de observar el mundo es desatinada, si tomamos en cuenta lo estéril de invertir silencios contemplativos en una sociedad pragmática y comercial. Frente a los fenómenos cotidianos, primero valoro las posibilidades expresivas que los pueden describir, seguidamente los desarmo, desarticulo el tiempo y sus objetos y, por último, elaboro la ficción, usando una panorámica novedosa. Tres peldaños. El riesgo estriba en la aparente sencillez del método *versus* mi exigencia estética. La ficción propuesta debe ser indiscutible, hermosa y lógica. No es aceptable que haya diversas interpretaciones. Por eso, cuando digiero el contenido y el fondo de lo que te quiero referir, me reflejo en el cristal de tus ojos y dudo en saltar del segundo peldaño al tercero, porque no sé si seré todo lo contundente y claro que requiero ser. Pues nada, se consumió la arena del reloj que alargaba esta cadena

de prolegómenos tangentes. Iré al grano de lo que me ha ocurrido. Para ello, usaré un incidente paralelo y mientras avance descartaré lo accesorio hasta ubicarme en lo medular, luego se verá si fue pertinente o no el correlato elegido. Voy a comenzar a recordar desde un punto intermedio de la línea de tiempo, como hago siempre con los sucesos que nos han marcado. Hacer que las palabras sigan un orden cronológico, tú lo sabes, sobrepasa mis capacidades. Y ya para comenzar, voy a sugerir un mapa de la ruta que me proyecto recorrer pero que quizás no transite en su totalidad. Este mapa te servirá de brújula inicial o de exiguo faro para que me escuches como si buscaras una dirección entre mis diagramas de divagación característica. A medida que vaya revelando lo que me ha ocurrido, la dirección se enfocará en tus ojos, y se irán afinando las calles, sus redomas. Y lo sabrás amor, se hará la luz a la vera de tu rostro embelesado. En unos instantes advertirás que, a poco andar en esta historia, tendré que mirar hacia atrás, usando antecedentes de “distintos pasados” para anclar las referencias. Con esto estaré introduciendo un segundo plano narrativo. Luego, sumaré un tercero, un espejo de apoyo, armado con alusiones “atemporales”; será el trazo de una “lógica” construida transversal a los sucesos, desde el punto elegido como excusa de comienzo hasta este presente que se hace denso, sobre todo por tu silencio y por esos ojos tuyos, tan abiertos, que lloran hacia adentro, como cuando uno ve la lluvia del mundo golpear una ventana.

Debo admitir que el reparo que tenía para lanzarme de lleno en el detalle de mis revelaciones es porque quizás tú ya sospechas la avalancha de lo que viene, y a medida que yo avance, tú no harás más que corroborar lo que ya sabes. Bueno, es preferible no adelantarse; sólo al final se confirma el sabor terrible de los presentimientos. Ah mi vida, cómo nos desarman las revelaciones. Paradójicamente el “alumbramiento” ocurrió en la oficina, en el lugar menos propicio para ver más allá de esta realidad barajada

entre los tan mentados universos paralelos. Pues nada, te lo debo decir “sin anestias innecesarias”, como otrora solíamos decir. Amor: la vida es un saltamontes. Sí, un saltamontes, pero no uno cualquiera, sino uno somnoliento que quiere crispas una patita o hacer un ademán de peinarse y que está a punto de moverse pero permanece detenido en la frontera que separa “lo por hacer” de “lo ya hecho”. Si los de la oficina lo hubieran advertido conmigo, si hubieran comprendido los arcanos que este entendimiento desata. Y fue este descubrimiento el que me hizo llegar tarde. No fue por pasar a comprar el helado de ron con pasas y la botella de vino, ni por las anchoas con ajo y el limón francés, las alcachofas, o porque quería preparar el mundo para que miráramos el atardecer con fondo de mar y desierto. Pues nada, ya te lo he confesado y no es para tanto, ni para volver a sentir que el piso se ablanda o para sentarse con esa lentitud de infidelidad comprobada con la que los enamorados reciben las malas noticias. Las cosas que ignoramos quizás sí son para llorar, pero no ésta de ahora. Mira, yo lo corroboré en la sala de reuniones, pero preferí guardar silencio: el saltamontes estaba quieto, con todos sus movimientos contenidos, que no ocurrían, pero que lo hinchaban de ganas. Y sentir esa necesidad de perseguir las gotas infinitas de sus ojos azabaches, de continuar al lado de ese par de lentejas de baquelita espacial, transformó el paisaje, como si todo se comenzara a mostrar a través de una gasa verde, y una atmósfera espesa descolgara sus aureolas boreales en pleno día. Pero hay más. No sé explicártelo con precisión, pero las evocaciones comenzaron a mojarse con la presencia de este saltamontes, y las remembranzas tenían que cruzar primero por sus ojos para guardarse en el recuerdo. El universo de este insecto, como entenderás luego, es un remolino del que tampoco sé mucho, pero que definitivamente hay que atravesar para habitar una calma genuina. Y tú ya sabes cómo nos quemamos las cosas por saber; imagina ahora cómo me siento después de este descubrimiento y ahora que comienzo a entender el

sinfín de consecuencias que se desprenden de él. Todo se reduce a comprender el principio inicial: la vida es un saltamontes que pretende moverse. Quién iba a pensarlo, más aún cuando en la escuela nos dijeron que la vida era una cosa sagrada, que si el regalo de un dios egoísta y punitivo, que si un misterio de la evolución, el sistema digestivo, los pulmones, el corazón, los dientes blancos. Ninguna maestra fue sincera y nos aclaró que la vida, por encima de toda aquella retórica empastada, es una “potencialidad de movimiento” resumida en este saltamontes que está a punto de limpiarse las antenas y los ganchitos de la boca. La certeza de esa etapa previa al “ser en movimiento” es la que le otorga a la quietud una cualidad angustiante y fecunda. La quietud es la paridora de todo y la realidad rebota entre proposiciones opuestas: El saltamontes me ve desde su mundo y descubre la reticencia y el asombro que enmohece en el mío; no obstante, se consuela cuando comprende el peso del anhelo que se cocina en mi interior y que prepara todos sus vectores para acompañarlo en su salto. Pero hay más, tú lo sabes, ningún constructo se visualiza caminando sólo por una de sus aristas. Inexplicablemente el saltamontes conoce esta aglomeración de impulsos en mi cuerpo que no terminan de fluir, de componer sus fuerzas y que desean resolver su necesidad de cambio y despegar al unísono con él, cuando se decida a dar el salto, lejos de este espacio que se cubre con el polvo del hastío. Esta antesala de porvenir es lo que la gente de la oficina no supo apreciar, y también es la razón que los aplasta. Pero yo sí valoro esa ventana que se abre y que me susurra sus secretos, y ahora que la he descubierto ya no puedo volver atrás. Cuando alguien pasa por un camino y ve montañas y rocas, generalmente no tiene la lucidez para decir, “mira todas esas ganas de movimiento, ahí, arrumadas”. Y lo siento por los ciegos, pero a mí me iluminó el aura de este insecto-portero-enigmático y mis ojos se llenaron de un agua diferente. Ahora veo aquello y esto otro, y, por sobre todas las cosas, veo un cosmos renovado detrás del saltamontes.

A ciencia cierta, ahora aprecio un plano paralelo al que pisamos, con particularidades de olores y texturas, de lentitudes y velocidades relativas que no dejan de tener su extravagancia. Por ejemplo, todo lo veo un instante antes de que ocurra y por lo tanto también lo padezco. Y a esa “potencialidad de movimiento”, que me roza con sólo pensarla, la he denominado: “intento”.

Tú sabes, el orbe posmoderno gira alrededor de nominaciones recalentadas, empanadas que se vuelven a freír para que parezcan recién hechas. Inconscientemente, para explicar algo en la actualidad, el primer impulso es bautizarlo con un nombre alternativo. Yo también le he puesto nombre a esta complejidad de “salto por hacer”, pero he evitado seguir la receta del *marketing* hegemónico. Porque los *publicistas-periodistas-políticos-filósofos de auto ayuda* usan suspicacias para encubrir el presente. Así, para reutilizar una tortura pasada, la bautizan con neologismos ingeniosos. Sólo entonces el objeto definido comienza a existir “inofensivamente” dentro de esta lógica que nos disgusta a ambos. Y nos disgusta porque entre sus principales males está la exclusión de lo intangible, el combate contra el silencio ameno o el apaleo diario para crearnos la necesidad de adquirir cosas y desenfocar el “ser” contra el “tener”. Definitivamente nunca nos hemos tragado la tara de “naturalidades” con las que justifican los males de esta época, la cual nos despedaza la existencia. Al final toda oferta es una trampa que reseca, cuando en principio debería humedecernos. El encierro está diseñado para que nos estiremos en holguras virtuales. Cada vez que creemos que estamos a nuestras anchas, realmente nos apretamos más. En conclusión, el diseño está previsto para que no alcancemos las propuestas de la seducción, y de esa manera el deseo termine siendo una frustración que se muerde la cola.

Pero para qué volver a recorrer lo andado, además necesito acabar con los pormenores de esta revelación y de la grieta que le ha abierto a la vida este saltamontes. Y no creas que la divagación

fue gratuita, este rodeo lo hice adrede para tomar impulso y contarte el segundo asunto. Aquí viene, y aunque suene a traición te lo tengo que decir con todas sus letras. El caso es que tú no eres la dueña de esta primicia, porque antes tuve que contárselo a los de la oficina. Y lo hice porque deseaba que alguna vez en la vida me entendieran. Pero fue en vano tratar de borrar de sus caras esa mirada de incompreensión y asombro. Las palabras que les dediqué entonces ahora son sólo un mal recuerdo, otro esfuerzo acumulado de esos afanes que he cultivado para el hambre. El saltamontes y ahora nosotros dos, sabemos que esta revelación supera la capacidad de entendimiento de los de la oficina. “*Penosamente*”, nosotros estamos lejos del lenguaje que “*sus majestades*” utilizan para aferrarse a su *status quo*; el mismo lenguaje que nosotros desaprendimos y que ellos usan para engordar las lógicas de sus ilusiones. En fin, lo importante, volviendo a la médula del asunto, es que desde que abrí los ojos de verdad, vivo rodeado de “intentos”, “intentos” amor mío, demasiados a la vez. Un ejemplo es mi manera de salir anticipadamente cuando debo retirarme, aunque en realidad permanezca en una demora pasmosa. O cuando estoy pensando en ir, el solo hecho de ver al saltamontes hace que ya venga de regreso: entonces el “*voy a hacerlo*” comienza a ocurrir como un pretérito. Los tiempos se adelgazan y se trenzan cuando el insecto emerge de mis descuidos, aparentemente quieto, pero con toda la disposición de abrir su alma de artrópodo para despegar. A veces le brilla en el negro espacial de sus ojos unas ganas contradictorias de “ser mariposa”. Un instante después el cielo atardece y pujan otros volcanes al lado de sus deseos y el saltamontes me promete un batir de alas de acuarela aterciopelada, articuladas desde la metamorfosis de su cuerpo incomprensible. Yo sé que te puede sonar algo confuso, pero tengo la certeza de que van a sobrevenir cosas tremendas. Esta premonición me acalora y aflige. Y tú ya sabes cómo empeoran las cosas con el calor o con los recuerdos inconclusos, o cuando el reflejo de la

infancia me mira de cerca. Ando soñando el olor a café y me calan frases al estilo de “nostalgia del futuro”, o la verdad indiscutible de saber que “todavía nunca será mañana”. Y fue por este sopor intempestivo que comencé a contabilizar los “intentos” de este insecto que ahumadamente florece en todos lados. Hay gente que prefiere registrar cosas más fáciles, las ternuras de las olas, el olor del viento antes de llover, el celaje del cielo los días luctuosos. Pero yo me ocupo de este deliberado saltamontes que se llena de “intentos” y que me mira con cara de querer cambiar algo. Son tantos detalles. He podido concentrarme mucho y llegar a ver cómo sueña, y no es así como dicen, que sueña en blanco y negro, no amor, ni tampoco sueña en colores, nada de eso. Este insecto sueña en transparente. Y cuando lo hace me transporto en sus celofanes claros, sus dioramas leves, y me hundo y comprendo los matices de sus cristales densos, algo así como barajar la transparencia del agua del fondo del mar, con la de la superficie. Entonces yo también me lleno de “intentos” y comprendo mejor sus fulgores, sus alas de pergamino, su mundo inconfundible. Ay amor mío. En sus sueños el silencio cruje, y es igual a lo que apretaba mis oídos cuando iba al mar y hacía una apnea larga y bajaba metros para sentir el crepitar del agua profunda, el reclamo de los peces. Recuerdo que fue entonces cuando vi por primera vez a este saltamontes y, pobre de mí, aquel día le dediqué tan poco de mi delfín, sin saber que él era la clave que siempre había estado buscando. Pero ahora tengo una segunda oportunidad, aunque esta vez lo necesario debo hacerlo a contracorriente.

Pedaleo renovado contra la subida, reconociendo la dimensión que se ha abierto con sus maravillas y sus dificultades. Si me atrevo estoy seguro que caminaré suspendido, aunque para hacerlo me cueste sangre de nariz y de ojos, y en términos generales, todos los tipos de sangre que se puedan invertir para volar. Entenderás ahora porque creo que se me nota en el andar este descubrimiento. Yo sé que lo llevo grabado en mi cara de acontecido, aunque la gente

de la oficina evitó confrontar la expresión épica de mi rostro y se hicieron a un lado, desde que comencé a responder con sinceridad en todas las alcabalas a lo largo del día. Los que se colocaron al margen lo hicieron por aquello de la imagen corporativa, la resolución de conflictos y los niveles de aprobación-punición, o porque “El” Ingeniero debe ir a Recursos Humanos y seguir los canales regulares, y “La” Gerencia esto otro, y “El” protocolo. A pesar de los males, igual aquel espacio marcado con desinfectante fue propicio para que entre sus paredes el sortilegio redentor pudiera suceder.

Amor, las cosas trascendentales no se pueden circunscribir a ninguna frontera, porque una revelación de vida es ubicua. Y que lo extravagante se haya vuelto cotidiano confirma esto último. Con el transcurrir, el insecto con sueño promete despertarse huracanadamente en todos los husos horarios que me dispongo imaginar. Además —contradicción aparte—, siento en el cuerpo que aún no se ha consumado este futuro de despertar lejos de ti y que no ha concluido el tiempo cuando éramos “*nosotros*”. Bueno amor, ya no sé qué número ordinal le toca a esto último, pero seguidamente comprenderás porque ya no hay vuelta atrás. Se agudizaron las contradicciones y el fulgor de la iluminación se entreveró contra la intensidad del asedio corporativo. Por ello en la oficina, finalmente tuve que gritarles a todos que esas hojas que iban y venían de la impresora a mi cubículo eran “intentos”, y que nada de lo que rezaba en sus “memorias descriptivas” o catapultaba sus apremios tenía que ver verdaderamente conmigo y con lo que imprimía. Cuando asistí a lo que creo fue mi última reunión, me concentré y logré juntar mi mejor olvido; entonces escuché y vi una vez más cómo “sus majestades” mienten y actúan sus muecas de cariño y sus abrazos estándares de solidaridad y de camaradería; aprecié su carraspear de fingida concentración con el puño de dedos en la boca; el parpadear demorado con el que quieren demostrar comprensión; la sonrisa de rígida compostura

y los brazos cruzados antes de blandir el machete contra la espalda del colega que se descuida. Yo trataba de olvidarlos aunque no podía mantenerme en guardia, porque a pesar del esfuerzo de mi “olvido atento”, el saltamontes aparecía y el color de su mundo se imponía en el forcejeo. Es decir, mi “olvido atento” empeoraba conforme se desarrollaba la reunión, porque si me rozaba un dardo de sus frases hechas, de sus palabras engoladas, digamos una de esas que comienzan con *ganar-ganar*, *apalancar* o *pro-ac-ti-vi-dad*, el insecto redoblaba sus “intentos” y el tic tac de la bomba que sentía bajo mis pies aumentaba sus ecos: comenzaba a retumbar la cuenta regresiva, con el metrónomo en *allegro vivace*, anunciándome que el estallido no demoraba. Ojalá otras perogrulladas menos untadas con sabiduría de almanaque hubieran mellado el tiempo en aquella sala de reuniones, ojalá hubiera tenido que olvidar otras frases, otras palabras, como las que a veces se acostaban entre nosotros dos, como por ejemplo “murmullo”, ahhh, sí, como “murmullo” o “algodón” o “garúa...” Y casualmente fueron nuestras palabras las que de alguna manera liberaron lo reprimido y acabaron con todo en aquella sala. Ahora que repaso lo ocurrido, pienso que quizás las cosas no se habrían precipitado, si sólo hubiera convocado nuestras palabras en la burbuja de mi silencio. Pero se me ocurrió escribirlas en el cuaderno de notas, para equilibrar lo que me descompensaba, y entre los giros de mi caligrafía se desencadenó el final. Y precisamente fue “murmullo” la que rebose el vaso. En medio de un derecho de palabra de esos que la gente pide para fanfarronear y no para aportar ideas, repasé con el índice las letras de “murmullo”, recorriendo el fieltro de guama que comúnmente les leuda a mis palabras cuando termino las vueltas de sus últimas sílabas. Por más afán que le pusieras sería difícil evocar la totalidad de la catástrofe. Imagina, desde mi dedo comenzó a subir el color “murmullo”, que es de un marengo adelgazado, y se me fue tiñendo la ansiedad de “murmullo”, y cuando me alcanzó la cara ya no pude disimular. Entonces los

gerentes juntaron las cejas y golpearon los lápices contra la mesa, como llamándome a capítulo. Por oposición, yo miré hacia la pared para salvarme, donde claramente estaba la ventana que nadie veía y que conducía a un día esplendoroso. Al otro lado de la ventana se abría un prado con una grama parejita y un jardín florido, embellecido con el desorden propio del riego matutino y, por supuesto, habitado por el saltamontes, el cual ya casi concluía su “intento”, mientras los aspersores lo refrescaban. Y aquí viene lo inesperado, la parte que demuestra que en resumidas cuentas esta existencia no tiene remedios sin las contraindicaciones entre la gravedad y el alma. Ocurrió que en medio de mi distracción divisé algo preocupante, y me embargó la misma sensación que baña la espalda cuando alguien nos observa y entonces uno vuelve la vista y corrobora los resabios de un protoinstinto, como si no nos hubiera abandonado el destino de ser una presa condenada a terribles acechos. Sospeché que dentro de la ventana había algo de evolución adversa en ese trance efímero de pata quieta, de antenita por crisar. Temí que el saltamontes, luego del “intento” iba a querer desentrañar ese sueño de vida que lo había mantenido quieto, las claves de su pasado, y posteriormente vendría el sufrimiento, la hoja seca en sus tenacitas sin hambre, el viento frío que le mordería el salto. Entenderás ahora, que era demasiada información para la calidad de aquella mesa de reuniones, además todas las miradas me interpelaban, esperando algo distinto, como si yo de verdad cupiera en el libreto de sus agendas. Entonces, en vez de hablar de “inversión, presupuesto base, régimen laminar o velocidad de corrosión”, sólo pude decir con toda franqueza, a pesar del desconcierto general:

“Miren allá, en aquella ventana, la vida es un insecto dormido que está a punto de saltar. Mientras tanto la vida misma respira, atenta en sus ojos que contemplan la grieta de la cáscara que lo contiene. Para romper la cáscara el pulso represado debe llenarse

de voluntad y bueno, todo lo que conforma el intento personal de cada quien. Si nos atrevemos y hacemos que ocurra lo que se cree imposible y rompemos la cáscara, quisiera pensar que el sueño tendrá su descanso, es decir, que al final de la quietud se encuentra el verdadero movimiento. Pero acabo de tener una revelación, y quizás después del salto comiencen otras preguntas, tan angustiantes y genuinas como las que giraban alrededor de la quietud. Pero ese escenario forma parte de una categoría de mayor complejidad; antes tienen que ver la ventana y al insecto y, sobre todo, verse a ustedes mismos y entender las claves que el conjunto sugiere. Sin embargo, lo único claro es que aquí y ahora nadie comprende”.

Como es usual, a la sombra de una tarde que ya se hizo noche, te lo he contado casi todo, porque es seguro que mi olvido excluyó las sutilezas de siempre. No obstante, te he contado lo trascendental, y no importa que otra vez vuelvas a comprenderme en el marco de tu silencio, encuadrada en el portarretratos donde combato el polvo que se acumula entre nosotros, viéndote sonreír al lado de ése que yo fui alguna vez, congelada en la misma fotografía que usas para verme despertar, con esos ojos que yo limpio de años, sumergida en la misma escena que nos abandonó luego. Quizás la única diferencia sea que ahora yo imagino que se te agranda la mirada porque acabas de entender todas las claves. Sí, porque estoy seguro que ya ves, que ves como estoy preparado, como estoy a punto, y que sólo tú, desde esa fotografía, puedes darte cuenta cómo me reúno para dar el salto junto al saltamontes, con todos mis “intentos” a cuestas.

Punta de Mata, 2003 - Aberdeen, 2007.



QOSQO

*A Janette Yadira Guerra Vera,
bella qosqueña y arquitecta,
quien hizo posible este relato.*

Proemio

Hermano, ven a *Qosqo* y recuerda la simiente de tu sangre, de tu peregrinar americano. Contempla el hechizo sin tiempo que de pueblo en pueblo buscabas y cuida tu andar cerca del valle inca. En *Qosqo* palpitan las ruinas del ingenio humano. Ante la ciclópea arquitectura del granito mutilado se padece el vértigo del invadido, sensación de altura, más emparentada con la ira que con el desconcierto. Por tanto, se puede perder el equilibrio mientras la historia hace un recuento ineluctable en la boca del narrador y del riel de las novelas se despeñan los remansos, los tiempos y los hombres.

Escritor, la altura acuña el frío, la indignación arriba del pasado. Cuidado, porque cuando llegues a *Qosqo*, te puedes quedar para siempre.

I

Después de tartamudear cinco horas por la infinita trocha angosta que atraviesa la cordillera y serpentea el cañón del río Urubamba, el tren enfrentó el andén final. El estrépito de metales que iluminó los durmientes de la vía cruzó el pasaje frente al mercado y alcanzó la Plaza de Armas: así se anunciaba que

una vez más la labor se había cumplido, con el retumbar característico de los frenos del último tren del día.

Los pasajeros bien molidos apuraban el paso para abandonar la estación y se extendían como hormigas por las calles de *Qosqo*, no fuera a ser que los inspectores controlaran los boletos o cuestionaran una vez más la carga que habían subido en pleno trayecto los infaltables polizones. Así volvía de Ayacucho y Machu Picchu una taciturna procesión de cansancios: mujeres con gallinas amarradas y cruzadas al pecho; otras tratando de sujetar contra la cintura la inquietud de un lechón; hombres cargando en vilo sacos de granos o atados de piel de llama recién faenada. Era raro que alguien saliera del andén con las manos vacías, porque hasta los más pequeños no dejaban de estibar lo suyo, siguiendo el paso de los mayores, llevando bolsas de papel manchadas con la grasa de la merienda, cestos de maíz, jaulitas con cuyes, fundas de legumbres. En fin, la procesión de jornaleros desocupaba el andén cargando los regalos del campo que habían logrado subir al tren, casi en plena marcha. Sorprendía la cantidad de cosas que alguien podía llevar encima.

Entendiendo este panorama, no es de extrañar la fama continental del peculiar *Ekeko*, un personaje fantástico del altiplano, el cual es representado como una figura pequeña, a veces hecha de greda o de papel maché pintado, ataviado a la usanza tradicional de los pueblos andinos. El *Ekeko*, mestizo de rostro alegre y de bigote, es visto como una divinidad de la abundancia. Carga en sus brazos todo lo imaginable, comida, periódicos, flores, botellas, tabaco, ropa y en general todo lo que se encuentra en una quincalla o en los manteles de los vendedores ambulantes. Además, el *Ekeko* cumple funciones de oráculo porque su boca está hecha para fumar de las manos del curioso, quien espera leer en el cigarrillo lo que el destino le depara o sencillamente visualizar el número de su suerte. Quién podría dudar entonces de que algún antiguo viajante, antepasado de

los que hoy salen deslomados del tren que llega a *Qosqo*, no haya sido la inspiración para el nacimiento del aspecto moderno del inconfundible *Ekeko*.

Otra mirada era la de los turistas, que no apreciaban estas mágicas analogías, y quizás por eso bajaban confundidos del tren, cansados, algo molestos y tratando de sacudirse infructuosamente el olor de aquella pequeña granja itinerante en donde habían sido batidos por tantas horas.

“Qosqo, hotel Saphi, 661:

Estoy acostumbrado a viajar varios días en autobuses vulgares sin llegar a agotarme, pero las horas en el ferrocarril cordillerano me reclaman muchas más de prolongado reposo. Al bajar del vagón, y lejos de ese chanco que me recostaba su hediondez, llegó a mí el proverbio reformulado: “No hay bien que por mal no venga” porque, como el tren arriba a *Qosqo* cerrado el crepúsculo, a poco andar, el frío y el viento hacen extrañar el hacinamiento de animales y personas que comparten calor en el apiñamiento de los vagones.

La plazoleta empedrada que rodea el terminal ferroviario es el vértice de dos calles. Estas convergen en un espacio que está repleto de buhoneros en el día. Después del atardecer, ese mismo espacio se vacía por completo y no se reconoce. Si se le suma el frío que ensombrece a *Qosqo*, ubicarse es un reto. Por ello, no reconocí el sitio al salir del terminal y caminé unas cuantas calles desorientado. Sin embargo, di con la Plaza de Armas y encontré la calle de mi hostel. Todavía no conozco muy bien la ciudad ni el mundo donde estoy alojado”.

Así escribía en su diario el arquitecto Nóbrega, aterido entre las sombras de un cuartucho de mala muerte, ovillado hasta la desesperación con un cubrecama de lana cruda, tratando de combatir el frío.

“Cuando divisé la calle Saphi, un ventarrón colmó el pasaje de una extensión adoquinada, flanqueada a ambos lados por

enormes murallas. Con largas zancadas traté de apaciguar los calambres y sacudirme aquella red obstinada que la ventisca me lanzaba. Pero el relente anclaba su mano vacía en mi rostro y embestía mi apuro. La helada se burlaba de mis escasas defensas y saltaba como una mosca helada de sombra en sombra, juguetona, hiriendo a los pocos caminantes, cambiando de temblor, de cuello en cuello. El frío brotaba de cada adoquín con su ejército de agujas, como un caballo imprevisto que rompe la paz del río. A medida que avanzaba no había salvación, porque la garúa de la noche penetraba y me humedecía sin remedio hasta los huesos. Después de unas cuabras era inevitable sentirse desvalido, como una bolsita de té usada. Así caminé por la calle Saphi, sin ropa de invierno, soñando con las humeantes sopas que sirven en el día en los tarantines al margen de la calzada”.

*(Héctor Nóbrega es mi nombre actual, el nombre que uso en este libro. Llegué a Qosqo de la misma forma que llegué a Santiago, a Los Teques, Auckland, en fin, a las heridas. Llegué por un simple capricho de quien escribe mi vida. Para los que no han seguido el mecanismo de esta saga mediocre, puedo resumir algunas cosas. A temprana edad me fueron otorgados los dones de la ubicuidad y de la mortalidad temporal, es decir, muertes severas pasan a ser mutis perentorios. Abordo los para-
jes de mi memoria a través de largas páginas, aburridas, cosas de nunca acabar, y mi existencia puede ser devuelta al pasado cuantas veces lo desee mi hacedor, entiéndase: el jefe. Puedo vivir en mi mundo interior y organizar la arquitectura y los detalles del ambiente en el cual existo, basta que el jefe me ponga ahí y me lance, esto es, basta que escriba un libro más y otro y, lamentablemente, otro. No hay descanso. Lo peor es cuando requiere que vuelva a cosas del pasado, porque esa manía que tiene de tratar de ser vanguardista y romper la estructura lineal del tiempo es una pesadilla, pasada de moda por lo demás. Siempre me pregunto por qué no comienza con un Héctor niño, chiquito, que crece, crece y se pone viejo, y ya, en vez de esas vueltas vertiginosas a los dramas de juventud, a los traumas de infancia. Porque sus remembranzas son*

*para tomar palco y sentarse a mirar por lo pesadas: ¿es que ninguno de los rollos en los que me mete pueden tener algo de felicidad? Si hay un amor, luego hay sangre, si hay éxito, debe haber sangre, si hay boda, tiene que ser “de sangre”, si me divorcio, hay que salpicar sangre, puf... A falta de ingenio, el jefe es de desenlaces macabros. Se regocija y dis-
tiende en el drama y, por favor, ¡cómo le da vueltas! Si hay coito, cosa que espero siempre con ansias, pues no, la cosa termina mal: la pareja que me toca es frígida o su papá la abusó o su hermano la manoseaba o alguien le metió mano y la dejó traumada, qué se yo... Así: cómo uno hace para tener relaciones medianamente normales... Ah, pero mi arrebato es innato y mi sed sexual infatigable, virtudes ganadas por mí a través de los viajes en estas páginas de ficción. El duende de las pasiones es el rector de mis delirios y el furor es el precipicio de estas palabras. Ayer padecí los calosfríos andinos desandando la calle Saphi, quizás dentro de un instante sufra una enfermedad severa y la muerte sea, una vez más, la mohosa herramienta que barra mi existencia de la apacible noche de Qosqo. Tal vez encuentre una mujer y renazca de mi hastío entre las inesperadas cobijas de una cama compartida. Lo único seguro es que desde ayer permanezco bajo la luna de Qosqo, en la calle Saphi, cansado, metido en un cuartucho, soñando con una sopa reconfortante, inmóvil en mi plano de tinta, atado a una página inconclusa).*

II

Héctor Nóbrega, prestigioso arquitecto, después de contraer nupcias en Santiago de Chile experimentó un vertiginoso deterioro mental. “Síndrome de pánico, personalidad esquizoide”, fue el diagnóstico descrito por el psiquiatra en su hoja clínica, un día en que Héctor bajó la guardia y se dejó observar. En sus horas de recaídas nerviosas, ni siquiera admitía la presencia de su esposa y, en general, no aceptaba la visita de ningún médico. De esa manera comenzó a marchitarse y a perder sus proyectos. Los grandes diseños institucionales que lo esperaban, para los cuales él era un candidato más que seguro

por su trayectoria de propuestas asertivas y su labor universitaria, se perdieron uno a uno, ya que su sobriedad como fino diseñador también se vio perturbada. Debido a su desequilibrio, cada maqueta se convirtió en reflejo de sus extravagancias. Las desproporciones de los conceptos que proponía le costaron la pérdida de sus clientes. Se empecinó en emparentar forzosamente diseños contemporáneos con estilizados castillos medievales. La última facultad de Arquitectura que le encomendaron la dimensionó con techos de diez metros de altura, sin dejar de mencionar que postuló, irreductiblemente, la eliminación de los baños, los cuales debían ser remplazados por la conducción de un río que circularía por el perímetro interior y exterior de las áreas comunes. Este “cauce domado” estaría provisto en sus márgenes con salas de lectura, camas para descansar, excusados y accesorios aéreos para aliviar el vientre, tan estrambóticos que parecían extraídos del cuadro del *Jardín de las delicias*. Según él, su postulado estaba basado en la filosofía de “regresar a lo humano”. Por eso, que el río atravesara la edificación para atender cualquier requerimiento haría posible que “la experiencia en cada espacio se pudiera vivir con una pauta bucólica, natural y sonora”.

Perdido en su realidad desmesurada, insano como andaba, tampoco pudo mantener su relación de pareja dentro de las costumbres previstas. El aumento de sus extravagancias, tanto en el vestir como en su comportamiento violento, hizo que su esposa buscara desesperadamente el apoyo del psiquiatra. Como suele ocurrir, este le aconsejó lo que ella ya sabía. Lo más indicado era que Héctor se tratara en un internado: no había otro camino. Entonces la mujer se armó de más paciencia y preparó el ambiente para sosegar a Héctor, de forma tal que un día, en una extraña pausa donde se respiró algo de cordura, ella le ofreció las dos alternativas posibles: dos carpetas, los papeles del divorcio o los del internado voluntario.

Una semana después Héctor abandonó la capital y empezó a vagar por el interior del país y a vivir al día, austeramente.

Debido a que su desprestigio le impedía obtener nuevos contratos, se dedicó a escribir ensayos pedagógicos de arquitectura antigua, que enviaba por correo a una editorial universitaria. De esa manera evitaba el contacto con conocidos. Lejos de las urbes atestadas, su enfermedad menguó levemente. Sin embargo, cuando entraba en razón y se componía un tanto, también se deprimía más y la existencia se le arruinaba, al tomar conciencia de la manera en que había perdido su trabajo y su familia. Entonces, tratando de alcanzar el olvido o inconscientemente escapar de sí mismo, decidió irse del país. Así, con un par de mudas de ropa y apretando su inseparable diario contra el pecho, tomó un autobús para la frontera, rumbo a Arica.

“Los espacios comienzan a quedar estrechos, entonces renunciamos al trabajo, dejamos negocios inconclusos, cambiamos de ciudad y perdemos amigos; pero cuando el país comienza a quedar estrecho vemos las maletas con detalle, notamos que el cierre no corre bien y nos preguntamos si lo podrían arreglar en la zapatería de la esquina; comprobamos si el remate del ángulo se ha terminado de descoser, si las asas siguen firmes, si no sería mejor que el talabartero se ocupara de ellas. Y al final nos damos cuenta de que el equipaje no hace la partida. Que lo último que necesitamos es llevarnos cosas, cuando tenemos el cuerpo colmado de nudos y el almaapestada. No hay dudas sobre la necesidad de partir porque hay algo lejano y desconocido que pensamos nos dará sosiego.

Pobres ilusos somos los que huimos, porque lo que perdimos nos perseguirá en todos los rincones, en cualquier tiempo”.

Escribía en su diario el arquitecto Héctor Nóbrega, haciendo el recuento de sus desdichas, viendo ondear la bandera en la alcabala fronteriza.

Y así como él mismo lo advirtió, la tarde en que selló el pasaporte en la aduana, sus esfuerzos fueron en vano: la lejanía nunca llenó de calma su mirada extraviada.

Luego de recorrer varios países manteniéndose precariamente, Héctor Nóbrega pretendía concluir su travesía encontrándose con Laura, su pasado amor, en la ciudad de *Qosqo*. En una carta infeliz le informaba a Laura los deseos de tener un nuevo encuentro. Ella, animada por el amor que aún sentía, le contestó con nostalgia, aceptando la propuesta.

Adelantado varias semanas a la fecha de la cita, Héctor se dedicaba a escribir un libro sobre la ciudad y sobre las ruinas que la circundaban. Descuidando su salud, peregrinaba como un menesteroso, obsesionado por la arquitectura incaica. Cuando regresó de Machu Picchu casi contrajo una pulmonía mientras marchaba al hostel donde se alojaba. Encerrado en un cuartucho de la calle Saphi, ordenaba sus notas y escribía infatigable, noche tras noche, hasta la madrugada.

“Mejillas pétreas resisten los embates del tiempo, robustas, díscolas. Las murallas de *Qosqo* atrapan la ilusión de fugaces levedades entre arpistas menesterosos e iglesias fatigadas. En las calles de *Qosqo* transitan las ruinas de la magnitud humana y el sol desviste el poderoso y cruel ingenio. Asombra la unión íntima de cada roca, el perfecto amor del mineral, la cópula eterna del granito que amuralla la derrota de los ancestros bajo el torpe guijarro hispano. Las rocas del inca siguen mordiendo la calle para vigilar al invasor y el invasor salta de los libros, con sus alas de fuego, y golpea la pared valiente; hiere con celosías y ventanas arqueadas la fantástica fortaleza; roba metros de aflicción y sabiduría al *Sacsaywaman* sangrante para alimentar sus templos. Y uno se pregunta de qué estuvo hecho el hombre que transformó una maravilla en cantera. Pero como el tiempo siempre conspira contra los tiranos, ahora, afligidas y herrumbrosas, las iglesias permanecen abandonadas al silencio

taciturno y a la erosión de la pobreza. Arroadoras son las calles de Qosqo, su sangre antigua corre silente y baña los pies del caballo de *Tupac Amarú* levantado hacia el ocaso”.

(Nuevamente el jefe dejó de escribir. No lo he escuchado en días, quizás atraviesa otra de sus crisis y está destruyéndose en un bar. Después de la noche gélida en la calle Saphi me llevó al hostel y me hizo escribir toda la madrugada y varias noches más una exposición sobre las viejas calles de Qosqo. El último día me levantó temprano: tomé un mate de coca y salí a caminar, con mis andrajos de vagabundo, para fotografiar la ancestral arquitectura. Fue entonces cuando se detuvo. Ahora permanezco desde el jueves pasado caminando por la calle Hatun Rumiyoc –Piedra Grande–. El relato está congelado. No es extraño que él se desgane cuando ha avanzado un poco en la trama de sus novelas, menos extraño que beba mucho y en medio de la borrachera retome el trabajo y a uno lo ponga a hacer insensateces para después tirarse a dormir un par de días. Lo peor es cuando se despierta sobrio y se da cuenta del desastre que escribió, entonces lo obliga a uno a deshacer todo y a comenzar de nuevo. Es insufrible... después de tantos años sus constantes intermitencias comienzan a cansarme. La verdad es que él nunca ordena bien el curso de sus escritos. Sucedió una vez que permanecí casi un año en un café pensando cómo suicidarme. En varias oportunidades me he quedado semanas frente a una mujer, con la mano en su sexo pero sin poder moverme, esperando que él ofrezca la continuidad. Comprenderán que tales posturas después de un rato son incómodas. Una vez, luego de sumergirme en mis pensamientos, sin saber cómo, aparecí desnudo, encima de una mujer exquisita y justo antes de realizar una maravillosa penetración, él decidió dejar de escribir y estuve sufriendo varios días, erecto, una tortura horrible. Cuando finalmente retomó el escrito, el dolor era irreparable y padecí amargamente los minutos que siguieron. Aquella vez la situación se volvió insoportable y de haberse mantenido habría perdido todos los atributos que los lectores acostumbran encontrar en el actual Héctor Nóbrega y...).

III

Quedaron en encontrarse en un café de la calle Ruinas.

Después de tomar un mate de coca en el hostel, cerca de las cinco, Héctor desanduvo nuevamente la calle Saphi, dobló a la izquierda bordeando la Plaza de Armas, se perfiló por la calle Santa Catalina y encontró la calle Ruinas sumergida en una espesa neblina.

“Laura, he cambiado, no imaginas...”. Así recordaba Héctor el comienzo de la carta que le había enviado para invitarla a *Qosqo*:

“Pasó rápido el tiempo de brindar, preparar el carbón, asar la carne jugosa y rodar por el pasto tomados de la cintura, felices hasta el hartazgo; al parecer la juventud del alma se descorcha y dura lo que el vino en las botellas. Pero si uno hace magia, Laura... esa que no conozco y que tú me puedes ayudar a encontrar. Te ofrezco devolver el tiempo una vez más...”.

En aquella última epístola le proponía que volvieran a verse para “pagarle” un sueño “muy antiguo”, ya que viajar a la ciudad inca había sido el último proyecto frustrado que marcó el comienzo de su separación.

Pero yo como narrador jefe te lo puedo decir, las historias no pueden arreglarse, Héctor, si después de todo el esfuerzo se falla en la última etapa, la que requiere paciencia cuando ocurren las ausencias; es ahí cuando se debe colocar el corcho y el lacre sin que queden grietas, para que el ahínco con que se logró la vendimia y se cocinó el mosto no haya sido en vano: porque cuando regresamos y se descubre que envejecimos vinagre, solo nos queda abandonar con tristeza el puerto, entonces tirar el vinagre, decir de nuevo adiós, ponerse los zapatos ese día gris, salir cabizbajo, dejar para mañana las ganas de afeitarse.

“Marcharemos a *Q'usilluchayoc*, hermosas y solitarias ruinas conocidas como *Cueva de los Monos* o *Zona Equis*, donde los místicos levitan, la luna apunta su mirada de hilo blanco una vez al

año y donde, cuando llegues, Laura, terminará definitivamente el latir agobiado de mis días y de los tuyos: será fácil, el cuchillo en mi espalda estará listo y el desenfreno embriagará el aire. Laura, ignoras que estos ojos desencajados y locos no se empañarán con las súplicas”.

Pensaba Héctor, mirándose en un ventanal de la calle Ruinas, con la carta arrugada en el puño.

(Ahora me llamo Laura, sinceramente me gusta más que Rebeca, como me bautizó él en la novela pasada. Pero los nombres son lo de menos, el problema grave es el de las muertes. La primera vez fue una experiencia espantosa. Ciertamente puedo decir que sentí un dolor profundo y extraño, pero el pavor al verme descuartizada fue lo que más me marcó. Aquella primera vez que él me hizo asesinar el miedo fue tan grande que, hasta la fecha, el solo recordarlo me da náuseas. La segunda vez temblé igual de aterrada, pero ya no cerré los ojos, invadida por la curiosidad de lo que estaba ocurriendo. Es mágico, siempre reaparezco, bien sea en una ciudad real o inventada, pero notablemente pequeña y con matices campestres, porque a él no le gustan las urbes ruidosas para escenificar sus bodrios. Después que él termina una novela con el asesinato de costumbre, en cuanto reaparezco y tengo la oportunidad, corro al espejo más cercano y me reviso. Observo detenidamente el cuello, los pechos o el vientre. A veces ha sido tan violento el final anterior que, nerviosa y desnuda, busco las marcas de la vejación de la última trama. Es asombroso, pero hasta ahora nunca he conseguido alguna huella; él me devuelve a mi limbo y me retorna a sus páginas sin que queden rastros. Después, todo comienza, y lo peor es que siempre sospecho todo, por lo tanto ya no vivo el encanto de la sorpresa. Confieso que en un tiempo fue divertido morir, seducir, recrear intrigas, pero ahora es insoportable. No comprendo cómo la gente goza sus libros: la mujer perece ahogada o en la violación, el hombre paranoico se suicida o termina preso por cometer una tontería en un arrebato de celos, etcétera: ¡literatura de tercera! Soluciones fáciles, nada de procurar lo inesperado o por lo menos variar; los mismos crímenes, el mismo terror pero en distintos países y las mismas enfermedades de los victimarios pero

con diversos nombres. Él tiene la fantasía anclada a las cuentas de ahorro: no le importa escribir bazofia con tal de vender, pero está de moda y qué vamos a hacerle. A veces pienso que descubrió lo que pienso de sus libros y se venga de mí, porque llevo años sin que me agrade la pareja que me asfixia o que me hace el amor. Confieso que en el primer libro la pasé muy bien, me enamoré, tenía un buen hogar, un perro grandioso. Es cierto que luego quedé sola, pero fue lindo, ningún maníaco me destazó, solo un sutil veneno me cerró los ojos. Aunque a los protagonistas de aquella historia no les fue nada bien. Él me conoce y me incomoda adrede. Siento todos los paisajes como una gran prisión. Es triste vivir dentro de estas páginas, dentro de estas dolorosas páginas).

IV

Laura había llegado a Qosqo en el vuelo de la mañana. Como en los mejores días, vistió la blusa más escotada de su ajuar y antes de abandonar el hotel se recogió el pelo y se pintó los labios de ocre tostado. Ajena a las obsesiones de Héctor, esperaba fumando en el café *Zumbayllu* de la calle Ruinas. Repasaba la fecha en el calendario, ojeaba la agenda y corroboraba una y otra vez la hora y el lugar del encuentro en la carta escrita por Héctor. Regresó entonces, palabra por palabra, a las notas que había escrito después de recibir aquella invitación a Qosqo y que se alternaban entre los dibujos en tinta de su agenda:

“Héctor, pequeño y feliz entre las ramas de la higuera en San Marcos. Más tarde insaciable amante bajo el tul del amanecer y las copas de pisco santiaguinas. ¿Cuándo nació la obsesión que te alejó de mí? ¿Qué rincón de tu hartura no conozco? Pero sin importar dónde estemos: ¿será que cuando nos enfermamos de nosotros mismos nos quedamos verdaderamente solos?”.

Héctor rebatió la puerta y se detuvo de golpe en el umbral del café. El viento frío le desmelenaba la cabeza. Cuando ubicó a Laura entre las mesas devolvió un instante la mirada a la calle, como si alguien lo siguiera, y con el pie impidió que la puerta

del café terminara de cerrarse. El frío atravesó la espalda de Laura y la sacó de la lectura. Antes de volverse hacia la puerta, Laura ya sabía que su mirada se cruzaría con la de Héctor.

Sin volverse, comenzó a recoger las pocas cosas de la mesa, se levantó, enrolló su bufanda calmadamente y solo entonces giro el rostro hacia la entrada. Se detallaron sin aproximarse, quietos. Laura recordó las sonrisas pasadas y no logró encajar aquel rostro en el dulce semblante que la había enamorado. Héctor apartó unas sillas y avanzó. Laura sonrió nerviosa y fue a su encuentro.

—Héctor... -exclamó ella y lo abrazó.

Él, al verse conmovido por el encuentro, se desató del abrazo y dando un paso hacia atrás la miró con dureza tratando de mostrarse indiferente.

—¿Dónde has estado, guagüita? -le preguntó Laura.

—Dando vueltas, lejos... de los internados.

—Estás tan delgado... y frío...

—Mejor vámonos de aquí -la interrumpió Héctor, ausente, mirando alrededor con desprecio.

—¿Por qué mejor no nos tomamos algo caliente aquí? -Y acariciándole el rostro concluyó-. Estás helado...

—¡Vamos! -repitió Héctor y continuó con una falsa amabilidad, cogiéndola la mano, como quien se preparara para pedir la mano de una novia-. Te he preparado una buena sorpresa.

Cuando estuvieron afuera del café, Héctor se detuvo en mitad de la calle, la sujetó por los hombros y la contempló concentrado, como si mirara un barco en lontananza. La observó sin decir nada, después le ofreció el brazo con una refinación melindrosa y volviendo la mirada a la calle le habló:

—En el hostel nos espera un automóvil. Iremos a unas ruinas lejanas conocidas como Cueva de los Monos. ¿Recuerdas mi carta?

—Cómo olvidarla... pero... ¿podremos regresar temprano? -inquirió Laura-. Solo imaginar la noche en estas montañas me produce pavor.

—No hay problema, el regreso nunca es un inconveniente -agregó misteriosamente Héctor.

Camino a las ruinas, Laura señaló que si pensaban volver antes que oscureciera le parecía algo inapropiada la elección de un paseo a unas ruinas tan alejadas. Héctor contestó con un patetismo que la inquietó más.

—Sé que es lejos, como todo, como la vida, Laura. Te aseguro que los corazones se arreglarán, las ruinas comunican una energía para sumirse en grandes meditaciones. Allá callaremos como buenos amigos, callaremos...

La tarde era clara. Las alpacas y las llamas decoraban el borde del camino. Se veían esporádicamente tejedoras coloridas, como espejismos de la soledad. Frente a las ruinas de *Tambomachay*, Laura soltó una lágrima y el agua cristalina que surca las rocas cantó. Cantó despidiéndose.

El automóvil se detuvo en lo alto de una loma. Por un instante nadie habló. Para llegar a la gruta había que bajar a pie.

—Soñé que era libre -rompió el silencio Laura, con la mirada perdida en las largas nubes-, libre de las ataduras del amor, porque el amor, Héctor, es un lastre, los recuerdos: grilletes amargos. Nada vuela absolutamente lejos de la angustia, porque nada ni nadie nos puede regalar el olvido -contuvo con esfuerzo el llanto y continuó-... Héctor, si volviéramos juntos a Santiago...

Laura esperaba una respuesta, mirando en el horizonte una alpaca negra que parecía una estatua. Se descolgó del cielo un cúmulo de brumas veloces que se perdieron en el fondo del valle. Luego transcurrió una larga pausa de quietud. Laura llegó a pensar que estaba sola, que había sido su imaginación la que la había llevado hasta aquellas lomas. Creyó que únicamente tenía que despertar para regresar a la ciudad y que la escena

no era real. Fue entonces cuando Héctor dejó caer pesadamente una mano sobre su pierna, la observó con dureza y le dijo con sequedad: “Mejor bajemos”.

Caminaban hacia la gruta y cuando el viento le voló la camisa a Héctor, ella pudo ver el cuchillo que llevaba oculto. Se detuvo, pensó en correr, pero no lo hizo... ¿Sonrió? Se le aproximó y... ¿lo abrazó?! Laura estaba aterrada, pero... ¿ambos sonreían?

(—Laura, ¿y tu miedo? —dijo Héctor jactancioso, como si hubiera previsto lo que sucedía— ¿Acaso no escuchas lo que el jefe escribe? Mira que se va a molestar y después de tu desobediencia no te tratará bien).

Seguían caminando y en el vano de la gruta se volvieron. ¿Laura besó fuertemente a Héctor...?

(—Héctor, ¡qué buena sorpresa! El mismo Jorge del primer libro.

—Pero en este soy muy malo y más loco y... según el curso común de estos relatos, dentro de un instante me toca matarte.

—Es cierto —dijo Laura con melancolía—, ojalá que no se ponga maniático y haga que me mates sin efectismos, aunque con ese cuchillo la cosa no se presiente muy suave.

—¿Sabes, Laura? Lo he observado y parece que está perdiendo poderes. ¿Acaso no te fijas? Primera vez que podemos hablar dentro de sus libros sin que él lo pueda impedir. Ayer me escondí en un bar de la calle El Sol. Después de unas horas me pudo recuperar en una plaza mientras hablaba con una muchacha —y rieron—. ¿Qué me dices? ¿Seguirás en su cabeza o nos largamos juntos?

—¿Bromeas? Me largaría a la primera oportunidad.

—¿Probamos ahora? —le sugirió Héctor—, por lo menos le demoraremos un poco la tragedia).

Laura, embelesada en la mirada de Héctor, ¿lo abrazó fuerte? Luego deslizó por su espalda su mano hasta la cintura, tomó el cuchillo que él escondía y... ¿lo arrojó al césped? Ambos contemplaron un instante el paisaje, parados en el umbral de las ruinas y, tomados de la mano, entraron en la gruta.

Nunca más los volví a escribir.

V

Jamás mis personajes se habían sublevado, pero en cierto modo lo esperaba. Ellos nunca sabrán de mi inocencia. Debo confesar que aunque Laura no me agradaba yo nunca decidí directamente sus tragedias. Estoy cansado. Llevo años observando la gruta donde Héctor y Laura entraron para no salir más. Llevo años frente a esta máquina de escribir, sumergido en el mismo invierno, con la misma expresión que sembraron ellos en mi rostro cuando me desobedecieron. Llevo años en este cuarto, como una piedra de la calle *Hatun Rumiyoq*, donde Él dejó mi vida velando eternamente: un relato inconcluso.

Quito/septiembre, 1993 - Los Teques/diciembre, 1995.



Al estilo griego

*A Javier Bermúdez López
por sus grageas de “relatodiazepinas” y
per ésser un català de soca-rel,
molt de la ceba,
i per haver-ho corregit a quatre mans.*

Cuando el Señor B decidió retomar el escrito, su esposa era la compañera fiel que todo hombre desea. Los niños correteaban por las habitaciones recién amuebladas. Finalmente, después de años de sacrificio y austeridad, se podía decir que las obras de remodelación habían concluido. Diariamente la brisa de un desayuno abundante y en familia empujaba las velas de aquel tiempo de cambios favorables. Las personas que los visitaban sentían un equilibrio magnético en aquel hogar que admiraban como un ejemplo de unión y equidad. Amigos y conocidos caminaban los espacios de la casa con el mismo apetito con el que se observa el aceite de oliva en una sartén ajena antes de echar a freír huevos con tocino. En sin igual ambiente, el Señor B se supo con el derecho de quien ha honrado cabalmente sus compromisos familiares y, usando la misma dedicación con la que había obrado para lo comunitario, se dispuso a rescatar sus escritos de las sombras del armario. Comenzaron a colmar su escritorio borradores en hojas sueltas, pautas en bolígrafo, párrafos mecanografiados. Qué placer volver a revisar los hermosos esquemas de sus ideas, trazados con marcadores de colores para distinguir las distintas categorías de su narración. Con

la fruición de quien deshoja una inmensa y delicada alcachofa, lentamente, reconstruyó la trama, poniendo en orden sus apuntes para rescatar el fondo de su historia. Al adentrarse en las conexiones del escrito, le sorprendía el efecto que producía utilizar distintos relatores. Si apostaba por una sola voz, por ejemplo, conjugada en primera persona, valoraba la intimidad que esto generaba sobre el lector. Diariamente, con la emoción que causa trepar un árbol de nísperos maduros, se lanzaba por el tobogán de oraciones y parrafadas maltrechas, enmendando a diestra y siniestra los diálogos, los tiempos verbales, la adjetivación. Contemplaba indeciso la forma que adquiriría el escrito narrado en presente histórico. Tejía nuevos contrastes, describiendo cada personaje de manera indirecta. Especialmente en las mañanas reconsideraba lo consensuado consigo mismo para cerciorarse de que las decisiones tomadas la jornada anterior seguían siendo indiscutibles. Esto le hacía corregir un par de tonterías, que aparentemente no representaban un cambio importante. Sin embargo, el par de tonterías al final se convertía en la hilacha que uno hala ingenuamente y que pone en riesgo la costura principal de la pieza. *En esto es escribir, no hay que desfallecer*, se decía bañándose absorto, aunque le molestaba encontrarse contemplando la lluvia vespertina, con el café frío, resignado, considerando replantear otro inicio para el relato, porque realmente el comienzo expuesto jamás atraparía al lector. Cuando se extenuaba con lo medular, se distendía atendiendo lo periférico y esbozaba el encanto de los accesorios alrededor del escorzo principal. Consideraba hasta el cansancio los aderezos, los bemoles elegidos, esos que marcan la diferencia entre un relato acabado y uno abandonado. Y no bien sentía que estaba culminando el escrito, ocurría que una inercia inexplicable hacía que barajara una posibilidad novedosa y volviera a replantear algún aspecto, el cual siempre desencadenaba consecuencias dramáticas que le exigían volver a revisar una vez más “*el todo*”. Con el menguar

de las lunas, a pesar de este tejer y destejer, encontraba comodidad para redefinir la expresión y la sutileza de lo que quería modificar en el escrito. Por tal razón, como una misión intertergible, afinaba los diversos tratamientos del tema en cuestión, jugando con una mezcla de estilos narrativos para exponer el talante de los protagonistas o la personalidad de la mujer que inevitablemente debía morir. A veces se disipaba y pasaba noches eternas descuidando las formas predilectas de la prosa en aras de redondear el diálogo de los protagonistas. Concluía desconsolado: “Demasiado teatro”. Sin embargo, convocaba a los personajes y les interrogaba, los materializaba, como si ellos también compartieran su preocupación y hubieran gastado el mismo tiempo observando y proponiendo los cambios. Se afanaba en pulir el texto, y lo conseguía, le sacaba brillo, pero, tenía que aceptarlo, algo sobraba o faltaba. Verdaderamente desde el comienzo, o desde el título, o quizás detrás de todo lo escrito, subyacía una incomodidad general que le quitaba el sueño y el apetito, porque temía que todo aquel esfuerzo podía estar desperdiciado en un tema que quizás no era lo suficientemente interesante. Esto lo afligía. Y así como en sus párrafos, algo importante también cambiaba a su alrededor. No recordaba desde cuándo, pero había perdido de vista a los niños y su compañera ya no resplandecía como al inicio. “*Juegos de la inercia inevitable*”, pensó una noche al extrañar a su familia, frente a una impresión preliminar, rayada con notas y dibujitos al margen de las hojas. Sin darle mucha importancia a la quietud y al silencio de la casa, se dijo: “*Está... ahora sí... está casi listo*”. Con los ojos brillantes pisó el acelerador y por varios días sus dedos volaron sobre el teclado infatigablemente. “*Quizás le faltaba más fondo al...*”, mascullaba cuando lo ganaba el sueño, “*... más escenografía...*”, deliraba. Pero los personajes, ah, siempre los personajes, ¿acaso eran justos en sus lógicas e imprescindibles en el reparto? Llegado a este punto meditaba si podría servirle

hacer participar al mundo inanimado de los objetos, con algo de surrealismo, usando la voz de algún personaje. A estas alturas algo se marchitaba cíclicamente en la cocina y ya no escuchaba la risa de los chicos o el batir imprudente de puertas ni ningún otro ruido de consecuencias adversas que importunara su concentración. El Señor B regresaba a lo suyo con soberana libertad. Superadas las pruebas, finalmente la tercera persona del singular le daba más dramatismo a los monólogos de la voz en *off* del asesino; así adquiriría una personalidad deliciosa, desdoblada. Aunque si era osado y lo escribía conjugando en plural, le conferiría un desequilibrio psicótico de excesos interesantes. Contemplar lo que ganaba su personaje creyéndose varios a la vez era una maravilla. Resuelto esto, retomaba el mapa entero y le inquietaba la pregunta recurrente: ¿y si mejor comenzaba con la escena del final y todo lo planteaba como un desgarnar de voces que miran lo pasado? Es decir, solo voces de testigos que opinan sobre lo ocurrido, voces, sí, todas en primera persona, y nada de fondo omnisciente, voces que se identificaran y se narraran ellas mismas. Cualquiera fuera el caso, *“no deben quedar grietas”*, se convencía mojando los labios con un sorbo de té, *“el lector no debe confundirse”*, *“ese es el reto a vencer”*, y caminando en círculos se reafirmaba: *“La ambigüedad no es una carta válida, considerando que la narrativa requiere de un trazo nítido; sobriedad y precisión, medida entre lo breve y lo extenso”*. Un terrible domingo, cavilando sobre esto último, tuvo que parar. Le incomodó no saber la hora, así como también el no tener claro si debía ahondar en el mundo interior de la mujer. La incomodidad se extendió desde la seguridad del final que estaba resuelto, hasta el título que empezó a disgustarle otra vez. Un sabor de comida repetida le hizo chocar contra un silencio espeso. *“Cuestiones del cansancio”* se dijo una vez más, regresó al texto y se extrañó de que en ese regresar tuviera que forzar la vista para ver el teclado. *“Asuntos de la noche”*, susurró. Y no pudo precisar

si estaba completamente solo. Decidió, pues, dar un recorrido minucioso. Después de todo, el escrito no le había dado respiro y le era propicio enderezar la espalda. Caminó desorientado y comprobó que la cocina no era la única cosa marchita en los espacios desocupados. Le sorprendió ver que el cuarto de los niños estaba vacío. Era de esperar que no solo eso hubiera cambiado. Abrió la ventana hacia la noche, aspiró y regresó arrastrando los pies por el pasillo. Un calambre le engarrotó el cuello y algo le pesó en el cuerpo y en su lentitud. En la habitación principal faltaban las fotografías de él con su esposa y no había más que ropa suya en el armario y en los cajones. ¿En qué momento las columnas de libros habían crecido y colmado los espacios? La casa del Señor B había cambiado de color y de tiempo y aunque él lo supo claramente, no quiso entender. En sus manos sospechaba el reflejo envejecido de todo su cuerpo. Y esto lo corroboró cuando encendió la luz del baño y observó su rostro con estupor. No obstante, aún le quedaba algo por hacer, algo que lo convocaba como ninguna otra cosa. Por eso regresó a su escritorio y se dijo: *“Definitivamente es mejor que el narrador sea omnisciente, y que el pensamiento de los personajes lo sugiera usando cursivas”*.

Sabadell, 2012.

APARICIÓN
del Chiriguano



Wanda

*A la familia Valencia Cardona de Bogotá
y a una mujer que por culpa del olvido
tuve que llamar Wanda.*

Luego de reemprender la marcha, el crucero *Andalucía* se vio envuelto en un tifón intempestivo en el Mar del Coral. La marejada sobrepasaba la corpulencia del *Andalucía* y la nave padecía un ciclo espantoso, agonizando entre los respiros llanos y los crespos agudos de la furia marina: suspendido en el vacío momentáneo cuando el agua se retiraba, para después enterrarse inmediatamente en la depresión del oleaje.

Aun así el crucero mantenía curso, aguantando los embates de una montaña rusa inadvertida. La tripulación sufría un vértigo asfixiante: vomitaban espantados, se lamentaban a duras penas en los pasillos y se colocaban torpemente los chalecos salvavidas; el personal de a bordo cruzaba los corredores desalojando los camarotes. No obstante la fortaleza del barco, el naufragio era una sospecha horrorosa en el miedo de todos. Los menos ágiles se resbalaban, desmelenados y lívidos; algunos desgarbados trataban de atajar con impotencia los anteojos arrebatados por el remezón del mar; muchos, sin haber caído totalmente, temblaban entre arcadas y se desesperaban sujetos a las barandas de las escalas; los niños, moqueando, atendían con mejor equilibrio las órdenes de los altavoces en los corredores. “Emergencia”, esa palabra sugerida en el tope de los accesos, se estremecía entonces intermitente, encendiéndose al ritmo de las

sirenas de alarma. “El mar quiere a alguien”, habló en español una mujer congelada de miedo, entre quejas y ruegos en inglés y mandarín.

—¿Mi casa? ¿Conoce Colombia?

—Me gusta mirar los mapas.

—Bueno, mire, queda en el Departamento de Córdoba, en la zona noroccidental del país -respondió ausente, como recurriendo a las lecciones de escuela, y concluyó-, demasiado lejos de aquí.

—¿Córdoba? Siempre que escuchaba Córdoba pensaba en España.

—Ve que no conoce Colombia. Sabe, ese es su mayor problema, el suyo y el de todos: ustedes piensan que el mundo comienza y termina en Europa. Le informo que en Argentina también hay una ciudad llamada Córdoba.

—Yo...

El hombre trató de explicarse, pero Wanda lo interrumpió:

—En este desierto Lórica es fácil de extrañar, que como NO sabrá, es una ciudad de la provincia de Córdoba. Ahí vive mi familia -y mirando con dureza la hendidura del mar al pie de la proa continuó-... Sabe, aquí, en este trabajo, se pierde la capacidad para sorprenderse de las cosas. El salitre lo devora todo, llega hasta el fondo de la mirada y uno se va oxidando junto con su alma, como los tornillos del casco, como el ancla, como la bitácora llena de ahogados. Pero cuando se oxida la esencia...

—¿La esencia?

—Sí, por ejemplo, cuando se pone malo aquel mecanismo que nos aviva la sonrisa es porque la esencia se ha comenzado a oxidar. Entonces se experimentan sensaciones de lejanía y, para defendernos de tanta distancia, toda la vida se junta en el barco y la memoria elige un camarote de guarida. En su intento por conservarse, sin advertirlo, encuentra su cárcel. ¿Me está

entendiendo? Le hablo de la memoria –sin esperar respuesta, Wanda prosiguió–: el óxido alcanza nuestro interior y aun regresando a casa uno sigue mirando las cosas como si estuvieran en lontananza, porque la caja de los recuerdos se queda en el barco. Después de unos años aquí, habitamos un viaje perpetuo, ya nada deja de viajar y la patria se diluye en el mundo. Los puertos de Sumatra huelen a café colombiano. Uno baja por estribor y allá, en el rellano, está, no solo el alpiste del sinsonte pascual esparcido en el suelo, sino también su canto; y al barrer en la mañana uno empuja pesadamente la melancolía por el pasillo y ella se enreda con obstinación a las cerdas de la escoba y se nos entristece la esencia. Cuando se levantan las olas como manos locas y el barco es un solo ruego de fiebres y terrores, se nos endurece la esencia –Wanda hablaba acelerando el aliento paulatinamente, mirando hacia el fondo del mar–. Señor, aunque no se naufrague, la zozobra permanece en el viento, en los crespos del agua. Mire como se enrosca la espuma, hambrienta. Todo se cubre de un pegunte, los gestos, las palabras: envejece la esencia.

—Nos parecemos, tenemos una marcada tendencia por el drama, pero yo no he llegado a símiles entre el ocaso y los hornos crematorios. No he usado la armonía de la naturaleza para aumentar mis dolores; para eso basta con leer un periódico. Usted desprecia esta belleza porque necesita hacerlo, por su tremendismo. Si no fuera el mar, usaría otra cosa.

—No se ha dado cuenta de cuán rápido se puede morir en su belleza. Corrimos con suerte ayer. Lo natural deja de ser hermoso cuando la muerte ronda como una posibilidad diaria.

—Sí, tiene razón, ayer, cuando todo se caía... Yo lamentaba las botellas de *cognac* –interrumpió él burlándose y continuó con picardía más cerca del oído de Wanda–... si hubiéramos naufragado... en el fondo del mar se perderían sus maravillas.

—Usted no me toma en serio, no me escucha –se enojó Wanda–, qué importan unas cuantas botellas, qué tiene que ver eso con lo que le cuento...

—No se da cuenta de que no me refiero a las maravillas del *cognac*. Usted es la que no deja que la tome en serio –y continuó buscando su mirada–, un naufragio en usted sí que sería algo serio.

Wanda, incómoda por el cortejo tan directo, volvió a retirarse arguyendo la hora del trabajo. El joven se quedó una vez más en la proa, batido por el viento, siguiéndola con la mirada, mientras ella abandonaba con celeridad la cubierta.

Sonaron los crujidos del encendido de los altavoces:

“Ladies and gentlemen, tomorrow on fourteen hours we will get at Port Moresby. This interesting port of New Guinea’s city...”

Después de la noche agitada, todos los camarotes habían dado especial trabajo. Los del quinto nivel de babor eran una porquería. En puerto se tendría que reponer la existencia de vasos y copas para el bar. Ahora, después de la tormenta, casi todos los niveles estaban vacíos. Algunos pasajeros rezaban en la capilla desde temprano, pero la mayoría había recobrado la calma: aprovechando el esplendor del sol, retomaban su oficio de reptiles y se tostaban en cubierta, con la esperanza de llegar a tierra sin más percances.

Wanda se detuvo en el umbral del acceso y, aunque no tenía ganas de bajar a los camarotes, mantuvo la vista en el fondo del acceso para evitar volverse hacia el hombre con el que llevaba semanas hablando. Sin saber qué hacer, pensó en las escaleras de su casa:

“Colombia, qué lejos estás. En agosto será un año más, un año más fuera de todo, Wanda” –hablaba sola mientras se decidía a bajar por estribor, hacia el tercer nivel.

Al final del rellano de la escala enfrentó el primer camarote, el 3E1.

“El café de la abuela en Medellín, si aprieto los ojos hasta sacarme lágrimas, lo puedo oler... y mi gordo... cómo pasa el tiempo... cumple cuatro años en agosto y apenas sabe cómo soy -Wanda cruzó por el camarote 3E7 y adelgazando su murmullo llegó al camarote 3E16. Silencio en el recuerdo de Wanda. Solo sus pasos sonaban en el pasillo. Al final del corredor llamó a la puerta del camarote 3E21-. Ojalá esté despierto el viejito para hablar un poco más de español”.

— ¿Quién?

—*It's me...* Es Wanda, señor. ¿Se puede?

—*Avanti...*

—¿Cómo está el preferido del tercero de estribor? -dijo Wanda melosamente al rebatir la puerta del camarote del viejito-. ¡Oiga! ¿De nuevo arregló su camarote?

Sin volverse, un hombre con las manos tomadas hacia atrás contestó simpáticamente, mientras miraba concentrado por la ventanilla:

—Debe estar exhausta. La noche no pasó desapercibida.

—Lo mejor es que el sol destella a babor y pronto servirán el almuerzo. Pero mire, debería dejar alguna vez que yo arreglara su...

Evitando el tema, el viejito le preguntó sin dejar de mirar por la escotilla:

—Nunca me terminó de contar lo que decía la carta que le llegó de su tierra.

—Ah... bueno, noticias de la casa. Mamá está bien; mi gordo, igualito, saludable, me cuentan que crece rápido, está enorme, imagínese, ya juega fútbol -Wanda hablaba y recorría el camarote buscando qué ordenar-. Mire, ya sé que quiere desviar la conversación, usted sigue empeñado en que yo no trabaje. La próxima vez voy a sorprenderlo de madrugada, para poder acomodar todo -y haciendo una pausa meditada, recorriendo con la

vista el camarote afirmó-, por lo menos tendrá desordenado el escaparate.

Wanda fue hasta el fondo y abrió las puertas del empotrado. Le sorprendió no ver nada en las perchas. Abrió las gavetas, sorpresa final: nada de ropa en los cajones.

—Viaja ligero, señor.

—No lo crea, la existencia pesa.

—Sabe que me refiero a la ropa, no trae nada de equipaje, y entonces... cómo se cambia... -De pronto la sirena de emergencia rompió el diálogo. Wanda se levantó bruscamente, muy nerviosa, entornó la puerta y concluyó con angustia-. Bueno, luego hablamos un poco más. Atento a los parlantes, Ludovico, discúlpeme que tengo que marcharme -y salió rauda hacia el pasillo, mientras escuchaba la voz de Ludovico diciéndole, con tono misterioso: “Wanda, no se apure, ya no hay nada que hacer”.

Mientras corría por el pasillo y subía las escaleras le palpita-ba en las sienes el eco del “ya no hay nada que hacer”. Ascendió con premura y fue directo a la cubierta donde había dejado a su pretendiente. Despeinada por el ventarrón marino, corría en desorden, apoyándose en las barandas del perímetro de estri-bor y empujando a los pasajeros que miraban apaciblemente. Wanda cayó de rodillas y comenzó a gritar: “¡Ya no lo veo!”. Gemía desconsolada. “¡Paren las máquinas! ¡¡Stop, please!! ¡Se ha tirado! ¡Por favor, paren el maldito barco!”.

El contramaestre corrió a auxiliarla y en contra de su volun-tad la logró alejar de las barandas. Luego junto con dos compañe-ros trataron de calmarla, pero ella continuó gritando mientras los paseantes de cubierta la miraban con asco.

—*Nice day* -señaló entre toses un anciano de pipa en mano.

Wanda en la enfermería deliraba presa de los calmantes.

Las olas infatigables. Y el amor, Wanda, acaso será una excelente camarera de manos generosas y suaves que acompaña a los afortunados.

El amor, Wanda, desconocido aroma para tu cuello desandado por el olvido. El amor, patria de otros, patria de dos, pero no tuya, porque nunca más te atreviste a cruzar la frontera de la desnudez solitaria. Recuerda que te decían que acompañada era pecado; bien te lo había advertido la vecina: “Niña, que ni le toquen los pechos porque la van a dejar preñada”. Entonces, Wanda, ¿de qué lado te vas a parar?, ¿de qué sirve demostrar que el mundo se equivocó, si tú ya te condenaste con el error?, porque ¿acaso hacer el amor podía ser aquel tropiezo que se tradujo en el nacimiento de tu hijo? Ni siquiera el salitre persistente diluye la torpeza de tu primer y único hombre. Los torbellinos marinos no han borrado la mirada vituperante de tu padre cuando se enteró del embarazo. Los hombres, Wanda, qué temor persistente. Pero el pequeño Antonio de Lorica, el que te metía papelitos con versos en el bolsillo del morral y te regalaba chocolates en el recreo y que luego fue el mismo Antonio-hombre que te dejó de visitar y abandonó el pueblo, porque ningún enamorado puede vivir con tantas negativas a cuestas y menos sabiendo que la mujer que se ama prefiere la compañía de otro. Ese Antonio-joven que te tomaba la mano cuando tú te descuidabas, y del que tú te burlabas con tus amigas. Y se reían del pobre porque ¿cómo una simple tomada de manos podía poner tan feliz a alguien? Ese Antonio-dulce ¿habrá predicado el mismo amor que te hizo conocer el padre de tu hijo? Ahora el tiempo te aprieta y tú te preguntas tantas cosas. Sí, Wanda, qué complicado ese zumbiar en el pecho. Ahora un hombre desenamorado por la borda y aunque el cielo esté abierto de celeste raso no termina la tormenta.

—La vida pasa tan rápido...

—Pero es más corta si la hacemos de simulacros -bebió un sorbo de agua y arreglándose la barba le señaló-: varias veces los observé en cubierta, en las noches, cuando se escondían entre los botes salvavidas.

Wanda avergonzada esquivó la mirada de Ludovico y le preguntó con vergüenza:

—¿Usted levantado a esa hora?

—La noche es sal del hombre solitario. Pero volviendo a su duelo, déjeme decirle que de todas maneras era inevitable que pasara: aquel muchacho la quería con desespero. A tantos kilómetros de usted y tan cerca. ¿Qué le parece? Era natural que la haya querido alcanzar, aunque fuera a nado, en otro mundo.

—No quise que él siguiera haciéndose ilusiones; no quería ofrecer más excusas. Para mí es imposible ir más allá del roce de los labios o del abrazo nervioso. El contacto me da pánico. Señor Ludovico, ¿cómo me puedo tender con libertad al lado de un hombre si siempre aparece la pesadilla familiar? Es una desgracia de ecos e imágenes que irrumpen a la menor oportunidad de vivir un momento íntimo; un rollo pegajoso de voces aflora del inconsciente. Un lastre en la mirada me hunde y vuelvo a la ropa de encaje almidonada y a la vergüenza que viví en Lórica. Porque todos me echaron, las monjas de la escuela, mi familia de mi casa. Por eso, al sentir la proximidad de un hombre, de pronto todo se enfría y no hay más bahías ni resurrecciones; el deseo se esfuma y la desnudez sublime se vuelve absurda. Para mí el amor es... es un sopor infranqueable, Ludovico. El deseo y la vergüenza, todo va infamemente unido.

Wanda rompió a llorar. Ludovico no la asistió ni la quiso ver y desapareció tras el golpe de la puerta, dejándola sola en el camarote.

Cuando Wanda salió del camarote, escuchó a un hombre que caminaba, hablando solo, y lo siguió:

—*One more night and Port Moresby. Now...* un buen whisky de malta, arroparse en las sillas plegables y a deshacer el tiempo llevado por el rumor del cosmos acuático -cogió su pipa del bolsillo, dio un par de toses y mordiendo la boquilla prosiguió-: *Nice sky, better sea.* No hacen falta olas para naufragar, los recuerdos bastan. La memoria: gran tobogán sin asideros, apenas un nombre trepa al descuido de la boca, acaso se articula en el temblor de los labios y a llorar bajo la lluvia.

El hombre emergió hablando por la puerta de babor, seguido de cerca por Wanda que escuchaba asustada:

—Y si somos valientes allá está la borda, un paso y a explorar aquello que no se inventa; quizás nos recoja un *Nautilus* precario con vacantes para arponero y de allí en adelante a cambiar las penas de la superficie por la melancolía de los que viven entre los peces.

Wanda vio cómo el hombre atravesó la cubierta y se acomodó en una silla.

Uno de los oficiales reconoció a Wanda caminando en cubierta y con discreción llamó a enfermería.

—¿Por qué se marchó Ludovico? -dijo Wanda, entrando al camarote 3E21.

—¿No vio que llorar a solas es más provechoso? Así solo se llora lo justo.

—Ellos me llevaron de nuevo a la enfermería, me tienen prohibido subir a cubierta. ¿Sabe? Anoche escuché a un hombre hablando unas cosas muy raras... me da miedo. Pero bueno, ahora tengo que irme o me vendrán a buscar. Qué bueno que la enfermería está en este nivel, así me puedo escapar de a ratos para verlo. Ah, qué tonta soy, mire, le traje unas mantas de la despensa: está refrescando mucho en las noches...

—Gracias, pero sabe que con estas bermudas me basto -Wanda apretó desencantada las mantas contra su pecho.

—No se me ponga triste, mire, ¿conoce los kiwis? -preguntó Ludovico y, sin esperar que ella le respondiera, haciendo un malabar, le enseñó una pieza oscura y atractiva.

Grandes ojos de Wanda. De lejos ella pensaba que los dos se verían como un buen padre que sorprende a su hija en su cumpleaños. Wanda lució entonces un prendedor nuevo, un kiwi pesado, de metal oscuro y de nieles argentados que simulaban las plumitas cortas del ave.

—Para usted, mi bella colombiana, un ave de estas latitudes. Yo nací mientras los kiwis saltaban en el patio. Son animales

tranquilos, de sonidos vagos, llevan consigo quejidos de otras vidas; no vuelan en la tierra, pero este en los sueños hace lo que desees -le acarició la mejilla y paternalmente añadió- ... No vuelvas a llorar, ahora vete -Wanda quiso darle un beso y él la detuvo-... Guarda tu cariño para los que se quieren lanzar al mar, a ellos les hace más falta.

—Parece un pollito enfermo, es lindo. ¡Gracias!

La noche era plena, despejada, estallada de estrellas, y el mar estaba en calma.

—¡Quiero mi *Nautilus*! -restalló la voz del anciano en el segundo nivel de babor.

—¡Un *Nautilus*, *mi reino por un Nautilus*! -reverberó el eco en el primer nivel de babor.

—¡La borda!, vieja borda, a cuántos, a cuántos asististe. Bella y alta frontera, solo hay que tener equilibrio y apuntarle al sueño deseado. "Puedo beber un pedazo de mar sin temor de volverme espacio -canturreó con ritmo de bolero-, pero siempre queda una lágrima por llorar, atada a un nombre que lastima".

Silencio, ¡splash!, silencio. El barco y la noche inmensos ante los ojos de Wanda que temblando salió de las sombras, tartamuda. Con los gritos atragantados corrió hacia el cordón de la alarma. La sirena estalló y Wanda, encogida, sollozando, se arrastró a tientas hacia las barandas.

—¡Otra vida al vacío, Ludovico, y nadie hace nada! No quieren que arme escándalos y ahora me han prohibido salir del camarote. Y mientras tanto el mar sigue tragando pasajeros.

—O los pasajeros siguen tragándose el mar.

—No bromeé, Ludovico.

Tres golpes en la puerta y la voz seca de un hombre llamó desde el pasillo: "¡Wanda!".

—Es el contramaestre. Ludovico, escóndase, me pueden despedir por estar encerrada con usted en mi camarote y ya no quiero más problemas.

Wanda esperó que Ludovico entrara en el armario y abrió la puerta.

—*Await for you in the nursing...* -dijo el contraamaestre suavemente y le señaló la salida.

—¿Crees que voy a dejar que me droguen de nuevo?

—El capitana orden, Wanda, *no problema, okey?... please* -habló el contraamaestre en un español terrible.

—¡Hijos de puta! Te parece que debo quedarme de brazos cruzados mientras ustedes niegan que la gente se tira en el mar...

—*¡Shut up, Wanda! I give you one minute, ¡just one!, and I want you in the nursing* -y sin más, se volvió y cerró la puerta.

Esa noche Wanda fue obligada a entrar a la enfermería del crucero a las 00:00 horas. A las 14:30 horas el barco arribó a puerto Moresby y Wanda lo abandonó en una camilla rumbo a la clínica central de la Marina. La costa sur de Nueva Guinea estaba sepultada en una fría cortina de lluvia. Wanda, presa de los narcóticos, pedía café y levantaba el dedo índice con dificultad para señalar con sorna la séptima avenida de Bogotá. Entre las visiones que tuvo, un mimo se le acercó con tristeza y le puso una cayena en la mano. Aquella noche padeció una terciana severa y los médicos decidieron mantenerla internada. Al día siguiente cesó la fiebre, pero le mantuvieron los calmantes. Cuando Wanda mejoró fue visitada y exhortada por el administrador de la compañía del crucero para que firmara su renuncia. Se le entregó un pasaje aéreo de regreso a Colombia, que se haría efectivo en cuanto le dieran el alta en la clínica. Además, le ofrecieron la respectiva liquidación por los servicios prestados. Luego llegó una persona del consulado para atenderla:

—Mañana zarpa el *Andalucía* hacia Indonesia -le informó la funcionaria del consulado-. Si gusta, la podría acompañar a despedirse de sus compañeros.

Wanda miró por el ventanal del consultorio y pensó en Ludovico.

—¿A qué hora podría arreglarlo?

Wanda, pronto estarás en casa, los calmantes te cambiaron el barco por la clínica de Nueva Guinea y el avión te salvará de estos remedios y te llevará a la selva de partida, en el norte de Santander. Otra humedad te empañará los párpados, la palabra guerrilla será más cotidiana y la sensación de quedarse otra vez al margen volverá con su pesar. Pero si piensas como ellos no habrá preocupación, para todo hay una pastilla, un sedante. No te puedes quejar: te han dado tabletas mágicas, respaldadas por récipes solemnes, en idiomas extranjeros, tabletas para que los nervios drenen sus fantasmas y se mitiguen tus odios y pasen desapercibidos. Ahora a dormir, Wanda. Wanda, nadie ha muerto, el crucero sigue, nadie cae, los suicidios son desvaríos desprendidos de tus terrores, escenas donde pretendes ahogar tus represiones, asfixias de tu existencia insuficiente. Calla, Wanda, a dormir, nadie ha muerto y además mezclar los paisajes te sienta muy mal.

—Ya estamos Wanda, tenemos veinte minutos -decía con amabilidad la funcionaria del consulado-. Le advierto que no la puedo dejar sola, así que...

—No se preocupe, no le daré pesares -interrumpió Wanda-, además solo me interesa despedirme de un pasajero.

Wanda y su acompañante subieron la rampa de acceso que desembocaba en el lujoso *hall* de la recepción del *Andalucía*. Cuando el personal divisó a Wanda un rumor recorrió el ambiente. Wanda se aproximó a la recepción sin mirar a nadie.

—¿Qué hubo, Charo? -saludó Wanda a una española que se encargaba de la recepción.

—Bueno, aquí, sin novedades, aunque el ajetreo ha sido grande porque han reubicado a los huéspedes.

—¿Ah, sí? -exclamó Wanda aburrida-... ¿Podrías hacer que llamen por el altavoz al señor Ludovico, que me quiero despedir de él?

—Quizás sea mejor llamarlo a su camarote. *Ludovico* me dijiste, ¿verdad?, a ver... ¿en qué nivel estaba? –dijo la recepcionista al tiempo que buscaba en la lista de pasajeros.

—En el tercer nivel de estribor.

Charo revisó con calma los nombres de los pasajeros del tercero de estribor y luego los de babor.

—Wanda, al parecer no hay nadie con ese nombre en el tercer nivel de estribor ni en el de babor y solo se movieron los pasajeros dentro de un mismo nivel. ¿Estás segura de que no se hospedaba en otro nivel?

—Charo, todos los días limpiaba su camarote, se llama *Ludovico* y dormía en el camarote 3E21.

Charo observó a Wanda con extrañeza.

—Wanda, hemos trabajado juntas más de dos años. Ambas sabemos que los camarotes de los seis niveles, tanto los de babor como los de estribor llegan hasta el número 20. No existen camarotes 3E21 ni 3B21, ¿entiendes?

—Charo, ¿me podrías mostrar la lista y dejar de joder?

—Convéncete por ti misma.

Le enseñó la distribución: nivel 1 de babor, hasta el camarote 20; nivel 1 de estribor hasta el 20 y así. Veinte camarotes en todos los niveles. Wanda incrementaba su ansiedad hoja por hoja.

—Pero... si yo todos los días caminaba hasta el fondo de ese pasillo... a diario me topaba con el camarote... –Wanda comenzó a exaltarse– ¡Qué le han hecho al barco! Charo, llama a *Ludovico* por los parlantes, quiero verlo, no me estarán negando también que él...

La funcionaria del consulado se había quedado conversando con los oficiales de a bordo, retirada de la recepción, y pudo ver a Wanda cruzar a toda prisa el *hall* de entrada para perderse por el acceso a los niveles.

“*Security guards...*”, berrearón los altavoces.

Tanto correr, Wanda, ¿para qué? Derecho al tercer nivel. Camarote 1, 2, 3... Los naufragios en altamar no necesitan olas ni viento... 6, 7, 8... ¿Vivirá todavía la abuela de Medellín? ¿Pascual seguirá combatiendo su cautiverio cantando en las mañanas? 12, 13... ¿Se habrá tirado Ludovico? ¿Habrá que salvarlo? Más aprisa, Wanda, estás retrasada, debiste correr antes este camino... 16, 17... El placer carnal es un trabajo, una lucha contra una misma, Wanda, un tránsito donde se pretende despojar a nuestro “animal desnudo” de todo lo añadido... 19, 20... Es cierto que todos los días, Wanda tú recorrías...

Fino remate de acero y lágrimas. Grandes números. Así, cada nivel se sucedió doloroso. Encontraron a Wanda en posición fetal, al lado de otro camarote 20, desencajado el rostro, sollozando en gorgoritos, hablando sola consigo misma: “Cosa de números, Wanda”. “La imaginación agitada y grande como el océano, Wanda”.

Su caso estuvo a cargo de la misma psiquiatra que le permitió visitar por última vez el *Andalucía*. Con esta doctora, Wanda experimentó notables avances. Ninguna palabra relativa al mar, a los barcos o a los viajes. La calma justifica los medios era la divisa de la médica tratante, y los medios en este caso fueron de predilección intravenosa o de “una pastilla cada doce horas”. Calma instantánea para poder encontrar sin percances la hora y la puerta de salida en el aeropuerto de Nueva Guinea.

Por las noches, Wanda aún tenía pesadillas y entre babas pronunciaba vagamente la palabra “óxidos” y gritaba “hombre al agua”, despertando acalorada en brazos de la perpetua soledad.

Colombia esperaba.

Transcurrió menos de un mes y Wanda, bien convencida de los errores, partió a casa. Todos sus fantasmas se habían quedado en Oceanía.

“Pasajeros con destino a Bogotá, favor abordar el avión...”. Wanda resopló calmada y le agradó escuchar un altavoz en español, en la última escala que hizo en el aeropuerto de Barajas. Pasadas diez horas llegó a Bogotá y al día siguiente su familia la vio

bajar del autobús en el terminal de Lorica. Su hijo, suficientemente pequeño como para no recordar ni su ausencia ni quién era en realidad, mordía un pollito de hule en el andén. Los demás parientes estaban muy serios y fingidamente solidarios. La mayoría de ellos sabía que Wanda no había tenido tiempo ni vida para comprar regalos. Y lo peor era que las remesas en dólares habían llegado a su fin. Por eso, nadie se interesó por su equipaje y después de acompañarla hasta la casa todos partieron a lo suyo.

Un equipaje de enferma alucinada es un equipaje aburrido: un camión descolorido, un par de zapatos gastados y ropa interior sin brillos; nada interesante. Solo su hijo se quedó a su lado mientras ella desempacaba. Mirarlo le llenaba el pecho y le producía una felicidad nueva. Los niños siempre juegan con la ropa de los grandes. *“Dame acá, gordito”*. Risa grande y contemplativa, tironear de medias y apretón de cachetes.

—Al fin en casa. Te voy a cuidar ahora que estoy curada —le decía Wanda a su hijo, pero al terminar la frase un gesto extraño, de dolor, le cubrió el rostro. Algo le había clavado la cintura bajo las ropas. Revisó despreocupada, sin dejar de mirar a su hijo, pero cuando descubrió lo que la incomodaba se levantó bruscamente y miró el objeto temblando.

No habían sido en vano las palabras de Ludovico: “... en los sueños hace lo que deseas”. Metal oscuro, nieles argentados: un kiwi metálico en Colombia.

Wanda mareada caminó a abrir la ventana.

Ipiales, septiembre de 1994 / Los Teques, abril de 1995.



Otredad

*Hoy junto ti se tiende,
sin reposar, mi sangre.*

ELVIO ROMERO

Vivía tan sumido en sus ensueños que cuando murió no logró darse cuenta de que ya no existía.

Iba al aeropuerto para esperar a nadie realmente, pero sí para rogar por una coincidencia. Permanecía frente a las puertas de desembarque, oteando ansioso, interpelando de vez en cuando con un ansioso "*¿Usted viene de Noruega?*" a los viajeros que llegaban, para luego apoyarse en los barandales de contención y quedarse meditando: "*Ella seguramente todavía está por allá*".

Si algún pasajero agitaba los brazos al descubrir en el horizonte a un viejo amigo o a un familiar, se imaginaba que este venía hacia él y que las lágrimas en el abrazo siguiente también caían en su nombre. Muchas veces participó con los ojos enternecidos, metido en esos corros instantáneos que siempre hacen los parientes alrededor de la persona que ha arribado, como un familiar más. Se enternecía en el encuentro de esas almas que se derriten de emoción al juntarse después de tantos años. Así pasaba horas en el aeropuerto y siempre se juraba que alguien confundido lo había saludado, pidiéndole que lo ayudara con las maletas o con tantos años de ausencia. De todas las escenas posibles, prefería la ilusión de que una bella mujer le hacía un guiño para responder a su inquietud; pero estoy casi seguro de

que casualidades como esa o como cualquier otra solo acontecían en su imaginación.

Después de afligirse un poco por aquel montón de desencuentros que al final no se podía negar, iba al balcón del último piso para soñar que en el próximo despegue se marchaba de nuevo la mujer de su vida. Y cuando se aburría de mirar el despegue de los aviones y de sentir el aeropuerto como una gigantesca soledad, marchaba al centro y se sentaba en una fuente de soda, frente a un espejo, en la mesa más alejada de la concurrencia, para tomarse un café consigo mismo. Le contaba a su imagen sobre los amigos que nunca llegaban y sucedía a menudo que se quedaba en silencio para detallar su rostro en el espejo como si viera a un extraño. Sentía que el alma que llevaba adentro no correspondía con la imagen en el espejo y que aquello que percibía el mundo a través de su cuerpo le pertenecía a otro envoltorio. Esta leve disociación al desconocerse estaba muy lejos de mellarle la compostura, más bien todo lo contrario: de esa manera se sentía acompañado por un desconocido y la charla con el espejo no le sonaba tanto a soliloquio. Frente a su imagen siempre recordaba algo de música y cuando recordaba algo de música era inevitable que se durmiera con los ojos abiertos, respirando imperceptiblemente, como muerto, y aunque los transeúntes lo miraban y advertían su aire apagado, él pensaba que todos debían saber que no se estaba muriendo por su inconfundible olor a naranjas o a madera recién cortada, y porque era indudable que la orquesta que se imaginaba sonaba como las mejores.

En la fuente de soda concentraba su descuido para que lo embrigaran las melodías que le estremecían el corazón y entonces ya no le conversaba a su imagen. Así dejaba que la noche se apresurara contra las horas y sobre su conciencia. Lentamente trataba de desaparecer una a una a las personas que transitaban alrededor, con la idea de sentir que estaba solo en “la noche del mundo”. Cuando su sombra interior era plena, jugaba con

su imaginación y de esta manera aparecían grillos, mariposas, orugas y no había forma de evitar que la luna saliera de su taza de café. Inundado de insectos y resplandores, recordaba los besos de su última novia y ella aparecía entre los destellos, con su guitarra y con su abandono, como iluminada por un foco repentino. La taza comenzaba a crecer y como él nunca soportó la mirada triste de su novia ni su andar de pena bajo la lluvia, aprovechaba y se protegía de las imágenes trepándose por el asa y acostándose en el fondo de la inmensa taza. Su noche se hacía lamentable en aquel escondite, sospechando las cosas que ocurrían afuera. Y ahí pensaba: “Nada de roces ni rubieras de fantasmas, solo yo”.

Cuando se iba la música y todas las cosas que sentía eran hijas de la quietud, decidía ponerse de pie y repentinamente la taza volvía a su estado original y él se encontraba rodeado de transeúntes y con el café frío, en mitad del día. En ese momento entendía que las personas nunca habían desaparecido en medio de sus ilusiones y que la gente apenas comenzaba a almorzar; lo que demostraba una vez más que él confundía la hora del día que estaba viviendo. Por eso le costaba un tanto comprender el repentino cambio de escenario y le llevaba no poco tiempo convencerse de que las personas eran ciertas, pero que también había sido real la pausa de sus fabulosas proezas; que los espejismos anclados a su inconsciente habían comprimido las horas y que toda la actividad vivida había sido un instante, un descuido, medido con el reloj de sus ojos abiertos.

Abstraerse era su estrategia para ahogar la melancolía en el café frío, pero como nunca lograba del todo ningún ahogo, utilizaba a los comensales de la fuente de soda para drenar su exceso de visiones, como si fueran fichas de un tablero de entretenimiento. Apoyándose en sus facilidades para transformar el mundo, le quitaba la cabeza a la jovencita del vestido rosado y la intercambiaba con la del señor del saco a cuadros, que podría

ser su padre, y que no le quitaba la vista del escote y de las piernas, y así, ¡zas!, el mesonero tenía la cabeza del cajero y el cajero la del hombre que hacía los batidos de frutas, y la del señor de los batidos se la colocaba a la señora de bigotes que lo miraba con ojos de reproche gratuito. Así se deshacía de la señora de bigotes, mandándola a volar al puesto de la cabeza de un niño gordo, que lo veía de lejos y que para su juicio ya había comido suficiente helado, hecho que justificaba que tuviera una mirada mucho más amable que la de la cabeza de la bigotuda. Pero en su terapia de pareo algo le fallaba, y por eso lamentaba una concurrencia impar en el sitio donde jugaba al intercambio, porque al final le sobraba una cabecita que cambiar, y tenía que traerla a su mesa, a la espera de un nuevo cliente, y mientras tanto, a pesar de divertirse mucho, viendo como la cabeza le hablaba a él, como si fuera su interlocutor original, le terminaba dando pena tenerla instalada en su mesa, como si él se alimentara de cosas así. Cuando esto ocurría, le satisfacía pagar la cuenta y se olvidaba de la falta de dinero, porque se ponía de muy buen humor con todo aquel intercambio de cabezas.

Lo recuerdo bien. Cuando lo conseguía camino al teatro, en la salida del metro, él pasaba como una exhalación, ya con la mitad del pensamiento volando fuera de sí, como un papagayo que se arrastra inevitablemente. Por eso caminaba ensimismado, intercalando la realidad a cada paso con sus espejismos, y es que para él no existía otra forma de caminar más que flotando.

Para darse cuenta de que él no estaba ahí donde uno creía verlo, bastaba acercarse y mirar la ventana inmensa de sus ojos.

Él nunca se daba cuenta de cómo llegaba al teatro porque más de una vez lo vi sorprenderse al encontrarse ubicado en una butaca, con el lápiz en la mano, con varios papeles sobre las piernas y su cuadernito de notas en el piso, esperando que comenzara el concierto. Cuando bajaba la intensidad de las luces y el *concertino* tomaba su arco y comenzaba a tejerse la afinación de la orquesta,

él levantaba la mirada y se descubría dentro del violín. También desde el violín él se veía a sí mismo, en su asiento, y contemplaba al público dando las últimas toses, arrugando los impertinentes papelitos de celofán que nunca faltan. Discreción le sobraba para asomarse solo un poco, para que nadie se percatara de que él estaba dentro del violín, preparado, junto con todas las notas.

Para él la música era ebriedad. Asistía a los conciertos y después de ellos no podía regresar a su casa; después de los aplausos finales se encontraba elevado, entre las tramoyas, escuchando en su memoria, colgado por las cuerdas de su silencio, personificando sus vítores apasionados. El ejército de acomodadores del teatro lo perseguía y lo bajaba a gritos, y él continuaba flotando en su solfeo ensimismado. Finalmente, mientras lo sacaban a empujones de la sala, sordo a los insultos, él alcanzaba las escaleras de la salida, anclado a una cadencia huérfana o al trémulo de los *cellos* que se habían ahogado en el *adagio* y en sus ojos. Lejos del teatro, con mucha agilidad, se descolgaba de su música y caía en la acera, y entonces caminaba sin parar por las despiadadas transversales del centro y subía por los callejones, buscando, escuchando las pавanas oscuras que él reconocía como la voz que el fondo de la capital utilizaba para llamarlo. Muchas noches su abstracción lo sacaba de la calle y lo transportaba a una orquesta imaginaria. Se convencía entonces de que existía un reparto que lo incluía, en la fila de *cellos*, donde siempre soñaba estar –a veces el regalo era mayor y se veía, batuta en mano, frente a todos los músicos de la orquesta.

Después del concierto que soñaba, se dibujaba nuevamente en la vereda, sin condenas, sin desprecios de acomodadores, y su abandono disminuía tanto que le daba alegría tener ganas de ocuparse de un hambre que siempre descuidaba. Así, en el primer carrito de perros calientes que encontraba, se comía un “choripán con todo”. Sin embargo, él, hiciere lo que hiciere, siempre estaba dentro de la música, y los insomnes y los policías

abusivos, que nunca faltan en las capitales que se marchitan de noche, lo tropezaban sin advertir a qué altura de su sinfonía se encontraba la luna y qué cualidad de nictálope lo dejaba ver los regalos más allá del cielo.

Nunca llegaba, no podía llegar a su casa, porque salir de su propia mirada le costaba mucha hambre y grandes recaídas. Para desocupar aquel mundo de aromas y oberturas que lo seducía, le era necesario más de un automóvil que frenara a pocos centímetros de su hipnosis y alguno que otro palazo en el lomo y un tanto más de insultos.

Él era de esas personas que en el día siempre tienen mucho sueño.

Cuando entraba al cine iba derecho a la pantalla y conseguía el pasadizo oculto que lleva al mundo de la película, que solo él podía ver detrás de la proyección. Así podía habitar varias películas a la vez, como un extra inesperado, incluso retroceder de pena, sin que nadie notara a qué chispa de lágrima se había prendado. Le gustaba interceptar el drama proyectado con el beso clandestino que soñaba en su boca, bajo el haz de polvo que sentía cayendo en su pecho, desde la sala de proyección. Cada lunes veía y actuaba las películas, más de una vez, por la hechicera suma de un *ticket* de rebaja. También se hacía pequeño y volador en la oscuridad, y se enredaba entre los alambres de luz que se estiran y trenzan sobre las cabezas de los cinéfilos. En el cine nunca sabía a qué mano estaba sujeto, pero sí conocía el perfume que era capaz de hundirlo mortalmente mientras vivía la trama de la proyección. Al terminar la película él seguía en las escenas, abatido de amor y de soledad, sin querer desocupar la sala, mirando la lona desencantada de un penoso blanco sucio, pidiendo un “*por favor, no ha terminado*”, solicitando que lo dejaran, que él seguía viendo, que “*por favor, las luces...*”.

Por ese tipo de cosas, él era un desalojado permanente, un expulsado constante de todos los lugares.

Cuando, por descuido, esas extrañas mañanas que parecen tardes de domingo, encontraba el camino para llegar al edificio donde vivía, rápidamente volvía a meterse dentro de sí. Buscaba las llaves con torpeza y le gustaba dejarlas caer adrede para imaginar que no solo el sonido de la caída se le escapaba de las manos, sino también el rumor del agua de las tuberías de los apartamentos y el de las voces de los pasillos; entonces el día se desgajaba desde su bolsillo, todo salía de él como desbaratado y algunas cosas se quedaban en sus hombros, como la torpeza de las palomas que le anidaban en la ropa. La lejanía de sus arrebatos, el amor del mar nunca visto: todo se le escapaba de las manos y de un río que manaba del bolsillo y, así, él aprovechaba para tenderse en el suelo de baldosas y recostar la mejilla en la orilla fría, mientras la corriente se liberaba en ondas profundas y espumosas.

Algún vecino se enfadaba al encontrarlo echado en la puerta del apartamento de una mujer que él había querido mucho y que tal vez en ese momento el vecino quería también, pero él nunca hacía caso a la solicitud de ese despertar, que muchas veces se manifestaba a patadas. Solo el haragán y el coleteo del conserje, con su lengua de agua y jabón, le recordaba el río que vivía y era lo único que lo hacía marcharse e irse a su casa. Ahí entraba con su río y se iba de piedra en piedra a un remanso lejano, y se quedaba contando las ventanas de su mundo o se calentaba preparando un poco de café. Jugaba con el mundo de su bolsillo dentro del apartamento y pasaba días recostado en la sala. Entonces corría a apagar los pequeños incendios de la cocina, cuando se evaporaba el agua de la cafetera exprés y comenzaba a quemarse la borra del café. Se sacudía el río del pantalón y con poca fe, entre las cintas de humo, extinguía el fuego, abría las ventanas y desamarraba los globos que se había atado en las orejas.

Como era presa de su fecundo mundo onírico, olvidó su nombre y luego ensordeció a conveniencia. Es natural, nunca dejó de prestarle atención al estruendo del amanecer o a los ruidos de los goznes de la puerta que se abre para el ascenso lunar, de esas poleas que deben estar en alguna parte.

Una noche cayó en cuenta de que tenía que dejar su morral abierto para que sus ideas pudieran respirar. Todas se debatían en una ensalada de papeles y servilletas. También un día se dedicó a observar el sol y ubicó de memoria cada lunar de fuego, cada encrespamiento de su piel, cada espasmo de sus incandescencias. Situó su órbita y su pena y no hubo manera de evitar que el sol atardeciera en su morral y allí quedó, recogido, bufando, entre las notas. Aquella noche hubo neblina y mutuas contemplaciones, entre el sol –que ya se había leído todas las notas– y él. Se diría que hubo algo de licor y amistad jurada de borrachos. Cuando faltaba poco para la hora del alba, se percató de que si no despertaba al huésped del morral, ese día no tendría sol el mundo y la gente y los niños perderían una jornada de trabajo y de clases. Indudablemente él no estaba preparado para asumir semejante responsabilidad. Aunque le costó esfuerzo, finalmente, a eso de las diez en punto de su mañana logró producir el esperado arrebol, y nunca un sol tan trasnochado se vio colgado en el cielo.

Él se ejercitó mucho, es verdad, y logró transformar todo a su antojo, por eso mi amigo superó la muerte, aunque todavía lo ignora.

Cuando falleció, corrí a verlo por última vez, pero ahí estaba, soñando, callado, sentado en el diván de la sala mortuoria. Ningún deudo se había atrevido a dirigirle la palabra: estaban desconcertados. El servicio funerario llevaba horas esperando y todos tenían muchas ganas de llevarlo de inmediato al cementerio. Me abrí paso entre la gente y lo palmeé en la espalda y con tristeza le dije: “Lo siento hermano, pero estás muerto”. Él

exhibió una discreta sonrisa y me preguntó por la lluvia de la víspera: “¿Escuchaste el tono?”.

Entonces me di cuenta: solo yo lo escuchaba, nadie más. Además recordé la lluvia de la víspera y comenzó a llover...

Nos alejamos juntos entonces, y supe que yo y él estábamos muy lejos de toda esa gente, porque cuando me detuvieron para preguntarme adónde iba, yo les dije: “¿Acaso no lo escuchan? ¿No se dan cuenta de que ya no hay funeral?”. Todos me miraron con cara de pregunta, y sobre mí recayó la mirada indeseable que mi amigo tantas veces me refirió.

Ahora él sigue caminando entre la ensalada o el último plato del almuerzo, aparece en el violín de cada concierto al que asisto y solo yo lo veo flotando, metido en la mirada de una mujer enamorada, haciendo de papagayo en la mano de un niño. Calculo que el advenimiento prematuro del solsticio de invierno se debe a que ha olvidado una vez más el sol dentro de su mochila. Ahora se queda dormido dos veces en cada sueño, no sabe cuándo está dentro de las películas, si habita al borde de los labios de su última novia o si se evapora en las lágrimas que le quedaron en los ojos.

Él ignora que yo llevo varios años siguiéndolo de cerca, atento a cada sueño. He necesitado olvidar mi nombre, mi cargo y mis deberes para concentrarme en sus itinerarios y no perder de vista su historia, sus recuerdos. Sé que si me descuido, si dejo pasar un día sin recordarlo o sin buscarlo, podría perderlo para siempre, y ya no tengo alma para consentir las traiciones. Además, sin su presencia estos que me rodean me ganarían por completo, con su perfume, sus muecas y su terrible confort, y yo no puedo regresar a ese tipo de soledad. Cada vez que lo diviso cerca, monto en el carrusel y me salvo. Salto a su mundo y lo sigo, siendo él mismo a veces, soñando al unísono con sus descuidos, porque nunca podría abandonar a un amigo que me hace vivir entre los muertos.



El salvavidas

*Este adiós no maquilla un hasta luego,
este nunca no esconde un ojalá,
estas cenizas no juegan con fuego,
este ciego no mira para atrás.*

JOAQUÍN SABINA

Cuidado con lo que pide ¡porque se le puede dar!

PROVERBIO POPULAR

El reto de huir no radica en mirar los espejos de cada escondite y querer borrarlos la cara de perseguido utilizando un disfraz. El verdadero reto cuando se escapa es hacer lo propio para sacarse del corazón la raigambre de razones que han producido la huida, es decir, “olvidar” profundamente. Pero querer practicar el olvido solo engorda el recuerdo. Por el contrario, el olvido tiene que ser la consecuencia, el resultado de un trabajo duro y honesto, enfocado en combatir las causas de la huida. La “razón de la huida” es la culpable del gasto de adrenalina, del golpe en el estómago en los momentos de meditación, del temblor en los párpados, del querer fumar y beber mucho. Esa “razón” es la que rebota sin tregua en el inconsciente y le impide al evadido conseguir la distancia necesaria para asentar un trozo de calma en el itinerario que elige de refugio.

Jorge no estaba seguro de poder soportar las consecuencias económicas de su renuncia –de ese disparo inicial que marcaría el comienzo de su huida–, pero cuando calculó una vez más su liquidación declaró: “El futuro se puede ir al carajo, con esto me puedo mantener unos meses dando vueltas por la costa. Lo

que necesito ahora es, como dice el maldito almanaque, *una dosis urgente de higiene solitaria*".

Días después de renunciar y de servirse una mala cena, y luego de quedarse terriblemente sin una gota de alcohol en la casa, una madrugada que nunca supo si todavía era parte de la noche partió rumbo a las playas de oriente.

Tenía absoluta disposición para remitir sus odios al vaciado de cuantas botellas se le interpusieran, pero la manifiesta evasión para aceptar la bandera que acusaba su despedida provocaba que el sorbo de cerveza y el deambular por la costa fueran inútiles remedios para sosegar su huida. En fin, Jorge tardó algo, pero una vez consciente de que evitaba la causa de todo, cuando ya no pudo escapar más de sí mismo, hizo el recuento honesto de sus pesares: evaluó si los desacuerdos laborales habían ameritado su renuncia, si su malhumor lo producía la oficina o el insoportable supervisor. Luego de dicho acto de madurez y sanidad resopló con desdén y se dijo resignado: "Acéptalo, viejo, solo estás huyendo de ella".

Esta confesión lo condujo a idear una estrategia cuyo único cometido sería aprender a olvidar.

"Ni que fuera novedoso que a un cristiano lo dejara una mujer...", decía el mulato de la estación de servicio mientras Jorge se arrepentía de haberle comentado familiarmente la razón de su viaje. Llevaba semanas desvelado, viajando por la costa, sin duda un comentario poco solidario era lo último que deseaba escuchar. Como reacción endureció la mirada, pagó lo justo, metió la primera velocidad y en vez de una generosa propina, una fuerte acelerada fue el epílogo del encuentro con el empleado del surtidor de gasolina. Más adelante se arrepintió del impulso, cuando en otra estación de servicio se dio cuenta de que había dejado en las manos del mulato la tapa del tanque de la gasolina.

En temporada baja, la costa oriental está desocupada, más aún en días laborales, por eso Jorge prácticamente era el único cliente de los establecimientos y el único que llegaba a la playa antes del almuerzo. Así, en esa soledad de bar por la mañana, acumulando vasos y botellas vacías, a la sombra de un caney donde se aburría la mayor parte del tiempo, se decidió por la estrategia a seguir. Y antes que llegara el fin de semana se encontró practicando un método para olvidar su despecho.

Como su habilidad por la escultura era una de las tantas cosas que se había negado en la vida, decidió utilizarla como aliada para remediar su mal. Por eso implementó una rutina: al rayar el mediodía, después de dar cuenta de la enésima cerveza, con las rodillas clavadas en la arena, empezaba a trabajar una escultura terapéutica. Cada día, como ejercicio del olvido, que a veces exige primero saber recordar, nacía de las manos de Jorge una réplica exacta de aquella mujer que lo atormentaba. Había planificado exorcizar el despecho a fuerza de repetir y lavar en la arena cada palmo de su amor fustigado. No bastaba con modelar una sola vez los muslos que lo habían recibido y luego negado, el pecho que lo había acunado y luego desconocido. Era necesario reproducirla por completo y hasta el hartazgo; de esa manera podría expulsar de sus dedos aquella piel amada y odiada.

Jorge había decidido borrar la imagen a fuerza de recordarla, sacándola del fondo de su alma y vertiéndola en la arena. Cada día modelaba mujeres en diversas posiciones, que atendían a un solo nombre, para que el pulso anhelante del agua se acercara luego y las desarmara. El mar, fiel a los naufragios y diligente lengua de la orilla, a la hora de la marea alta entraba para borrar y revolver las esculturas ante los ojos maravillados de Jorge. La espuma se deslizaba terrible sobre los cuerpos, deshaciéndolos una y otra vez, mientras él las despedía farfullando: “Ella, ella...”. Como en otro tiempo él lo había hecho para beber y satisfacer, el mar lamía para el olvido,

derrumbando cada contorno al cual Jorge le había dedicado horas de abnegación.

Sin embargo, aunque se veía en la dirección adecuada, no le era suficiente el remedio y decidió aumentar la dosis.

Al volver de una tarde borroneada por el alcohol y sentir el confort perfumado del hotel, decidió apartarse de la ciudad costera, invadida ya por el tránsito y la estridencia de otro fin de semana. La opción era recorrer algunas playas inaccesibles para los vehículos, porque, y esto lo dijo tirado en la cama, antes que la inconsciencia de la borrachera le cerrara los ojos, “la verdad es que uno debe curarse solito”.

Apenas despuntó el alba, canceló la habitación, guardó todo en el carro y solo descargó la carpa, un saco de dormir y el morral. Como en sus mejores días de andinista, se colgó los aperos a la espalda y empezó a caminar. En el primer negocio que abrió sus puertas se pertrechó de ron y alimentos. A media mañana estaba rumbo a las perdidas enseñadas del oeste. Los escarpados riscos y los senderos repletos de vegetación xerófila le dieron trabajo, pero el camino vespertino, una avenida de pedernales regado por el aerosol marino, le procuró energía y ausencia. Con la puesta del sol llegó a una bahía despoblada y rematada por murallas de lava. Se regodeó al caer en cuenta de que el camino había sido hacia una ausencia inédita y que no había desabotonado ningún pliegue de su nostalgia. Pero ¿existe algo más evocativo que el ocaso? Jorge vio llegar la noche con los ojos empañados y, antes que se extinguiera el último retazo del día, comenzó a preparar el campamento con desencanto.

El extender la carpa sobre la arena, aquella que le sirvió de refugio para encontrar el nudo de las piernas amadas en infinidad de viajes, le evocaba imágenes y olores que lo hacían trastabillar. Le era difícil recorrer el perímetro de la lona para encajar los clavos en la arena sin recordar sus aventuras pasadas. Aun

así, su destreza de montañista no permitió que la nostalgia fuera en desmedro de su labor y en pocos minutos templó el varillaje y la carpa estuvo armada. Ahora podría abrir el cierre y recoger los objetos perdidos del último campamento; quizás, como era usual, ella habría olvidado un sostén o un tubo de crema de cacao. Y fue ese detalle insignificante, pensado en un parpadear, lo que lo congeló frente a la carpa. Entonces Jorge cerró los ojos, dejó de oír el mar y se transportó al páramo donde había hecho el último campamento con ella: “Si todo fuera un parpadeo terrible de la imaginación y ese sostén de encajes estuviera repleto de ella, adentro, esperándome, ofreciéndome la antesala del nado en la boca de los broches”.

Jorge pensaba y sufría, sabía que estaba muy lejos del páramo y que con solo descorrer el cierre se borrarían las imágenes y encontraría el eco del mar metido en la tela de la carpa y por desventura, quizás, el pecio de encajes sospechado, yermo, naufragando en la quietud del vacío.

La certeza de aquel encuentro lo detuvo: no estaba preparado para enfrentarse a los pedazos de esa ausencia, porque cualquier prenda de ella que encontrara al abrir la carpa abriría también en él las puertas de una recaída.

El cielo marino resonó en el cielo y le borró las visiones. Los tifones de ultramar arrojaron a la costa brumas y espesuras de una tormenta lejana y aunque la luna plena recorría el cenit de aquella noche joven y todo pedía preparar con premura el descanso, Jorge no abrió la carpa. Contrario a lo que un día de exhaustivo trajín exigía, envuelto en sombras y empinándose largos tragos de ron, se dispuso a modelar pedazos de su tristeza, dorsos tensos, senos derramados; no completó siquiera una vez el cuerpo entero de su fantasma: se concentró en regar fragmentos colosales de mujer por la bahía. Colmó el área con manos y cinturas, modeló labios deseosos, sirenas entregadas y trató de levantar nalgas y piernas hasta donde no alcanzan las

briznas del mar. Aunque la arena lejos de la orilla estaba demasiado seca como para poder definir con fortuna los volúmenes, se las ideó para modelar verdaderas hermosuras que lo llenaron de orgullo. Cuando lo atacaron los reflejos del alba se afanó más y comenzó a construir animales, lenguas y peces extraños. Y ocurrió que sobre uno de aquellos peces, sin darse cuenta y cuando ya no le cabía más ron, cayó rendido.

Gracias a lo nublado de la mañana pudo descansar sin que el sol lo obligara a protegerse y cerca de un gris mediodía se despertó, sediento, masticando arena y con un dolor de cabeza tremendo.

Con otra resaca terrible, lamentando haber tomado en exceso, recorrió ido su museo de penas. Ebrio de figuras y aún nublado por el alcohol, caminó hacia el mar y se tumbó en la orilla para refrescarse con el agua, jugando al náufrago que lleva y trae la corriente. Fue entonces, mientras rodaba de aquí para allá en la pendiente espumosa, relajado y semihundido en el vaivén de la resaca, cuando lo tropezó un salvavidas de caucho traído por las olas.

Tomó el salvavidas, se incorporó con lentitud y caminó extrañado, usando el salvavidas como rueda. Luego, poseído por una agilidad extraña y usando el salvavidas como martillo, desmoronó y pateó todas las figuras.

Bailaba y lanzaba el salvavidas engorrosamente, como si fuera un platillo, haciendo ruidos con la boca a cada destrucción.

Salvavidas en mano observó la bahía y se sintió ridículo, e inmediatamente experimentó un alivio, porque sentirse ridículo era el primer paso para pensarse ajeno a toda esa huida y mucho más ajeno a esa exageración que lo consumía y lo había llevado hasta ahí. Un tanto desahogado, se acercó al campamento, recorrió el cierre de la carpa y consiguió el sostén imaginado. Lo tomó con indiferencia y lo arrojó a la arena. Metió la mochila dentro de la carpa, desempacó los víveres y prefirió saciar el hambre con la facilidad de unas galletas.

Se desnudó, tomó el salvavidas y se metió en el mar.

Acostado en el salvavidas –como hecho a su medida–, distendió las piernas, relajó el cuello en la goma y en voz alta se dijo: “Ya está bueno, mañana volveré al pueblo, viajaré a otras playas, pero esta vez las disfrutaré, comeré bien, beberé menos. Debo dejar esto, puedo alejarme de esta historia absurda. Ya está bueno, Jorge, ya está bueno...”.

El cielo continuó nublado y el sol no calentó más por ese día. La brisa sopló fresca y todo se preparó para el descanso de Jorge, molido por la faena nocturna, quien ingenuamente decidió dormitar en el salvavidas antes de salir del agua. Entonces el mar, anfitrión generoso y diligente, tomando dictado de sus frases y aprovechando su cansancio, lo arrulló lejos de “esa historia absurda” de la que tanto quería escapar.

La corriente lo alejó de los escombros esculpidos, de las desmoronadas nalgas de arena, de los senos, de los peces estrambóticos, de esos labios que le arrancaron el llanto. La corriente lo meció compasiva, atenta a la ternura que el corazón de Jorge necesitaba, llevándoselo de tal suerte que cuando se despertó no pudo ver ni un pedazo derrumbado de aquella mujer infame ni el borde de la bahía desordenada, porque él era parte de la línea del horizonte.

Jorge flotó en el salvavidas, al fin lejos de todo, como un punto de la noche, mientras finalmente el cielo se decidía a llover.



Raquel y el viajante

*Hasta luego, querida, hasta luego.
Dulce mía, te llevo en el pecho.
Esta despedida inaplazable
nos promete un encuentro en el futuro.*

*Hasta luego, querida, sin manos, sin palabras,
no te aflijas, no entristezcas las cejas.
En esta vida no es nuevo morir,
pero vivir tampoco es más nuevo.*

SERGUEI ESENIN

Hotel Angleterre,

Leningrado.

28 de diciembre de 1925

Cuando las cosas van mal es bien sabido que no están exentas de empeorar. En ciertas ocasiones nuestra voluntad determina si el próximo giro nos beneficia o nos hunde, pero a veces no hay nada que se pueda hacer y, tómese el camino que se tome, el derrumbe es inevitable. Más aún si uno anda con ánimo de sanguijuela y con una siniestra quietud busca recordar las desgracias para desangrarse poco a poco, cuando lo que debería hacer es caminar por el bosque, relajarse, tomarse su tiempo.

Y ahora, todos los días vuelvo a lo mismo, a recordar, aunque no quiera, y me he vuelto tan bueno en esto de recordar que ya es una manía en la que abundo en detalles, en diálogos, olores, cielos.

En fin, se derrumbó el mundo y eso ya nadie lo puede regresar. ¡Qué desastre! Es difícil terminar el día sin pensar en Raquel, viéndola recostada, satisfecha en su desnudez, y al mismo tiempo interponer sobre esa hermosura, como un golpe de maldad, la imagen de su cuerpo roto.

Después de tantos años mirando su ausencia he llegado a un punto en que si alguna de estas tardes pudiera borrarla de mi soledad, creo que ya preferiría no hacerlo, porque la he transformado en una necesidad, en una costumbre que busco, una especie de religión con ceremonias de café y caminatas por el barro de la línea del tren. La he convertido en lo único que me ata a este pueblo muerto y a mis ganas de continuar en él, porque quizás ella fue lo único bueno que visitó mi vida.

Con los años ya no es tan difícil soportar su ausencia, más bien su recuerdo perpetuo se ha vuelto una compañía. Todos los días comienzo en la mañana a recordar desde el principio y antes que llegue la noche ya estoy de nuevo con ella. Y cada vez tengo más facilidad para rememorar en qué momento comenzó todo, dónde está el punto de partida de este final de vida que llevo a cuestas. Pienso y repienso y siempre concluyo lo mismo: por más que utilice distintos caminos, el recuerdo empieza aquel día cuando acompañaba a Jorge en su carro.

Primer tiempo

Jorge trataba de evangelizarme con un discurso larguísimo, en medio del tráfico capitalino:

“Quizás comenzamos a ponernos serios demasiado temprano y esa rigidez nos resta naturalidad; olvidamos cómo hacer de araña sobre los muslos de una mujer, escondiendo la mano bajo el mantel de una mesa, sin que nos reprochen que nos estamos propasando o que, peor aún, parezca una ridiculez. Se nos olvidó cómo proponer un polvo clandestino en algún motel sin que podamos evitar que la palabra 'motel' la digamos como

si tuviéramos un peso en la boca y salga trastabillando como la confesión de una vergüenza. Mucha torpeza. Hay que aceptarlo, viejito, cerca de los cuarenta, el tacto y el encanto no van de la mano. Además, las 'víctimas' después de los treinta están muy lejos de tener alma de aventureras, cuando no les importaba qué se comía, dónde se tiraba, cómo se llegaba al 'tiradero' con tal de que las cosas se hicieran. Dime, ¿desde cuándo no te coges a una tipa en un parque o en el carro? Y no es que a uno le falten ganas de hacer cosas así, lo que pasa es que a las mujeres contemporáneas ya no les seduce nada fuera de lo cómodo, aunque siempre se anden quejando de que lo que quieren es 'algo distinto'. Además, también nosotros jugamos en esa cancha marcada, en ese acartonamiento de empleados perfumados, de jóvenes corporativos y, bueno, tampoco tenemos imaginación para proponer las vainas. Mira, viejo, cuando abordamos a una carajita, si nos sobra tacto, aburrimos y terminamos siendo los más educados de la reunión, entonces la carajita se va con otro que ni le paró bolas en toda la noche. Y nosotros repartiendo borrachos en nuestro carro al final de la fiesta. Por otro lado, si nos falta tacto, y bueno, nos zumbamos, algo que tiene que ver con esa maldita sabiduría que nos anuda la corbata, espanta el poco encanto natural que nos queda. La 'víctima', a la que le caemos con furia, no puede relacionar al que habla con el envoltorio. Entonces nos desesperamos, porque no queremos quedarnos solos de nuevo y como la 'víctima' no da señales de nada, claro, nos vamos de bruces. Para agradarla nos la damos de quinceañeros y el cuadro es, tal cual lo he escuchado de la boca de ellas, patético. Hasta baboso me han dicho, sin ningún tipo de elegancia. Por eso, los besos apasionados en la vía pública son rarísimos, menos destapar una sonrisa cuando nos presentan en una reunión a un bomboncito, ¡no sé qué coño nos pasa!”.

Yo observaba con pereza los vehículos vecinos y evitaba la interlocución, porque la verdad es que siempre me fastidió un poco el tono rebuscado que Jorge utilizaba para conversar. Esos días me sentí algo traidor porque al escucharlo pensaba que con razón lo había dejado su mujer, y eso tampoco era muy justo.

Ese día Jorge tenía que entregarle una correspondencia a un tal Mora Nava que había llegado a casa de su padre por error. Mora Nava y el padre de Jorge se habían enemistado hacía muchos años, pero de vez en cuando alguno de los conocidos de entonces, que ignoraba la situación actual de aquellos “viejos amigos”, enviaba cartas para ambos a la dirección que más le apetecía.

“Promisoria vejez la que nos forjamos, viejo; con este humor quizás solo nos visiten las cucarachas –y después de encender un cigarrillo Jorge añadió con tono solemne–; el futuro guarda herramientas para preservar, ya con conciencia, la persistente aridez de la vida, por ejemplo, Mora Nava podría ser estudiado como un ejemplar de una especie que yo llamo, gracias a mis erráticos semestres de latín, *escharosus inmisererí*”.

Acompañaba a Jorge aquella tarde de junio por una de las urbanizaciones más lujosas del este de la ciudad y era difícil avanzar por la avenida principal porque se habían derrumbado las aristocráticas mansiones de la zona y el tráfico era insopor- table. El “experto” que inspeccionó la construcción de aquella urbanización no había objetado que el proyecto descansaba sobre relleno artificial. Así, la última palabra la tuvo aquel año especialmente lluvioso. Gracias a aquel “magíster” del cálculo, Jorge y yo nos movíamos entre tripas de pianos, griferías de lujo, escombros de porcelana, colchones del tamaño de un cuadrilátero de box, peceras, aparadores, alfombras de tigre, ropa de seda embarrada hasta la tristeza y bueno, toda una colección de rarezas. Aunque si algo lamentaba más que la lentitud del tráfico era el monólogo de Jorge.

Cuando llegamos a la quinta de Mora Nava, Jorge hizo una pausa en su discurso y bajamos del carro. Luego llamó varias veces a la puerta de una quinta vieja, que más bien parecía una casa abandonada: el monte se lo había comido todo, las paredes estaban descascaradas por la humedad y por todas partes salían gatos. Como nadie contestaba, al rato pensamos que habíamos hecho el viaje en vano, pero justo cuando nos montábamos en el carro para irnos apareció el viejo Mora Nava. Claro, cuando lo vi salir justifiqué su lentitud. Siendo generoso con las proporciones habría medido un ridículo metro sesenta de estatura, y digo ridículo porque el pobre tenía que desplazar unos ciento cincuenta kilos de “humanidad”, razón por la cual caminaba como si estuviera lleno de agua y emitía unos bufidos entrecortados que le daban el aspecto de un animal en extinción. Usaba unos lentes minúsculos, de espejuelos sin montura, embutidos en la cara. Se podría decir que esa cara, mofletuda y cruzada de granos, no era proporcional a las dimensiones de su obesidad y la piel cetrina de su rostro daba la impresión de que su pequeño cráneo estaba hinchado por alguna enfermedad.

Nos condolimos al ver el triste esfuerzo que hacía por alcanzar el portal y decidimos cruzar la cerca e ir a su encuentro. Cuando Mora Nava nos vio venir, nos dio la espalda y se fue directo a la cocina repitiendo como un loro: “¡Qué bueno que vinieras, Jorge!”. Cuando estuvimos dentro de la casa no supimos si el mal olor era pasajero o una maldición permanente del recinto; “tal vez algún huevo podrido olvidado en la basura”, me susurró Jorge al oído y siguió a Mora Nava para entregarle la carta. Se veían platos con restos de comida encima de los muebles, ropa sucia por doquier. El centro de la mesa era una montaña de cajas usadas de comida repartida a domicilio. En el entretanto pude ver una serie de calzoncillos manchados que Mora Nava ventilaba en un colgador extendido a lo largo de la sala. Pero lo que más me impresionó fue la pecera de aquel

moderno esperpento humano. Tenía dos gigantescos peces dorados, tan aparatosamente gordos como él, con la diferencia que estos flotaban barriga arriba en el agua podrida.

“Es suya, sí, sí, llegó ayer, no, no, gracias, no, de ninguna manera, no se moleste, lo que pasa es que estamos muy apurados”, escuché rogar a Jorge, cuando lo vi retrocediendo mientras Mora Nava le ofrecía una taza. A pesar del mal olor de la casa logré apreciar el aroma del café. Y estuve tentado, ya que nunca desprecio un café, pero me arrepentí muy a tiempo cuando divisé unas cosas oscuras en la taza.

—Se pasó el maldito gordo -le dije a Jorge mientras cerraba la puerta del carro-. ¡Está operado del culo o qué!

—Nada de eso. ¿Ves lo que te decía? -prosiguió él imitando un cura de antaño-. El viejo Mora Nava es asqueroso con afán: escenográfica, olorosa y musicalmente. Y toda su vida decayó en eso cuando sus amigos no lo soportaron más y se quedó solo. Ojalá él no sea nuestro espejo, porque nosotros nos estamos convirtiendo en unos tipos intratables. Cualquier variante en la rutina nos da fastidio; deambulamos con la obsesión de haber heredado un sino de fatalidad. Nuestros amigos nos visitan con una especie de lástima que nosotros mismos hemos alimentado.

Jorge aprovechó aquel capítulo con Mora Nava para tratar de hacer una meditación supuestamente constructiva, pero yo ya no tenía más paciencia y el sermón me había cansado. Entonces me di cuenta de que Jorge nunca me había explicado por qué siempre me emparentaba a mí con sus diagnósticos, como si yo estuviera tocado por los mismos males que él tenía. El conjugar todo con “nosotros” me aburrió y ese día no lo soporté más.

Después de abandonar la autopista, en el primer semáforo lo interrumpí y el epílogo de aquella conversación fue un: “¡Entonces nos iremos a la mierda!”.

Luego del portazo me encontré solo, con el repunte de toda mi obstinación en el bar más cercano.

En aquel bar pensé mucho en Jorge, en la ciudad, en mí, y fue la primera vez que se me ocurrió que lo mejor que podría hacer era marcharme a trabajar al interior. Después de todo, el interior de los países siempre es más tranquilo que las capitales. Y yo no padecía lo de Jorge, enfermo de un despecho que siempre escondía; yo lo único que necesitaba era tranquilidad.

La semana siguiente volví a ver a Jorge y fue corto y triste. Él había renunciado a su trabajo y estaba completamente decidido a irse a la costa. Me explicó su decisión, que por sobre todas las cosas necesitaba descansar. Por eso me habló de su liquidación, que le alcanzaría para mucho, y de otras cosas a las que le hice poco caso. Cuando le dije que había aceptado el trabajo de vendedor viajante que me habían ofrecido gracias a sus amistades en la sucursal, me dijo con tristeza:

—Hermanazo, ¿ves?, tú también te vas. Nuestra vida es tan parecida. Y dime, ¿qué sabes de tu nuevo oficio?

Sin mucha emoción le respondí encogiéndome de hombros, figurando un “nada” mudo y ya despidiéndome.

Entonces, y todavía no entiendo de dónde Jorge sacó energías, comenzó con una perorata insoportable. Yo lo miraba ausente y no recuerdo que fue lo que dijo, pero me dio la oportunidad de interrumpirlo.

—Por lo menos aprenderé de hoteles, hoteles: los mejores amigos del hombre. ¿Sabes, Jorge? ¿Sabes por qué son los mejores amigos del hombre?

—Será porque ahí uno puede llevar...

—No, no, más fácil, porque comienzan con “h” -lo interrumpí.

—¿Y eso, qué? -preguntó Jorge, añadiendo-. Ves, tú también quieres enrevesar el cosmos, como yo...

—Nada de eso, no es complicado, son los mejores amigos del hombre porque comienzan con “h”, y la “h” es muda, Jorge -contesté y me despedí.

Segundo tiempo

Sueldo magro, pueblos lejanos. Me convertí en el “Señor de las griferías de plástico”. Llaves, codos, conexiones de PVC, ese era el negocio. Con el paso de los días, el trabajo se tornó difícil porque los detallistas de la zona atravesaban una época de recesión y compraban la cuarta parte de lo que me habría permitido vivir con comodidad.

Un vendedor viajante de bajas comisiones siente en carne propia como “el mejor amigo del hombre” experimenta una metamorfosis galopante hacia la miseria. Los hoteles comenzaron a no ser silenciosos y a medianoche sentía los ronquidos del vecino o los jadeos de los que gozaban su turno en la habitación de al lado. Fue lamentable mi estadía en la ruta norte: cada hotel más pobre que el anterior. Cerca de la costa corrí con mejor suerte y pude instalarme finalmente solo en un chitril de paredes de madera, entre la estación del ferrocarril y la maestranza.

El único mesón del cuarto, los taburetes, el velador y la cama estaban cubiertos de un polvillo que parecía herrumbre; la taza del baño, las sillas, las barandas, todo estaba extraviado en una película cobriza. Pegado a la pared, arriba de la cabecera de la cama, había un estante contrahecho, atornillado a la pared, repleto hasta el techo de enciclopedias y libros de lomos de cuero y letras doradas.

—¿Y ese montón de libros? Es como una exageración para ese estante tan débil -le dije a la casera con sorpresa, al observar la montaña de volúmenes empolvados-. La pasaría mal si se me cayeran en la cabeza.

—Esos libros, esos libros, no se preocupe, llevan ahí mucho tiempo y están como pegados a la pared. Los dejó un viejo loco que vivió en este cuarto hace unos años —respondió la viejita sin hacerle mucho caso a mi temor—. Un día de “lluvias malas” desapareció sin pagar. Lo único que hacía era leer y fumar una pipa blanca que siempre andaba limpiando. Decía que era pintor, pero yo nunca lo vi pintar nada. Él se fue hace como... bueno, ¡y qué puede importarle a usted eso! Mejor no lo aburro más. Ah, si quiere llevarse los libros me haría un favor: solo traen bichos y así como están dan mal aspecto y yo ya no estoy para andar quitándoles la tierra.

—Lo siento, doña, pero apenas puedo con la mercancía...

—Y no se preocupe, el estante parece malo, pero es fuerte —y golpeándose el pecho dijo—, así como yo, y mire, hasta creo que tiene mis años.

La polvareda metálica que cubría los tablones producía un veteado rojo en el piso. A pesar de la suciedad, como era domingo y no había movimiento en las vías férreas, la tranquilidad que se respiraba era el mejor contrapeso ante la incomodidad del cuarto. Por eso hice de tripas corazón y me dediqué todo aquel día a limpiar.

El siguiente día fue el comienzo de una sucesión maldita. A las seis de la mañana, ¿qué ferretería puede estar abierta? Ninguna, ¿verdad? Despertarme era sinónimo de abrir mi negocio y, lógicamente, ningún vendedor viajante abre tan temprano. Pero ¿quién podía dormir cuando llegaba el ferrocarril de las seis? Los tablones del piso brincaban, los batientes de las ventanas y las paredes temblaban, parecía que todo se iba a desarmar. Con resignación me levanté y después de sobreponerme al terremoto-despertador, a pesar de que siempre fui enemigo de la lectura, revisé algunos libros sentado en el rellano de la puerta.

Al comienzo, las ventas fueron nulas y tuve que alimentarme con la sopa de menudencias de la casera, cuyo recuerdo aún sigue dando buenos resultados a la hora de sentir asco. Como ocurre con casi todo lo que se emprende, los primeros momentos fueron los más difíciles. Las continuas promesas incumplidas de los comerciantes del pueblo y un nivel de ventas que no alcanzaba a generar un excedente considerable para pagar un pasaje de regreso hicieron que me quedara más de la cuenta en el pueblo. Gracias a eso, conocí a Raquel.

El primer encuentro fue algo vergonzoso. Recuerdo que el encargado del quiosco no tenía sencillo para darme vuelto y yo no tenía cambio para pagar unos cigarrillos, y como ya había abierto la cajetilla me registraba los bolsillos una y otra vez buscando alguna moneda, cuando la voz ronca de una mujer le dijo al señor del quiosco:

—Cóbrese, señor. Yo pago los cigarrillos -y cuando levanté la mirada, vi a una mujer vestida de novia, sonriendo, que me decía-... ¿Bueno, precioso, por lo menos me vas a regalar uno?

Le alcancé un cigarrillo y le ofrecí fuego, con una torpeza tremenda. Todo se me caía de las manos. Ella se divertía con mi nerviosismo. Lo recuerdo como si lo estuviera viviendo: cuando aspiró el cigarrillo, el mundo se detuvo. Luego me dio la espalda y se alejó. Pero yo no podía dejarla escapar sin saber algo más de ella.

—¿Viene de o va a su boda? -le pregunté mientras la alcanzaba al trote y caminaba a su lado.

—Suená mejor “¿vienes de o vas a tu boda?”.

—Bueno, disculpa, ¿vienes de o vas a la boda?

—Tú eres el mayor de los dos, en todo caso a mí es a la que le sale “ustedearlo”.

—Tienes razón... Ah, si quieres te quedas con los cigarrillos...

—No te preocupes, en las bodas sobran los que me regalen qué fumar.

—Entonces vas a tu boda.

— Precioso, todas las tardes, todas las tardes soy la novia del pueblo. Y hoy en especial, porque me quieren vestida de blanco, y bueno, uno complace en lo que se pueda -y dando una vuelta entera, riéndose, me preguntó-: ¿Acaso no me veo... virginal?

Esa tarde la vi irse y supe que era un ángel. Por eso vencí todos mis complejos cuando le grité, antes que se alejara, si podía verla de nuevo. Entonces ella me dijo:

—Si no me sigues, mañana en la tarde te encuentro por aquí.

Raquel desde entonces me citó todas las tardes, y cuando se iba me recordaba su condición para verla al día siguiente, que no la siguiera, que esperara hasta el otro día. Así, conversé y reí con ella, creo que toda una vida.

—En Ámsterdam viviré como una señora, trabajaré en lo mismo y mientras la figura no me abandone podré ahorrar para asegurarme una vejez de reina -me decía Raquel mientras sorbía una cerveza.

—Ámsterdam, algo lejos, ¿no?

—De los primeros dos hombres ahorro uno, no importa si los impares comienzan pagando mejor; más de una vez la noche ha comenzado fatal y después pareciera que el mundo se fuera a acabar con tanto demonio con ganas de sexo. Bueno, al comenzar la noche, por darte un ejemplo, apuesto a los pares y la siguiente noche a los impares y así toda la semana, pero ese es el final de cuento. Mira, precioso, si una noche elijo ahorrar los impares y me va mejor con los pares, en la mañana siguiente compro pollo y cereal: eso quiere decir que ha ganado la vida aquí. Como ves yo siempre gano. Si ocurre lo contrario y ganan los impares, quiere decir que ha ganado la vida allá, entonces me ajusto el cinturón y veo cómo crecen mis ahorros para comprar el pasaje para Europa -y pensativa continuó-: sueño con una vitrina donde me exhiba en ropa de seda.

Entonces, cuando esté bien cotizada, podré elegir con quién hacerlo y con quién no, sin necesidad de vestirme como puta de pueblo. Pero en Ámsterdam, con todos esos “catiritos” correteando como locos, será fácil, porque a mí lo que me mata es un catire. Ay..., precioso, ¡las noches allá serán una fiesta!

Desde que conocí a Raquel no pude dejar de pensar en ella porque hizo que recuperara algo que yo había perdido: hizo que volviera a tener humor para ver la vida. Y me di cuenta de que yo parecía un muchachito enamorado, y ya no me importó tanto que las ventas estuvieran malas porque la sonrisa de Raquel y sus chistes hicieron que todos los días esperara ansioso la hora en que la visitaba. Cada tarde salía a verla como flotando, siempre con una flor en la mano. Y mientras flotaba hacia ella, pensaba que si algo yo había olvidado antes que apareciera Raquel era cómo regalar una flor.

Con el tiempo ya sabíamos dónde vivía cada uno y a veces la buscaba en su casa. No recuerdo un día en que no haya buscado a Raquel con el corazón agitado. Cuando la encontraba saliendo de su casa, yéndose al trabajo, ella no cerraba la puerta con la premura natural de una mujer que, por su forma de ganarse la vida, quiere pasar desapercibida y caminar rápido. Todo lo contrario: me veía con alegría y no le importaba caminar lentamente de mi brazo mientras la gente no se demoraba ni un par de cuadras en comenzar a señalarla y a comentar.

Al encontrarla me dedicaba una sonrisa gigante. Se reía con todo el rostro, sobre todo con los ojos. Ella olvidaba las miradas sesgadas de moral que el mundo le clavaba en la espalda y me abrazaba como una novia enamorada. Más aún, creo que disfrutaba las miradas de asombro de la gente y hacía a propósito eso de pasearse con orgullo a mi lado y regalarme unos minutos para fumar y hablar en la plaza. Estoy seguro de que se sentía orgullosa y digna cuando se pegaba a mi hombro y caminaba muy oronda de mi brazo, frente a la catedral y por la avenida de las palmeras, mientras

los comerciantes se daban codazos para advertirle al vecino sobre el “espectáculo” que nosotros estábamos dando.

Flotábamos, paseando, entrelazados, hasta que nos despedíamos en la margen sur del pueblo.

Desde que comencé a salir con Raquel, la gente dejó de mirarme a los ojos y cada vez que hacía mi ronda de negocios, no había sitio en que después de entrar no se escuchara un murmullo entre los dependientes. La casera cada vez que me veía llegar, o cuando le cancelaba el alquiler, batía la cabeza como negándose algo.

Pero era tan feliz y caminaba tan alto que nada me rozaba, menos la envidia.

Una tarde, cuando Raquel y yo llegábamos una vez más a la margen sur, después de desandar el pueblo caminado lentamente, como sin querer llegar a ninguna parte, nos sorprendimos una vez más sin ganas de separarnos. Entonces ella me tomó las dos manos y conmovida me preguntó:

—¿Precioso, te gustaría irte conmigo a Ámsterdam?

Nunca una pregunta me había sorprendido de esa manera, y como los asuntos solemnes que me conmovían casi siempre los había esquivado, tomándolos en broma, solo supe responder con simpatía:

—No creo que me iría muy bien en una vitrina.

—Ja, ja -estalló en risas Raquel-, ¿quién sabe? -rio seductora, echándome el humo del cigarrillo en la cara-. Como anda el mundo, quizás a ti te iría mejor que a mí.

Hasta aquella tarde Raquel había evitado tentar la intimidad conmigo, pero en ese momento supe que se acabaría el preámbulo más hermoso de mi vida, cuando ella me dijo: “Vamos, tengo hambre, te voy a hacer una cena en mi casa que te vas a enamorar. Además, no se puede trabajar todo el tiempo”.

Esa tarde corrimos a su casa.

Nunca me cansaba de mirarla, la miraba y la detallaba como si tuviera que rendir más tarde un examen. Todavía puedo verla

frente al fregadero, preparando la cena. Recuerdo que bebía una cerveza y ella, mientras limpiaba un pollo, me hablaba del mundo con una ingenuidad maravillosa. Ese día me enterneció tanto escucharla hablar que me acerqué, la abracé por la espalda y la besé como si fuera el último beso de mi vida.

—Por lo visto ayer perdieron los contribuyentes del pasaje —comenté con picardía señalando las presas del pollo, temblando por el beso que nos habíamos dado.

—No, todo lo contrario, ganaron los del pasaje, pero hoy quiero hacer esperar un poco a esos europeos —y susurrándome al oído concluyó—, además, hacía tiempo que no estaba tan feliz.

Esa vez no calculé las consecuencias, no pensé en el compromiso del día siguiente, no vino a mi mente ninguno de los temores que me habitaban en la ciudad y que se habían vuelto una molestia cuando salía con una mujer. Cuando acabamos aquella cena maravillosa salimos a caminar y, como montados en una brisa del llano, llegamos ligeros, después de un paseo nocturno, lleno de largos besos, a mi habitación. Algún conjuro evocado por Raquel había borrado ese ambiente de resignación solitaria que me envolvía desde tiempos poco claros. En un primer momento volví a desconfiar, escuchando la débil voz que me advertía: “Son caros los precios que el destino nos hace pagar por la felicidad”. Sin embargo, sospechar el breve éxtasis de amasar su carne y avivar su aliento bastó para encender la llama que hace que el hombre se arriesgue, amén de padecer los más amargos cautiverios: los grillos del amor.

—Te debería pagar, precioso —decía Raquel mientras se movía enloquecida—, pero es demasiado bueno y no creo que sería justo pagarte con el dinero del pollo —gemía divertida, mientras me galopaba sin tregua.

—No te preocupes, ya ves, yo tampoco sé cobrar —le contestaba casi sin aire—, mira cómo me va con las tuberías de plástico: soy una ruina.

—Deberías pensar mejor lo de las vitrinas...

Y nos asfixiábamos con dulzura.

Con una nostalgia prematura, como si ella se estuviera despidiendo y partiera para Ámsterdam en la mañana, nos encontramos encendiendo uno y otro cigarrillo, luego de hacer el amor una y otra vez. Sumergido en aquel embeleso, inaugurando lo que fueron semanas de profundas y fogosas entregas, cómo iba a pensar que la felicidad encontraría su final una mañana calcada de ese primer amanecer.

Ahora recuerdo la voz que me advertía: “Son caros los precios con que el destino nos cobra la felicidad”. Enciendo un cigarrillo y evoco la imagen de Raquel, seguro y amargo por saber que ella está aún más distante que lo que su viaje a Ámsterdam la habría podido alejar.

Esa última mañana, como la infelicidad, el tren llegó puntual, y el hermoso amanecer, irrepetible, fue importunado por los terribles azares que creía lejanos.

Una vez en el baño, después de admirar un rato el descanso de Raquel en mi cama, sentado en la poceta y repasando los episodios intensos de la víspera, feliz hasta los huesos, escuché la llegada del tren. Como siempre todo tembló, pero esta vez el mugido del ganado de los vagones de carga tiñó de un estruendo mayor el arribo del expreso matutino. Entre el barullo y el temblor del piso logré escuchar un derrumbe inusual. Cuando salí del baño me precipité con desesperación sobre la cama, y aunque traté de desenterrar la cabeza de Raquel de aquella montaña de libros, no pude llegar a tiempo, ni siquiera pude salvar un pedazo de su aliento, para escuchar de su boca esos “buenos días” de siempre, de los que ya me había enamorado.

Los Teques, 10 de septiembre de 1997.



Rating

*Amó aquella vez como si fuese la última,
besó a su mujer como si fuese única
y a cada hijo suyo cual si fuese el pródigo.*

CHICO BUARQUE

—No estoy inventando nada. Dice que es lo último que quiere, que su felicidad...

—¿Por qué a ti siempre te pasan vainas raras? —lo interrumpió su hermano, mientras revolvía un guiso de vegetales para el almuerzo—. Tú no puedes salir a la calle porque llegas con algún cuento medio loco. Yo creo que el ocio te está jodiendo el güiro. ¡No joda, te deberías meter a escritor!

—Coño, te juro que no estoy inventando nada —se defendió Osvaldo, pelando un cambur y acomodándose en un taburete de la cocina—. Como yo estaba en el cafetín de allá abajo, viendo el libro de Poleo, el viejo se me acercó y me dijo —prosiguió Osvaldo, imitando la voz de un viejo—: “Quiero conocer algunos pintores, ¿usted me puede ayudar?”.

—Coño, panita, es que a ti los locos se te pegan.

—Me lo pidió tan serio que no me pude negar. Además, ¿qué me cuesta llevarle mañana la enciclopedia de arte? Le mostraré los cuadros y ya. No tengo para qué llevarle todos los libros de pintura. Después saldrá del café, ya no tan infeliz. Como me dijo, él que quería estar “con los ojos llenos de colores”. El viejito dice unas cosas... Luego, según él, cruzará la

calle, subirá al edificio del frente y se suicidará. Bueno, y si todo es mentira, mejor, ¿no?

Señor, usted sabe, a nosotros nos gusta que la gente disfrute. ¡Me gusta que la gente disfrute! Que se les paren los pelos viendo la televisión. Hay cosas que si las imaginas o te las cuentan te pueden parecer increíbles. Pero nada se compara con que las observes en la pantalla; nada reproduce la excitación que provoca verlas con tus propios ojos. La gente necesita eso, distracción, y yo se la doy. Yo soy, en otras palabras, un benefactor que construye y regala ilusiones, ilusiones monstruosas, extrañas, insólitas, como quiera llamarlas, pero ilusiones al fin. Yo busco, y a veces, no voy a negarlo, y menos frente a usted, compro, sí, compro ilusiones, billete sobre billete. ¿Qué tiene de malo? Yo compro escenas que por ser increíbles parecen de mentira, y gracias a esos... “malabares” de mi ingenio, los televidentes pueden evadirse de su rutina, de su aburrimiento, de sus pobres vidas. Solo tienen que prender la televisión y MIRAR... ¿Sabe?, hay gente que por ver lo que yo produzco le da de golpes a su propia familia. Viven para poner mi canal, y eso es aberrante, pero también hermoso. Como ve, yo soy un generador de pasiones.

La lluvia arreciaba.

—Yo puedo entender todas las necesidades que está pasando su familia, usted mismo, pero, señor, eso es como un asesinato...

—Llámelo como quiera —le respondió Remigio—, el señor de la televisión lo llamó de varias formas, ¿cómo fue que le dijo? Ah, sí, herencia adelantada, umm, inversión extrema, también lo llamó magia —y respirando hondo y dejándole caer la mano en el hombro a Osvaldo, le habló con tono paternal—, pero no se preocupe tanto ya por eso, mejor no le hubiera contado nada, piense que son vainas de viejo, mejor déjeme ver de nuevo el cuadro de los hombrecitos desnudos, ¿cómo era que se llamaba?

Osvaldo no pudo contestar de inmediato. Sin capacidad aún para sacar conclusiones buscó en el libro la reproducción que Remigio le pedía y se lo pasó abierto, después prefirió levantar la

mano para captar la atención del mesonero. Remigio miraba extasiado el libro, con ojos de niño. Ordenaron otra ronda de café.

—Este cuadro es un bochinche, puros hombrecitos desnudos.

—Ah, sí, como dirían los expertos, este es uno de los hitos de la pintura mundial, se llama el *Jardín de las delicias*, pero la verdad es que aquí no aparece el cuadro completo, porque el cuadro completo es un tríptico; aquí faltan dos partes, el *Paraíso* y el *Infierno musical*.

—Y cómo serán esas, si en esta hay un relajo... Sabe, yo siempre quise ser pintor. Lo más cerca que estuve de eso fue cuando trabajé en ese centro comercial grandotote que está en el este, ahí sí que eché brocha. Pinté como una semana seguida de sol a sol. Los capataces tenían un apuro para que termináramos, porque la inauguración la quería hacer el Presidente y ya tenía cerca la hora de entregar el coroto. Fue lo mismo que pasó con la línea nueva del metro, ¿recuerda?, que por la carrera para cortar la cinta de la ceremonia no les importó que las aguas negras se filtraran por el techo. Qué vaina... lo que pasa es que usted está muy joven y todavía le falta por ver. Bueno, le estaba hablando de cuando trabajé pintando. En las tardes, cuando me quitaba la pintura de las manos y de la cara con la estopa y el kerosén, el olor me recordaba a esos pintores que se la pasan en la placita de la avenida Casanova y me preguntaba si era verdad eso que dicen acerca de los pintores...

Estarán las cámaras listas desde temprano. Las que estén dirigidas a la calle captarán los detalles del tumulto, el rostro de la gente, bueno, y por supuesto, la caída. Habrá unas de apoyo en el edificio de enfrente, estas harán tomas como de aficionados. Tú no deberás mirarlas, se supone que tú no sabes que te están filmando, ¿comprendes? ¡Pon mucha atención! Sabes que si no haces bien tu parte, no hay trato.

—¿Y qué es eso que dicen de los pintores?

—Ay, mijo, usted debe pensar que soy un viejo loco —y sorbió un poco de café para luego retomar con ánimo la idea

que había comenzado—. Ah, sí, dicen que padecen una enfermedad. ¿No ha escuchado que ese afán que tienen los pintores por pintar les causa una enfermedad en la cabeza, porque con el tiempo comienzan a verse como locos, todos desgrenaos, sucios, y, en vez de pintar cosas bonitas, terminan manchando todo y haciendo cosas que nadie entiende?

—Ah, ya sé de qué enfermedad me habla —respondió Osvaldo entretenido por la ocurrencia del viejo— y fíjese, a ese desorden de los pintores que nadie entiende, a esa enfermedad de la que usted habla, algunos le llaman “estilo”.

—¿Estilo? Umm. Sabe, cuando me acordaba de esos pintores locos, me daba algo de tristeza, y si me daba tristeza era porque en el fondo yo siempre me he sentido pintor; nunca he pintado un cuadro porque la vida nunca me dejó tiempo para darme ese regalo, pero lo que sí he podido hacer es imaginarme pintando. Me di cuenta de que tenía alma de pintor una vez cuando me puse a cambiarle los colores a las cosas. Yo andaba por la calle y de pronto, con solo pensarlo, ¡zas!, todo lo había puesto amarillo. Al principio me sentí enfermo, pero cuando comprendí que podía ponerle al paisaje los colores que quería, el susto se transformó en felicidad y así por lo menos comencé a ponerle a toda esta pobreza donde vivo el color que quería.

—Usted dice unas cosas... ¿Y por qué nunca pudo pintar? No sé, hacer un dibujo...

—Ay, señor, los colores que no se imaginan son caros... Bueno, y uno también que no se propone las cosas... de todas maneras, aunque no haya pintado, yo creo que soy un pintor suavcito, de líneas claras, de celestes así, limpiécitos, sin rabia... a pesar de esta vida. Con decirle que desde que nació mi primer muchachito, por muchos años me imaginé que lo pintaba. Sí, cuando nació Angelito yo trabajaba rompiendo el techo de los túneles, por el oeste. Ahí sí que eché taladro. Qué lavativa ese traca-traca-tra, traca-traca-tra, veinte kilos al hombro y dale

que dale. Como en ese tiempo no se usaban orejeras uno terminaba medio loco, pero que estuviéramos taladrando el techo era una suerte, porque el taladro nos daba en el hombro, en el pecho y no por aquí —dijo señalando su ingle—, entonces a uno no le quedaban doliendo las bolas, aunque el pecho ni le cuento. Así, cuando uno regresaba en la mañana a la casa (porque se trabajaba de noche por el tráfico, usted sabe), uno podía despertar con mejor suerte a la Milagros para que no se estuviera quejando por ahí de que su hombre no la atendía... Bueno, mientras estaba con el taladro, dale que dale al techo, también estaba con mi carajito en la mente, pintadito de celeste. ¡Cómo me imaginé cuadros de Angelito en esos túneles mientras la espalda ya no me aguantaba los brazos! Pero si usted lo viera ahora, lo que provoca es entrarle a palos al manganzón ese. Si hubiera sabido que me iba a salir tan malandro, ni de vaina le hubiera puesto Angelito. Carajo... se me muere algo adentro, de rabia y de pena... ahora... Ay... Bueno, con la Milagros tuve siete carricitos más después de Angelito y no me puedo quejar, cada vez me salieron mejor, tengo uno que hasta llegó al cuartel... Pero el último tiene cuatro añitos y como la Milagros y yo ya estábamos viejos yo creo que por eso me nació enfermito.

Oswaldo no sabía qué responder. Cada palabra del viejo lo dejaba desarmado.

—Mira, chico, deja de mirarme así, mejor vamos a seguir con los pintores, ¿cuándo pintaron toda esta rochela? —preguntó Remigio para evitar que la melancolía le quitara el aliento.

—Sí que le gustó el de los hombrechitos... Umm, aquí abajo dice, a ver, lo pintaron como hace quinientos años... —atinó a decir Oswaldo, leyendo el libro con dudas, desencantado, todavía pensando en las cosas que le contaba el viejo.

—¿En ese tiempo era que andaban quemando a titirimundachi? ¿O es mentira eso que dicen de que quemaban a la gente?

—No, no es mentira, y sí, quemaban a titirimundachi —respondió sonriendo—. A los curas les gustaba arreglar las discusiones quemando a la gente.

—¿A los curas? Bueno, por lo menos se dejaron de eso. Aunque no se crea, la vaina no ha cambiado mucho. Ahora nos queman lentico y sin que nos demos cuenta... —y contempló otra lámina—. ¿Y cómo se llama el que pintó este cuadro tan bonito?

—Miguel Ángel...

Mira, Remigio, yo podré ser muchas cosas, pero yo no engaño a nadie. Te lo juro. Si aceptas ahora, tienes médico y los remedios que necesitas para el que tienes enfermo. Después que cumplas tu parte del negocio, a todos los saco del rancho y por un tiempo les pagamos el alquiler en un edificio del centro. Mira, si aceptas, te aseguramos ahora mismo, y después del trabajo, esa plata la va a cobrar tu mujer billete sobre billete. Con lo que te paguemos nosotros, con el seguro y con cualquier trabajo que tu mujer consiga por ahí, tu familia ya no tendrá más problemas. Si aceptas, con una llamada arreglo lo del médico ahora mismo. Toma, te vas para esta dirección mañana y le dices al doctor que vas de mi parte. Yo voy a hablar con él para cuadrar. Las consultas de ahora en adelante, para el que tienes enfermo, serán gratis, hasta que se ponga mejor; la operación y el resto del trato se cierran después que tú hagas lo que te corresponde. Claro, por supuesto, eso no lo vas a ver, así que tienes que confiar en nosotros, no te queda más remedio, de todas maneras, no te preocupes, ¿no te das cuenta de que nosotros hacemos las cosas bien, con cuidado? Además, nosotros también estamos confiando en ti, en tu calidad, ¿no es así?, ¿no es perfecto? Bien, ya es hora de atender otros asuntos, creo que por hoy está bueno de tanto bla-bla-bla. Venga esa mano, varón.

—Mire, por lo menos dejó de llover...

—Sí, ya estaba bueno ya...

—Bueno, después, esos pintores se reunieron y por una exposición que montaron los críticos los bautizaron

“impresionistas”, como diciendo que querían impresionar al público. ¿Se fija en la pincelada? —mientras Osvaldo hablaba, notaba la inquietud de Remigio y que ya no le prestaba mucha atención.

—¿Ya son las cuatro? —preguntó el viejo con gravedad.

—Faltan cinco —le dijo Osvaldo, agrandando los ojos al observar la sombra del terror en el rostro del viejo. Entonces contempló la posibilidad de que el cuento podía ser verdad.

Puedes comprar lo que quieras en ese automercado, todo de aquí en adelante lo paga el programa, pero no nos trates de engañar, aunque todo sea un secreto y un pacto entre caballeros, nosotros sabemos cómo tratar a los estafadores, además, míralo desde este punto de vista, más bien tú nos deberías pagar porque nosotros resolveremos todos tus problemas y te haremos immortal. Remigio, mira, te grabaremos y en los resúmenes noticiosos de cada año, de ahí en adelante, saldrás reseñado, serás la noticia recurrente de los periódicos, ¡inmortal, viejo! Tu familia te lo agradecerá, mientras te observan cada año, muy cómodos en sus sillones, que tú, con mucha valentía, lo que les habrás comprado, como se diría, post mortem. ¿Entiendes, viejo?, ¿bueno?, ¡socios y no se hable más!

—Este se puso a jugar con manchitas —le brillaban los ojos a Remigio.

—Algo así.

—¿Cómo se llamaba?

—Se llamaba *Seurat*.

—... *Ssuer*... ¿qué?

—*Seurat*.

—¿Y este otro?

—*Renoir*.

—Que nombres raros, y fíjese, este último es como una foto mal enfocada.

—Sí, muy buena forma de describirlo. Todos ellos se divertirían buscando una manera de retratar el mundo con recursos

personales, sin hacer un dibujo exacto, utilizando colores fantásticos, si se fija en este...

Tú no te preocupes, que el paso hacia la azotea es problema nuestro, tú solo toma el ascensor a la hora y te bajas en el último piso. Cuando estés arriba, parado en la cornisa, puedes amagar, eso sembrará terror, expectativa y la gente se irá juntando. Bueno, sin entrar en muchos detalles, actúa como quien está indeciso y no pienses mucho cuando estés arriba. Entrégate. Lo más importante: debes esperar a que haya mucha gente. Y cuando veas que hay mucha gente abajo, das un paso al frente y ya. El resto lo hacemos nosotros.

—Cambiar los colores... no sé dónde lo aprendí. Por ejemplo, hoy todo está tornándose celeste oscuro, no tan suave como el que utilizaba para pintar a mi carajito...

—¿Pero está seguro de lo que va a hacer? Primero me imaginaba que eran cosas de la soledad, pero su cara se pone...

—Yo me di cuenta ayer de que tú no me creíste, y que si viniste hoy fue para divertirme conversando con un viejo loco, y bueno, ojalá hubieras tenido razón. Ay... ya van a ser las cinco y dentro de unos minutos veras que no te mentí. Sí, dentro de unos minutos la Milagros y mis muchachitos tendrán casa y doctor. Mire, mijo, a veces la suerte no nos acompaña y hay que saltar. Yo le agradezco que haya traído ese libro tan bonito y tan caro...

—Señor, no puede ser, no...

—¿Sabe cuál de los cuadros me gustó más?

El joven, mudo, negó con la cabeza.

—Bangó, qué nombre raro, ¿no?, ¿así es que se llamaba el de las olas de trigo, el de los remolinos de cielo?

—Sí...

—Hágame un último favor, yo voy a seguir viendo el libro y usted se queda aquí al lado, calladito, nos tomamos un último café si quiere, porque la verdad es que ya no importa mucho aprenderme la historia de toda esta gente. Así me distraigo y

usted solo me avisa cuando sean las cinco. Ah, no se le pase la hora, por favor, mire que tengo que ser puntual: así son los tratos.

Mejor lo haremos así, porque quizás te vas a poner nervioso. Del edificio de enfrente, de una oficina del último piso te avisarán cuando todo esté listo, así tú no tienes que mirar para abajo; después de la señal, te quedas un rato en la cornisa, para crear expectativa, al final de cuentas todo tiene su arte, ¿no? Bueno, ya sabes, te van a dar la señal desde esa oficina, con un espejo, cuando ya haya mucha gente abajo, y entonces tú te lanzas.

—Existen dos maneras —decía el viejo Remigio mientras cerraba el libro y se lo daba a Osvaldo— para dejar esta mierda de vida, la primera es reventar... —pensó un rato, se limpió la nariz con un dedo y sorbió el resto de café antes de concluir— y la otra no la conozco, porque la verdad es que yo siempre he sobrevivido. Por eso acepté la cita con ese maldito, porque ya estoy viejo y parece que muerto valgo más que vivo. Yo pensaba que era mentira lo que decían de ese tipo, pero cuando lo fui a ver y le insistí que yo podía hacer lo que fuera con tal de que me salvara al carajito, le brillaron los ojos.

—Señor, usted...

—Los andamios —continuó Remigio ausente—, mírelos al frente, los montaron para limpiar la fachada del edificio donde me tengo que encaramar; los andamios siempre me dieron una idea de progreso, ¡y mire que si no estuve yo montado en andamios toda mi vida!, pero nada cambió nunca. Pasé toda mi vida montado en un andamio, como esos artistas del libro suyo, que se montaban en andamios para pintar esos cuadros inmensos, esos techos —decía esto y no dejaba de mirar los andamios del edificio del frente y de aumentar la impotencia a medida que hablaba—, como ese Miguel del que me habló tanto, el que pintaba iglesias y hacía otro montón de vainas, ese se la debe haber pasado en un andamio. Y dígame, ¿esos países por aquel entonces no andaban progresando?

—Cálmese...

— ¡Y qué nos pasó a nosotros!

—Pero eso no justifica que...

—¿Es que acaso no tuvimos andamios? ¿¡Ah!? ¿¡Adónde carajo se fue todo el progreso!? —guardó silencio abruptamente y buscó una serenidad amarga, como si alguien le hubiera palmeado el hombro para recordarle que debía continuar con resignación—. Todo está claro y yo soy un viejo tonto. Yo tenía un amigo, él trabajaba en una construcción, le gustaba adornar el andamio donde trabajaba. Me decía: “El andamio que me tocó esta vez es muy bueno, coloqué unas flores y lo adorné con unos helechos”. Los otros obreros decían que estaba loco, y yo fui bautizado como “el amigo del loco”. Cuando yo iba a buscarlo a la salida de la obra, él me contaba que cuando lo molestaban, les respondía: “Dejen de joderme, esas florecitas me alegran la vida cuando me canso de frisar”. Tenía una voz ronca mi amigo... ¿Te fijas? Sus florecitas le alegraban la vida... Ah, y también me aclaraba, como si yo le entendiera, que cuando alzaba la vista para estirar la espalda amarrada como de dolores o secarse la frente, podía ver la sombra de los helechos, poquita, pero sombra al fin. Emocionado me contaba que su andamio era el único que se llenaba de pájaros.

—¿Y qué le sucedió a su amigo?

—Bueno, un día uno de sus compañeros llegó a la construcción lleno de alcohol y de rabias y...

— ¿Y?

—A pesar de que no querían dejarlo subir, el hombre se las arregló para encaramarse en el cielo y ya, bien arriba, se dio un resbalón que todos vieron desde abajo y que lo colocó al borde del precipicio. También le dio la posibilidad de irse de una vez... entonces, según me contaron, el hombre se persignó y saltó.

—Pero ese no era su amigo, ¿o sí?

—¿No le dije que era uno de los obreros? Escúcheme bien, pues. Mi amigo estaba en su andamio de flores, trabajando desde temprano, en su mundo, cubierto de helechos, unos pisos más abajo, sin saber que estaba en medio de una rabia que se lo iba a llevar —y diciendo esto Remigio se sumergió en una contemplación amarga, observando el tráfico de la calle.

Los dos callaron.

—Señor Remigio.

—Diga —contestó débil el viejo, que apenas pudo escucharse.

—Mejor lo llevo a su casa...

—Mejor prométame algo —dijo Remigio con voz segura—: prometa que no me va a seguir ni que se va a meter.

Oswaldo no sabía qué decir.

—¡Prométamelo! —lo apuró Remigio.

—Está bien, está bien...

—¿Qué hora es, hijo?

—Ya son las cinco, pero olvídese... —dijo temblando el muchacho sin poder terminar porque Remigio corrió la silla hacia atrás y lo miró agradecido.

—Ahora que vi el libro de nuevo —habló con la voz temblorosa—, me gustaron más esas vaquitas de las primeras páginas. Vaquitas rojas, ¿ves? Después no quieren que digan que los pintores se vuelven locos. ¿Quién fue el que pintó las vaquitas?

—Parece que fueron varios, nadie sabe sus nombres...

—Ah... Bueno, hijo, me voy —y estiró la mano para despedirse—, gracias y que Dios me lo bendiga...

A pesar del congestionamiento en las calles, la capital se tornaba esplendorosa después de una tarde lluviosa: el cielo se despejaba y el sol aparecía entre las compuertas de las nubes como bondad ganada por los sufrimientos de un diluvio.

Remigio atravesó la calle y enfrentó la entrada del edificio de oficinas. Apenas rozó la alfombra con la punta del zapato, las puertas de la antesala de la planta baja se abrieron

silenciosamente. El frío del interior le secó el sudor del entrecejo nervioso y el aire acondicionado central lo arrulló hasta el pasillo de los ascensores.

El joven se convirtió en niño, de ojos húmedos, vulnerable, y mientras permanecía en la mesa no quería creer lo que su alma ya sufría. Miró el libro, revisó los cuadros. Cuando ya no pudo evitar conducirse por las direcciones de su instinto, fijó la atención en la calle donde se aglomeraba la gente. Al fondo, en otros andamios, los obreros que se afanaban en la limpieza de los ventanales del edificio también miraban para arriba.

Buena luz, muy buena luz, todo listo, todo okey, comencemos.



La antesala

*Al Hombre-huevo
encerrado en "Dislexias"*

y a B

por sus comprensiones

y por el trago de malta que nos aguarda.

La incomodidad del Señor B empezó cuando llegó a la fila de aspirantes, con su *curriculum vitae* bajo el brazo, y observó su aspecto en los espejos de las columnas centrales de la antesala. Se dio cuenta de que realmente no iba *"ni bien vestido, ni muy a la moda"*, por decir lo menos. Su autocrítica empeoró después de echar una ojeada alrededor y compararse con los solicitantes que engrosaban la fila. Surgieron entonces las dos voces que configuraban el humor negro de su autocompasión. La primera de ellas era su *"rezo físico"*, que se tejía como un discreto murmullo, como si se desdoblara y hablara consigo mismo. La segunda voz, su *"rezo silente"*, se expresaba como una sucesión de pensamientos escritos en el aire, alrededor del tema que lo perturbaba. Este último lo visualizaba como los subtítulos de una película o los encabezados de un periódico. En el caso que nos ocupa, el Señor B veía correr su *"rezo silente"* como un cintillo de noticias sobre el libro abierto que simulaba leer. *"Extrañamente"*, en esta oportunidad la conclusión de sus dos rezos convergía en el mismo concepto: *"Estás vestido como una grandísima mierda"*. Y es menester entrecomillar lo de *"extrañamente"* porque en general su *"rezo físico"*, siempre

teatral, se manifestaba con un peculiar apego al lenguaje culto y a la metáfora escolar, opuesto a la procacidad de su “*rezo silente*”. Sin embargo, frente a los altos espejos de aquella antesala, ambas voces lo denostaban con un consenso vergonzoso. “*Pero ya estás aquí y la escasez obliga...*”, continuó leyendo en los subtítulos proyectados sobre el libro, “*... no tienes más opción, pasas demasiada roncha, hermano, demasiada...*”.

Con una incomodidad de comezón mal atendida, sin salirse de la fila, el Señor B se miraba en los espejos. Convencido de su discreción para detallarse de reojo, giraba sobre sí mismo, con la excusa de quien enfoca la atención en la ostentuosidad de la arquitectura del techo. Para combatir su inquietud, repasaba el propósito capital de su asistencia en aquella fila, a pesar de haberse jurado no volver a pertenecer a otra organización de explotadores corporativos y asalariados infelices. Aquel combate contra su inquietud no le era fácil porque, al avanzar en la fila y alcanzar los espejos de la columna siguiente, volvía a reafirmar la calificación de su atuendo y a sentir unas ganas enormes de justificar una retirada prematura. “*La necesidad obliga...*”, se hablaba a sí mismo usando su “*rezo físico*”, “*... como decía el Gaucho Centeno, y ¡vaya cómo obliga! Mejor respiramos profundo, entre toda esta gente...*”.

En circunstancias similares era frecuente que el señor B abusara de su imaginación para no hundirse anticipadamente en sus notables arenas pesimistas. Para convocar sus fantasías, respiraba hondo, subiendo una escalera de mantras. De esta manera retomó la escena inconclusa que había armado sobre el libro que cargaba, cuando se dirigía a aquel edificio, justo antes de abandonar el vagón del metro. Sobre las páginas de unos poemas en prosa, que ante sus delirios perdían toda importancia, armó una tarima que reposaba sobre cada flanco del libro. El telón de fondo estaba hecho con las telas de un *batik* violeta. En aquel espacio volvió a imaginar unas luces bailarinas

y, al igual que lo hiciera en el metro, aquel mundo cromático se licuó en chorros de cuerdas tornasoles, hasta materializarse en un ovillo, del cual emergió una bestia enana. La bestia en cuestión respiraba con fatiga, venía herida o penaba con dolores de recién nacida. Definitivamente aquel *alebrije* se proyectaba como el mejor distractor de su autocrítica y aparentemente tenía problemas mucho más graves que los le aquejaban a él. Como buena extensión humana, el engendro poco tardó en romper la cordialidad que existía con su entorno y, apenas se hubo liberado de sus consecuencias de recién parido, sacudió sus últimos dolores y se irguió para escrutar de arriba a abajo al Señor B. Agitando sus alas de pollo y negando con la cabeza, el pelmazo cara de perro entró en un trance de médium poseído. No bien detuvo un par de largas arcadas, abrió la boca inmensa, batió la mandíbula maquinalmente, como una impresora de puntos que escribe con los dientes, y vomitó el “*rezo silente*”, impreso en letras rojas sobre una larga cinta celeste. El escrito se burlaba del Señor B con una serie de neologismos que sugerían lo terriblemente vestido que iba: “*Modistespanto, arapiéntuitivamente combinado, desarrapiéntidamente hablando...*”.

El Señor B cavilaba, sosteniendo el libro-teatro sobre el cual saltaba su bestia impertinente. Estos pensamientos danzaban en su contra y él contemplaba su visión enajenadamente. Por eso descuidaba su postura y se inclinaba cada vez más hacia adelante, como si el teatro armado sobre el libro tuviera un peso que le halara los brazos. Como un dibujo animado de película antigua, la bestia saltaba sobre las hojas y se hacía más fuerte. Así que empezó a rebotar del libro hacia los espejos de las columnas y de ahí sobre los anteojos de los que miraban al Señor B, como quien observa una espinilla enorme en el rostro ajeno. El Señor B se daba ánimo, tragaba grueso e imaginaba a la bestia malogrando el peinado de los más elegantes. Sin embargo, contra

aquella terapia de distracción, le pesaba la sensación de ser un lunar en medio de aquella fauna de postulantes mejor trajeados.

Cada vez más cerca de la lujosa recepción, prefirió dejar a la bestia en el nido peinado de una morena muy alta y concentrarse en imágenes menos estrafalarias. La inquietud de enfrentarse a la entrevista iba en aumento. *“Esta vez debería ser distinto, distinto... distinto para bien, por supuesto”*, se convencía murmurando su *“rezo físico”*. Él quería aplicar para algo novedoso, al margen de la pericia técnica que le había agobiado en el pasado. Visualizaba un mejor pronóstico para su alma si conseguía el empleo, porque trabajar como *“escritor”*, a esas alturas de su vida, *“eso sí que sería un regalo del cielo”*.

Después de abandonar la última curva de la anaconda de postulantes, enfrentó el tranco final que lo conducía derecho al mostrador. Se le enfriaron los pies, con un frío parecido al que le amarró el habla cuando la maestra de sexto le obligó a leer en público o cuando quiso declarársele a la vecina que enseñaba danza árabe o cuando simplemente se sintió como un *“signo de interrogación cotidiano”* entre la gente de su último trabajo, cuando pensó en reclamarles por qué le hablaban de cosas que él no sabía y que según ellos *“cualquier persona de este planeta debería saber”*.

A solo unos pocos candidatos de distancia del deseado mostrador, el Señor B revisó una vez más su atuendo en el espejo de la última columna. Antes de volver a su autocritica demole-dora, eligió mejor concentrarse en alguna escena estimulante y, por supuesto, olvidar a la bestia inconveniente. Un extraño instinto de conservación lo hizo desdoblarse, y se observó a sí mismo sobre las hojas del libro-teatro, como un modelo a escala, balanceándose al estilo de un santo en procesión. *“En el hombro de mis pensamientos... qué rebuscado eres...”*, se dijo usando su *“rezo físico”*. Luego, y como le ocurría a menudo en su modalidad ansiosa, se tropezó con un descuido y entonces entró

en escena un barquito de corteza, de esos que tallaba cuando era niño, y también parte del río caudaloso donde él mismo los hacían zozobrar. Le era normal sabotearse las fantasías y no le costó mucho hacerlo con su evocación estimulante. La crisis del modelo a escala de su “yo mismo” se sacudió sobre el esquife, agitado por el torbellino del agua que se aceleró malévolamente. Su “yo mismo” se aferró engorrosamente a la rama de mástil para no caerse y se mareó hasta la náusea. Metido en aquellas ilusiones, evitaba la realidad de estar a unos pocos candidatos de ser llamado. Iba y venía de sus pensamientos y volvía a mirarse penosamente en el espejo de la última columna. En vano trataba de alisarse las mangas de la camisa, mientras se restaban los aspirantes y él avanzaba inexorablemente hacia la cabeza de la fila para enfrentar el mostrador. “*Hay que vivir en la realidad*”, leyó bajo las aguas del río el consejo de su “*rezo silente*”. Entonces cerró el libro con violencia y lo metió tras la chaqueta, entre el pantalón y la espalda. Se dijo: “*Hay que mostrar una fachada 'limpia de pecados', como la de todos estos*”. El desempleado que lo antecedía le dedicó una displicencia de soslayo, por el ruido innecesario que había hecho al cerrar el libro en tan solemne espera. Sin embargo, aquel desprecio se perdía en su intención, ya que ningún desdén podía menoscabar tanto el ánimo del Señor B como el atuendo de los que seguían abultando la fila de la antesala. Desde su posición privilegiada los podía ver desfilar desde el acceso principal hacia la cola de anaconda que dibujaban los postulantes. Le impresionaba el despliegue de “elegancia” que resplandecía en aquella inadvertida pasarela de modas. Se recriminaba, tratando de igualar con discreción los dos lados del cuello de la camisa, que quizás llevaba muchos años sin salir de casa, pensando que realmente estaba desinformado de cómo se debía andar. O mejor dicho, de cómo se vestía la clase profesional. “*Parece que van a una fiesta*”, mascullaba, usando solo su “*rezo físico*”, sintiendo que dentro

del libro también se inquietaban sus imaginaciones. Sabía que la apariencia sería una de las cosas que seguramente inclinaría el veredicto de los jueces. Concluía una vez más que su atuendo no estaba a la altura de la exhibida en la fila de postulantes. Se preguntaba desconcertado cómo alguien sin empleo podía pagarse aquellas pintas de gala. Por ejemplo, el de adelante, el del desdén de soslayo, había hecho toda la fila con porte de gallardía, usando un traje impecable, erguido con una comodidad de propaganda. La chaqueta que le caía sin arrugas le llegaba a la cadera, cortada a la medida, como si el afortunado hubiera nacido enfundado en aquel traje. Además tenía un reloj inmenso, que contrastaba contra el negro lustroso de la camisa que se asomaba perfectamente por las mangas de la chaqueta. Peinado con la carrera al medio, su andar atlético lo hacía lucir como recién salido de un refrigerador para conservar atuendos frescos, indispensables para buscar trabajo. Inexplicable lo de este sujeto, tomando en cuenta el calor maldito de un verano que al Señor B lo traía sudando la gota gorda. Pero lo peor, y tenía que aceptarlo, era el olor exquisito de sus compañeros de fila. El Señor B no comprendía qué había pasado con él, oliéndose con discreción una axila, ¡cómo tanto descuido! Porque aunque no olía ni bien ni mal, sentía algo de amargura y, por qué no, de envidia, cuando desdeñaba su neutralidad de olor en contraste con los perfumes que lo rodeaban. Con la excusa de un fingido cambio de postura, se balanceó en la fila, para acercarse hacia sus vecinos y olerlos. Realmente aquellos perfumes eran una maravilla.

Ocupado estaba en tales consideraciones cuando perdió de vista su imagen en el último espejo. Pisó la línea amarilla que destacaba la frase en letras blancas: “Espere su turno” y que mantenía alejado a los candidatos de la fila los metros necesarios como para que no se pudiera escuchar lo que se conversaba en el mostrador. En su inquietud, el Señor B tropezó el cordón

lateral que unía el último paral con el resto que ordenaba el zigzag de la fila. Ya era el próximo. No había forma de disimular su ventaja sobre los candidatos que lo miraban con envidia. “¡Siguiente!”, retumbó la voz del recepcionista con más volumen que el acostumbrado, debido a que el Señor B estaba concentrado en la frase escrita en el piso y no había visto la señal que le había hecho el recepcionista.

Desde la fila la repisa del mostrador se veía menos alta, pero una vez ahí, el Señor B se pudo dar cuenta de que, aunque de manera sutil, el ángulo en ascenso del mesón de granito le obligaba a levantar la mirada para poder presentarse.

—Usted dirá —le dijo el hombre del mostrador, bajando la cabeza y mirando por encima de los lentes, con un ademán típico de los que usan espejos para la presbicia.

—Yo, bueno, vengo por lo del empleo, quiero aplicar para la sección “no técnica”.

—¿Y bien? —dijo el recepcionista, cambiando la mirada de bienvenida por una inquisidora, masticando un mohín de displicencia, con el desdén propio del que hace un trabajo rutinario por necesidad.

El Señor B no estaba preparado para ese “¿Y bien?”, que le rebotaba en la cabeza.

—¡Y bien, señor, hay gente esperando! —acentuó odiosamente el hombre, distrayendo su atención con unos papeles que empezó a revisar con lentitud.

—Es que... —tartamudeo el Señor B—, no entiendo...

El recepcionista lo cortó secamente, sin mirarlo:

—Usted... ¿para cuál de los apartados quiere aplicar de la sección “no téc-ni-ca”? ¿Leyó el prospecto? ¿Trajo lo indicado? ¿Ordenó los soportes y su CV como se indica en el instructivo?

—Yo, bueno, soy escritor y... traigo mi CV, pero no sabía lo del...

El señor B. apenas terminó de pronunciar “*escritor*” y el hombre del mostrador lo dejó hablando solo, paró de revisar los papeles, le hizo una señal a unos de sus compañeros de mostrador para que tomara su puesto y le ordenó con fastidio al Señor B:

—Sígame.

Cruzaron el mármol negro de la antesala, perfectamente lustroso, atravesaron unas puertas batientes y entraron a un pasillo angosto que se alargaba a un lado de los ascensores. El pasillo tenía un acabado similar al de un área secundaria, de servicios. Su iluminación y materiales contrastaban con la fastuosidad del *hall* de entrada y de la recepción. El Señor B avanzaba al trote, siguiendo el paso desenfadado del recepcionista. En mitad del pasillo el guía se detuvo con brusquedad y entornó una puerta que tenía un vidrio esmerilado con la sombra de una equis. En silencio y sin mirarlo le indicó hoscamente al Señor B que entrara. El cuarto en cuestión tenía un mobiliario de consultorio de hospital, pero, a diferencia de la antesala, colmada de candidatos, en aquel cuarto solo había tres sillas y un hombre sentado en la del medio. Sin decir palabra, el sujeto del mostrador le señaló con la boca las sillas y desapareció, dejando que el batiente de la puerta devolviera la hoja de un portazo.

El Señor B no entendía si las cosas mejoraban o empeoraban. Incluso aunque su “*rezo silente*” evocaba una de sus máximas al estilo de: “*El aspecto no lo es todo*”, la sala de espera donde lo habían conducido le hacía sospechar que estaba en el entrete-lón de un escenario desafortunado. Le incomodaba además la inexpressión del hombre que esperaba en la sala y la forma en que lo ignoraba. ¿Acaso vendría por la misma plaza que él? Era la pregunta obvia. Y si ese fuera el caso, ¿sería el único adversario a vencer?

Para darse una pausa ante las incertidumbres, el Señor B desvió su atención hacia el techo de luminarias industriales y hacia las paredes pintadas de un horrendo verde hospital que, a

brochazos descorazonados, habían esparcido la versión más desgraciada de un esmalte brillante. En el centro de la sala estaba el trío hermanado de sillas anaranjadas, de plástico rígido, donde el otro aspirante permanecía petrificado. Fuera de ese mobiliario, el perfecto cuadrado de la sala tenía unas carteleras de corcho en las paredes laterales, sin nada que informar, y un reloj de manecillas colgado sobre la puerta que enfrentaba las sillas. Una frase lapidaria coronaba el reloj: *“El silencio y la paciencia se agradecen”*. Rodeando el perímetro de la sala y de reajo, *como quien no quiere la cosa*, el Señor B detalló al hombre impávido que permanecía sentado en la silla del medio. Dudó de si sentarse a la derecha o a la izquierda. Seguramente la atención de los aspirantes debía ser por orden de llegada y tendría preferencia “la izquierda” o “la derecha” a la hora de ser llamados. Con tan poca información del recepcionista y en aquel silencio, ¿cómo saber cuál era el orden para así no pasar por un patán? Indudablemente era un desaire sentarse sin preguntar antes. Pero hablarle a aquel hombre impávido, que si pestañeaba lo hacía imperceptiblemente, excedía sus arrestos. Optó por dejar pasar el tiempo, girar sobre sí mismo y volver a hacer otra ronda. Esto le dio la calma necesaria para dejar de preocuparse en exceso. Era obvio que el hombre impávido y él mismo sabían quién debía ir primero. En consecuencia, era intrascendental devanarse los sesos pensando dónde debía sentarse.

Meditando esto último, dio un giro sobre sí mismo y se sentó. Indudablemente no era momento para sacar su libro de poemas en prosa y menos para convocar a la bestia impertinente. Así que, estirando las piernas en la silla, asintió sin razón, con una amable inclinación de cabeza a manera de permiso, tratando de llamar la mirada de su vecino.

“A la derecha de Dios padre” se rotuló en el aire el sarcasmo de su *“rezo silente”*. El Señor B se acomodaba sobre una y otra nalga para alejarse y tratar de detallar con disimulo el perfil y el

atuendo del hombre impávido, quien se concentraba en ubicar un punto imaginario en el infinito.

El tiempo goteaba y al Señor B le llovían las inquietudes; quizás este aspirante tenía información de importancia. ¿Acaso la actitud de este era parte de una preparación para lo que venía?; ¿sería producto de haber leído el instructivo tan apreciado por el recepcionista?; ¿era el primero o quizás el último de otros que ya habían sido llamados? Estas y otras incógnitas de mayor y menor categoría le hacían reflexionar en busca de una frase como abre boca para romper el hielo y así indagar sobre los asuntos que verdaderamente le preocupaban. Pero la tranquilidad de su vecino y el nulo interés que le había prestado lo intimidaban. Además, para rematar, iba tan bien trajeado como los que lo habían acompañado en la antesala lujosa.

Ante la falta de información sobre lo que debía hacer en aquella segunda espera, el Señor B apuró la estrategia para entablar una conversación que lo actualizara. Con un esfuerzo inesperado, tratando de copiar la expresión de su vecino, mirando hacia el frente en un acto de empatía, reunió toda la bondad de voz que le cabía en la boca y rompió el silencio:

— Entonces, mi estimado, ¿usted también es escritor?

El hombre impávido se tomó unos segundos, extrañamente largos para reaccionar ante la pregunta, así como un director de orquesta que entre un movimiento y otro exagera la pausa y logra despertar la inquietud en el auditorio. En similar ánimo y peor expectativa, el Señor B experimentó un frío repentino que lo hizo sospechar de haber metido la pata. El hombre impávido mantenía la mirada en el infinito y no movía un músculo. Sin embargo, así como ocurre cuando se inicia una máquina tragamonedas, que tiene una demora característica antes de activar sus engranajes, el hombre impávido reaccionó agitándose como si despertara de un sueño:

—¿Escritor? —le remedó con una sonrisa de anuncio, usando una misteriosa cadencia de pregunta.

—Bueno, es que el señor de la recepción...

—Escritor, claro. Sí, sí, disculpe, es que hoy ha sido un día de esos... usted sabe, y estoy lento para reaccionar. Sí, al parecer esta es la sala de los escritores.

—Así parece —resopló con mejor ánimo el señor B.

Sonriendo levemente y cabeceando con el sí de costumbre que hacen dos desconocidos que agotan rápidamente el tema de entrada, el Señor B y el hombre de la silla se dedicaron a mirar el reloj de la pared. El tiempo, con la adversidad que siempre trata las esperas incómodas, apenas se movía. *“El minuterero parece un horario”*, bromeó el Señor B, y su vecino le devolvió con la misma simpatía una mueca de como quien se sorprende gratamente de un sentimiento común. El Señor B veía de reojo de vez en cuando a su vecino y no quería pensar en él como un adversario. Quizás habría empleo para dos escritores, ¿quién podría saberlo?

—Y usted, ¿qué escribe? —preguntó el hombre impávido, justo cuando el Señor B empezaba a planificar otros diálogos, necesitando que sus imágenes volvieran a deambular sobre su libro abierto y su *“rezo silente”* le diera luces.

—Bueno, yo, la verdad, un poco de todo... ficción...

—Vaya...

Ese fue el comienzo de una conversación muy grata en comparación con la tensión de la víspera en la fila de la antesala, sumada a la “bienvenida” del recepcionista y a la ausencia inicial de aquel hombre que ya no era nada impávido. Gratuitamente, el Señor B se esmeró por sentirse a gusto y le explicó a su vecino, primero con timidez, luego con desenvoltura, las ideas que él creía que “definían” su escritura. Luego, profundizando un poco más sobre el oficio de escribir, y al ver que coincidían en varios puntos de vista, el Señor B se sintió

con más confianza para ahondar en lo que él pensaba que era la “buena escritura”, las formas vanguardistas, los discursos narrativos. El diálogo se trenzaba con tal inteligencia que el Señor B no tardó en plantearse que, a pesar de estar en una espera que los convertía en rivales, quizás ellos dos tendrían la oportunidad de romper el molde y, por qué no, de asociarse de alguna manera para calificar ambos. Estas ideas lo fueron alejando cada vez más de las preocupaciones iniciales que lo habían motivado a iniciar la conversación.

Nada hace avanzar más aprisa el tiempo que los momentos gratos. Fue así como el Señor B y su vecino, aparentemente situados en dos formas opuestas de narrar, entablaron un contrapunto en el que intercambiaban frases, afirmaciones sustentadas evocando citas de memoria. Con ilustrada elocuencia reforzaban los argumentos de cada punto de vista. Generaban acuerdos retóricos, envueltos en risas cómplices, sarcasmos inteligentes y referencias de dos creadores fogueados en el arte de escribir. Poco a poco, el Señor B se sintió reflejado en las preferencias de su vecino y definitivamente emparentado también por las mismas aversiones. Los unió, en aquel afortunado diálogo, el encantamiento común por los neologismos y anagramas. Entonces, entre risas y cabeceos de aceptación, jugaron con verbos como “neblinar”, sustantivos como “sombrillamares”. Incluso superaron lo literario, hasta llegar a confesiones como la que hizo el Señor B acerca de la bestia indecente, o la de su vecino, cuando le explicó en dónde había descansado su mirada todo aquel tiempo de silencio.

A sus anchas, en un espacio muy diferente al de aquella incómoda antesala, se deleitaban ambos aspirantes, interesados también en traer a colación sus gustos y sapiencias musicales. Y estaba el Señor B, después de unas severas críticas a lo contemporáneo, recordando los aportes genuinos de Alban Berg a la música atonal y cómo una abeja puede acabar con todo, cuando

de repente un hombre de muy baja estatura abrió la puerta, sosteniendo aparatosamente más carpetas que las que podía cargar con comodidad. Carraspeó desagradablemente y con una voz grave, de gigante, les preguntó sin saludar, como quien cumple un trámite indeseable:

—¿Quién es el escritor?

Era poco educado interrumpir así, sin presentarse, y sobre todo incorrecto preguntar por “el escritor”, cuando debería preguntar por “LOS escritores”. El Señor B pensó rápidamente en cómo introducir una enmienda que combatiera el sustantivo en singular. Atravesado por una ráfaga de lucidez, lo resolvió fácil, arrimando una contradicción al ambiente.

—¡Nosotros! —dijo el Señor B con aire reivindicativo.

—¿Cómo? ¿Los dos? —se extrañó el hombre de baja estatura, tratando de revisar sus papeles.

Sorprendentemente, el vecino del Señor B se levantó de la silla, con mucha más energía de la que había exhibido hasta entonces, y ripostó inmediatamente:

—No, no, señor. Disculpe. El escritor, el escritor es él, yo no.

Se hizo un silencio entre los tres hombres que se miraban extrañados. El de baja estatura miró a los dos candidatos con duda.

En su fantasía, el Señor B se sintió elogiado. Le conmovía que un “colega” tan ilustrado le reconociera como escritor, aunque fuera frente a un inquisidor con voz de locutor.

—Bueno, bueno, ya estamos de acuerdo —dijo el hombre de baja estatura, dirigiéndose con énfasis al vecino del Señor B, quien agrandó la mirada, como esperando algo sabido—: entonces, “usted”, acompáñeme, por favor.

Dicho esto, se hizo a un lado con mucha dificultad por el peso de las carpetas, para pedirle con su actitud que saliera de la sala y caminara delante de él.

El vecino, sin despedirse, se perdió raudo por la ruta que le señaló el movimiento de cabeza del hombre de baja estatura. El

Señor B quiso abrir la boca para preguntar qué ocurría, mientras su “colega” abandonaba la sala, pero la voz de gigante le atajó en el acto y le instruyó:

—Usted, el escritor, ¿no?... Usted ya se puede marchar. Por favor, ya sabe, por donde mismo entró —y como lanzando una letanía de memoria con su gañote atronador, concluyó perdiéndose por el pasillo—: gracias por haber considerado aplicar para nuestra empresa.

Índice

Final de colores	21
El asesino	29
Lugar común: fo-to-co-pia	41
El plebiscito	47
El cómplice	61
Intentos	69
QOSQO	83
Al estilo griego	101
Wanda	109
Otredad	127
El salvavidas	139
Raquel y el viajante	149
Rating	167
La antesala	181



EDICIÓN DIGITAL
noviembre de 2018
Caracas, Venezuela



Compulsiones y rituales

Unas fascinantes crónicas del desencanto: así podríamos describir estos relatos vibrantes del escritor chileno-venezolano Agustín Díaz Péndola. Habría que recurrir al lugar común y decir que despliega “un cosmos muy particular”, pero el discurso narrativo de Agustín Díaz nos coloca frente a pequeñas aventuras que terminan siendo desafiantes ante la molición de los días, aventuras del marchitar y la desazón. Quizás no haya forma de descifrar algunas cosas en sus cuentos, pero sin duda no hará falta, porque en ese “no descifrar” muy probablemente el lector hallará un espacio para hurgar una vez más en los misterios de la condición humana.

AGUSTÍN DÍAZ PÉNDOLA (Santiago de Chile, 1971)

Invierno de 1975. El exilio para Juan Edmundo Díaz será en Venezuela. Escortado por dos esbirros, aguarda el forzado embarque. Las horas antes de ese 3 de junio aún permanecía cautivo y lo seguiría estando mientras pisara suelo chileno, condenado por ser miembro del MIR y apoyar a Allende. Del lado de afuera, Angélica Péndola logra respirar con alivio luego de casi un año reteniendo el miedo en sus pulmones: por fin su marido estaría a salvo. En el pasaporte de Juan Edmundo se lee: “ANULADO. Válido solo para salir”. En octubre de 1975 se logra reunir la familia en Venezuela. Los Teques será el lugar en donde su hijo Agustín disfrutará de la mixtura de los sabores caribeños: su nueva identidad patria. En este contexto, crece y se gradúa de bachiller. Ingresa a la UCV y obtiene el título de ingeniería química. En esta casa de estudios desarrolla su actividad como escritor, la cual había iniciado durante la adolescencia. Fue cofundador del taller de poesía Tierra de Nadie (1990). En 2004 obtuvo el premio del Certamen Mayor de las Letras y las Artes, mención Narrativa, con el libro *Cuentos escritos en Ramo Verde*, publicado por la Fundación Editorial El perro y la rana (2006). Es autor de las novelas *Caracas país de lluvia* y *La estación de los recuerdos*.